

EL BOSQUE ENCANTADO

Enid Blyton



Lectulandia

En la primera historia, tres hermanos se trasladan a una granja situada cerca de un misterioso bosque, un bosque encantado en el que muy pronto harán grandes amigos y vivirán maravillosas aventuras viajando a través del árbol lejano.

La segunda historia está protagonizada por un pequeño poney, Bolita de Nieve, y por sus amos, unos niños que lo adoran.

Lectulandia

Enid Blyton

El bosque encantado

ePUB v1.0

nalass 29.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The enchanted wood*

Enid Blyton, 1960.

Ilustraciones: CGUERRA

Diseño/retoque portada: Orkelyon

Editor original: nalass (v1.0)

ePub base v2.0

EL BOSQUE ENCANTADO

El bosque encantado

Había una vez tres niños, que se llamaban Tom, Bessie y Fanny. Siempre habían vivido en una ciudad; pero su padre obtuvo un trabajo en el campo, por lo que tuvieron que mudarse muy pronto.

—¡Qué divertido será vivir en el campo! —exclamó Tom—. ¡Voy a aprender todo lo que pueda sobre los animales y las plantas!

—Y yo voy a recoger todas las flores que quiera —añadió Bessie.

—Y yo tendré mi propio jardín —dijo Fanny.

El día de la mudanza, los niños estaban muy inquietos. Una furgoneta llegó a la casa y dos hombres ayudaron a los padres a cargar todos los muebles y equipaje. Una vez llena, la furgoneta partió mientras los chicos se ponían los abrigo y sombreros para ir con sus padres a la estación, para tomar el tren.

—¡Ha llegado la hora de irnos! —dijo Tom.

—¡El campo, el campo! —gritó Bessie.

—¡A lo mejor vemos hadas! —exclamó Fanny.

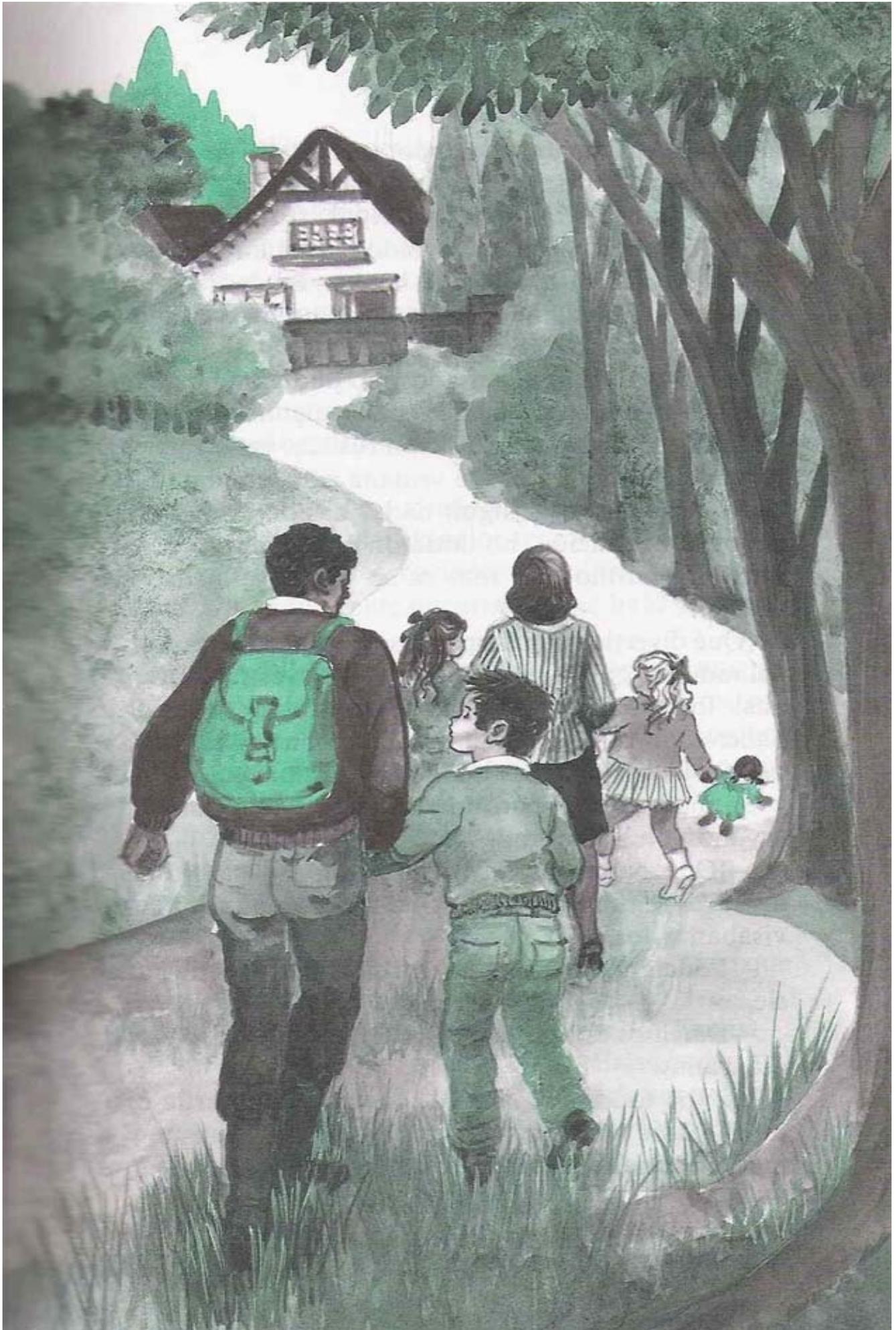
Sonó el silbato del tren y salió de la estación. Los niños apoyaron la nariz contra la ventana mientras dejaban atrás las casas sucias con chimeneas altas. ¡Qué alegría abandonar la ciudad! En cambio, vivir en el campo sería maravilloso, tan limpio, lleno de flores y pájaros cantando en los árboles.

—Tal vez corramos aventuras en el campo —suspiró Tom—. Allí habrá arroyos y colinas, prados inmensos y espesos bosques. ¡Nos lo pasaremos en grande!

—No ocurrirá nada extraordinario en el campo, que no suceda en la ciudad —intervino su padre—. Lamento decirlo que lo encontraréis algo aburrido.

Pero en eso estaba muy equivocado. No podía imaginar las aventuras que les aguardaban.

Al fin llegaron a la pequeña estación donde tenían que bajarse. Un portero con cara de sueño puso sus dos maletas en un carrito y les dijo que se las llevaría más tarde. Se fueron andando por el sinuoso camino del campo mientras charlaban tranquilamente.



—Me pregunto cómo será nuestra casita —dijo Bessie.

—Y yo me pregunto si tendremos un jardín —añadió Fanny.

Pero mucho antes de llegar a su nueva casa se sintieron cansados y dejaron de hablar. La casita estaba a ocho kilómetros de la estación y, como el padre no podía alquilar un coche, tuvieron que ir andando todo el camino, que a los niños se les hizo interminable. No había autobús que pasara por allí, así que los niños, agotados, arrastraban los pies, con el único deseo de tomar una taza de leche caliente y acostarse en una cama cómoda.

Al fin llegaron. Había merecido la pena caminar tanto, porque la casita era encantadora. Había rosas de color rojo, blanco y rosa colgando de las paredes, y madreselvas por toda la puerta principal. ¡Era preciosa!

La furgoneta ya había llegado, y dos hombres estaban metiendo los muebles en la casa. Su padre les ayudó mientras la madre iba a la cocina para encender el fuego y preparar una bebida caliente.

Como estaban tan cansados, no pudieron hacer más que beber la leche caliente, comer algunas galletas, e irse a la cama. Las camitas eran rústicas pero muy confortables. Tom miró por la ventana pero, con tanto sueño, apenas pudo distinguir nada. Las dos niñas, en su pequeña habitación, no tardaron ni un minuto en dormirse, lo mismo que Tom en su cuarto, aún más pequeño.

¡Qué divertido fue despertarse por la mañana con un sol radiante cuyos rayos entraban a través de las ventanas! Tom, Bessie y Fanny se dieron prisa en vestirse. Salieron al pequeño jardín y corretearon por el alto césped y olieron las rosas que brotaban por todas partes.

Su madre les preparó unos huevos y tomaron el desayuno con mucho apetito.

—¡Qué maravilloso vivir en el campo! —suspiró Tom mientras miraba por la ventana unas colinas que se divisaban a los lejos.

—Podemos tener una huerta en el jardín —dijo Bessie.

—Daremos estupendos paseos por todos lados —añadió Fanny.

Ese día todos ayudaron a ordenar y limpiar la casita. El padre tenía que ir al trabajo al día siguiente y la madre esperaba poder trabajar lavando la ropa a otras personas. Con eso ahorraría dinero para comprar unas gallinas, y podrían vivir felices y tranquilos.

—Yo recogeré los huevos por la mañana y por la tarde —se apresuró a decir Fanny, con los ojos brillantes.

—Vamos a dar una vuelta por los alrededores —propuso Tom—. Mamá, ¿podemos salir un rato?

—Sí, pero no tardéis mucho —sonrió la madre, complacida.

Los tres niños echaron a correr hacia el caminito, por el pequeño portón blanco que había frente a la casa.

Exploraron todos los alrededores. Corrieron por un campo lleno de tréboles de color rosa y de abejas. Después jugaron en un arroyuelo de color marrón que murmuraba suavemente mientras corría bajo los cipreses.

De repente, llegaron a un bosque. No estaba muy lejos de la casita. Era un bosque como tantos otros, salvo por el color de sus árboles, de un verde más oscuro que lo normal. Una pequeña zanja separaba el bosque del camino lleno de arbustos.

—¡Un bosque! —exclamó Bessie, muy contenta—. ¡Aquí podemos venir de excursión!

—Es un bosque misterioso —observó Tom, pensativo—. ¿No te parece, Bessie?

—Los árboles parecen muy tupidos, pero no veo que tenga nada de particular —contestó Bessie.

—Pues yo no opino lo mismo —comentó Fanny—. El susurro de las hojas es diferente. ¡Escuchad!

Fanny tenía razón. Las hojas de los árboles del bosque no susurraban de la misma forma que los otros árboles que había detrás.

—Es casi como si estuvieran hablando los árboles entre sí —dijo Bessie—. Se comunican sus propios secretos, que nosotros no podemos entender.

—¡Es un bosque mágico! —se le ocurrió a Fanny de pronto.

Nadie dijo nada. Se quedaron quietos escuchando.

—«Uich-uich-uich-uich» —sonaban los árboles del bosque, inclinándose como para saludar a los visitantes.

—Tal vez vivan hadas en este bosque —susurró Bessie—. ¿Saltamos la zanja y entramos?

—No —dijo Tom—. ¿Y si nos perdemos? Primero tenemos que conocer la zona antes de meternos en un bosque tan grande.

—¡Tom! ¡Bessie! ¡Fanny! —su madre los llamó desde la casita, que no se encontraba lejos—. ¡Es la hora de tomar el té!

De repente, los niños sintieron mucha hambre. Se olvidaron del extraño bosque y regresaron corriendo a su casa. Su madre había hecho pan con mermelada de fresas, y se lo comieron casi todo.

El padre llegó antes de que terminaran de tomar el té. Había hecho la compra en el pueblo, que estaba a cinco kilómetros de la casa, y estaba cansado y hambriento.

—Papá, hemos estado explorando por todos lados —le contó Bessie mientras le servía una gran taza de té.

—Hemos encontrado un bosque maravilloso —dijo Fanny.

—Es un bosque muy extraño —comentó Tom—. Parece como si los árboles se hablasen entre sí.

—Debe ser ése el bosque del que me hablaron esta tarde —dijo el padre—. Fijaos, tiene un nombre muy curioso.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tom.

—Se llama el Bosque Encantado —contestó su padre, sonriente—. La gente del pueblo no suele ir por allí. Me resulta un poco raro. La verdad, yo no creo que ese bosque tenga nada de extraño. Pero tened cuidado y no os adentréis mucho, no sea que os perdáis.

Los niños se miraron fijamente unos a otros. ¡El Bosque Encantado! ¡Qué nombre tan bonito!

Y cada uno de ellos pensó lo mismo: «Hay que ir a explorar ese bosque cuanto antes».

Después del té su padre les pidió que le ayudaran a arreglar el jardín. Tom tuvo que desenterrar los cardos y las niñas arrancar toda la mala hierba de la huerta. Mientras tanto, charlaban animadamente.

—¡El Bosque Encantado! ¡Sabíamos que tenía algo muy extraño! —comentó Tom.

—¡Yo adiviné que allí había hadas! —dijo Fanny.

—¡Iremos a explorarlo en cuanto podamos! —propuso Bessie—. ¡Vamos a descubrir lo que se decían esos árboles cuando susurraban! ¡No tardaremos mucho en enterarnos de todos los secretos del bosque!

Esa noche, a la hora de ir a la cama, los tres se asomaron a la ventana para mirar el bosque oscuro que susurraba a lo lejos. ¿Qué descubrirían en el Bosque Encantado?

Primera visita al bosque

Los tres niños no tuvieron oportunidad de visitar el Bosque Encantado hasta la siguiente semana, porque estuvieron ocupados ayudando a sus padres en la casa. Había que arreglar el jardín, hacer cortinas y limpiar todo.

A ratos, Tom quedaba libre y se marchaba a pasear solo. Otras veces eran las niñas las que se iban a dar un paseo, pero nunca coincidían los tres. Y ninguno quería ir al bosque sin los otros, así que tuvieron que esperar. Al final llegó la ocasión.

—Hoy podéis salir a merendar al campo —dijo su madre—. Habéis trabajado bien y os merecéis una excursión. Os prepararé unos sándwiches y una botella de leche.

—¡Iremos al bosque! —susurró Bessie a los otros, y, muy contentos, ayudaron a su madre a poner la merienda en una cesta grande.

Se fueron inmediatamente. Había un portón pequeño al final del jardín que daba al caminito que conducía al bosque. Abrieron el portón y se detuvieron en el caminito. Desde ahí se veían los árboles del bosque, y también se escuchaba su particular susurro:

—«Uich-uich-uich-uich».

—Presiento que vamos a correr muchas aventuras —dijo Tom—. ¡Venga! ¡Atravesaremos la zanja y entraremos en el Bosque Encantado!

Saltaron la zanja y se detuvieron bajo los árboles, mirando en derredor suyo. Pequeños haces de luz solar brillaban sobre el suelo, pero no eran muchos, porque los árboles eran muy tupidos. El bosque era oscuro. De pronto, un pájaro pequeño, que estaba cerca, cantó una pequeña y extraña canción.

—¡Verdaderamente es mágico! —Fanny no salía de su asombro—. ¡Siento que por aquí hay algo muy especial! ¿Tú no, Bessie? ¿Lo sientes tú, Tom?

—Sí —susurraron ambos, llenos de curiosidad—. ¡Vamos!

Descendieron por un camino de color verde, que era tan pequeño y angosto que parecía hecho para conejos.

—No nos alejemos demasiado —dijo Tom—. Será mejor esperar hasta que conozcamos bien los caminos antes de penetrar en el bosque. Chicas, buscad un buen lugar para sentarnos a comer los sándwiches.

—¡Mirad, fresas silvestres! —exclamó Bessie, mientras se agachaba y apartaba unas hojas, mostrando a sus hermanos unas fresas de un intenso color rojo.

—Podemos coger algunas para comerlas con la merienda —sugirió Fanny.

Así que se pusieron a cogerlas hasta que tuvieron suficientes como para hartarse.

—Vamos a sentarnos bajo ese viejo roble —propuso Tom—. Por abajo está cubierto de musgo. Será como sentarnos en un cojín de terciopelo verde.

Inmediatamente se sentaron y sacaron la merienda. Se la comieron con gusto,

mientras escuchaban las hojas verdes de arriba, que decían:

—«Uich-uich-uich».

Mientras tomaban la merienda observaron algo muy extraño. Fanny fue la primera en verlo.

No muy lejos de ellos había un claro con césped suave. Mientras lo contemplaba, Fanny notó que aparecían unos montículos pequeños. Se quedó mirándolos, sorprendida. Los montículos crecieron. De pronto, se abrió la tierra en seis puntos diferentes.

—¡Mirad! —dijo Fanny en voz baja, señalando el lugar en el césped—. ¿Qué sucede ahí?

Los tres miraron en silencio. Entonces descubrieron lo que era. ¡Seis hongos grandes estaban saliendo rápidamente del suelo, abriéndose camino, sin dejar de crecer!

—¡Es increíble! —se asombró Tom.

—¡Silencio! —susurró Bessie—. No hagáis ruido. Parece que se oyen pisadas.

Sí, se escuchaba el ruido de unas pisadas y un murmullo de agudas vocecillas.

—Rápido, escondámonos detrás de un arbusto —sugirió Bessie—. Quienquiera que venga se asustará si nos ve. ¡Aquí hay magia, y nosotros queremos verla!

Echaron a correr, con la cesta de la merienda, y se escondieron detrás de un arbusto muy denso. Tuvieron el tiempo justo porque, nada más ocultarse, llegó un grupo de hombres pequeños cuyas barbas, muy largas, casi les llegaban hasta el suelo.

—¡Duendes! —susurró Tom.

Los duendes fueron hacia los hongos y se sentaron. Se trataba de una reunión. Uno de ellos llevaba una bolsa, que colocó detrás del hongo en el que estaba sentado. Los chicos no podían escuchar lo que decían, aunque sí oían el murmullo, y captaron alguna que otra palabra.

De pronto Tom dio un codazo a sus hermanas. Había visto algo más. Ellas también lo percibieron. Un gnomo, con cara de pocos amigos, se estaba acercando silenciosamente a los duendes, sin que ellos se dieran cuenta.

—¡Va a robar la bolsa! —susurró Tom.

¡Y así fue! Estiró su largo brazo y con sus dedos delgados la cogió y comenzó a arrastrarla hacia un arbusto.

Tom dio un salto. ¡No iba a permitir que les robaran a los pobres duendes! Gritó muy fuerte:

—¡Detened al ladrón! ¡Mirad, ese gnomo que está detrás de vosotros!

Todos los duendes se sobresaltaron. El gnomo se puso de pie y echó a correr con la bolsa. Los duendes se quedaron mirando desconcertados, y ninguno fue tras él.

El ladrón corrió hacia el arbusto donde estaban los chicos. No sabía que estaban

allí.

Rápido como una centella, Tom estiró la pierna y le puso la zancadilla al gnomo, que instantáneamente se cayó de bruces. Soltó la bolsa y Bessie aprovechó para cogerla y la lanzó a los duendes, que aún estaban de pie, junto a los hongos. Tom trató de atrapar al gnomo, pero éste salió disparado.

Los niños echaron a correr tras él. Atravesaron el bosque hasta que al fin el gnomo se subió a un inmenso árbol para esconderse entre las hojas. Los niños, agotados, se dejaron caer al pie del árbol, tratando de recuperar el aliento.

—¡Ya lo tenemos! —susurró Tom—. ¡Lo atraparemos en cuanto baje!

—Ahí vienen los duendes —señaló Bessie mientras se secaba el sudor de la frente. Los hombrecillos de larga barba llegaron corriendo y se inclinaron.

—Habéis sido muy buenos con nosotros —dijo el más grande de ellos—. Gracias por haber recuperado nuestra bolsa. En ella tenemos documentos muy valiosos.

—También sabemos dónde está el gnomo —sonrió Tom, satisfecho—. Se ha subido a este árbol. Si esperan, lo podrán atrapar cuando descienda.

Pero los duendes no se atrevían a acercarse al árbol. Se quedaron observando, muy asustados.

—No descenderá hasta que quiera —dijo el duende más grande—. Ése es el árbol más viejo y mágico del mundo. Es el Árbol Lejano.

—¡El Árbol Lejano! —repitió Bessie, maravillada—. ¡Qué nombre más extraño! ¿Por qué tiene ese nombre?

—Es un árbol muy raro —explicó otro duende—. Nadie sabe cómo pero a su copa llegan países de los lugares más lejanos. A veces está el País de las Brujas, otras veces son lugares desconocidos, de los que nadie ha oído hablar. ¡Nunca subimos porque no sabemos lo que nos encontraremos en la copa!

—¡Qué extraño! —exclamaron los chicos.

—El gnomo ha ido al lugar que hoy se encuentra en la copa del árbol —aseguró el duende más grande—. Tal vez se quede a vivir allí y no regrese jamás. En ese caso, de nada servirá esperar. Se llama Escurridizo, porque siempre anda escurriéndose de todos lados.

Los chicos miraron las anchas ramas del árbol. Estaban muy intrigados. ¡El Árbol Lejano en el Bosque Encantado! ¡Hasta los nombres parecían mágicos!

—¡Ojala pudiéramos subir al árbol! —a Tom le brillaban los ojos.

—No lo hagáis —aconsejaron los duendes a coro—. Es peligroso. Tenemos que irnos, pero os estamos muy agradecidos. Si alguna vez necesitáis nuestra ayuda, venid al Bosque Encantado y silbad siete veces bajo el roble que está al lado de nuestros hongos.

—Gracias —sonrieron los chicos, mirando cómo los seis duendecillos echaban a correr por entre los árboles. Tom pensó que ya era hora de regresar a casa, así que

siguieron a los duendes por un camino angosto de color verde hasta que llegaron a la parte del bosque que tan bien conocían. Recogieron la cesta y se fueron a casa, todos con el mismo pensamiento: «Hay que subir al Árbol Lejano para visitar los lugares que están en la copa».

La subida al árbol lejano

Los chicos no contaron a sus padres lo que les había sucedido en el Bosque Encantado, porque temían que les prohibieran ir. Pero, a solas, no hablaban de otra cosa.

—¿Cuándo pensáis que podremos subir al Árbol Lejano? —preguntaba Fanny a cada momento—. Tom, tenemos que regresar.

Tom estaba deseando ir, pero tenía miedo de lo que les pudiera suceder, y sabía que tenía que cuidar de sus dos hermanas. ¿Y si subían al Árbol Lejano y no regresaban jamás? Entonces se le ocurrió una idea.

—Escuchad. ¿Sabéis lo que podemos hacer? Subiremos al árbol sólo para ver lo que hay en la copa. No hace falta que lleguemos arriba del todo, simplemente echaremos un vistazo. Esperaremos hasta que dispongamos de un día entero, y entonces iremos.

Las niñas estaban entusiasmadas. Trabajaron duro arreglando la casa, esperando que su madre les diera el día libre para jugar. Tom también trabajó con ahínco en el jardín, arrancando todas las malas hierbas. Sus padres quedaron muy satisfechos.

—¿Os gustaría ir al pueblo más cercano y pasar el día allí? —preguntó la madre al fin.

—No, gracias —contestó Tom inmediatamente—. Mamá, ya estamos cansados de pueblos. Lo que nos gustaría sería pasar todo un día de excursión en el bosque.

—Muy bien —aceptó su madre—. Podéis ir mañana, si hace buen tiempo, y llevaros la comida y la merienda al bosque. Vuestro padre y yo pasaremos todo el día fuera, comprando algunas cosas que necesitamos.

¡Cuánto deseaban los chicos que hiciera buen tiempo! Se despertaron muy temprano y bajaron de la cama de un salto. Después apartaron las cortinas para mirar afuera. El cielo estaba tan azul como el mar. El sol brillaba entre los árboles, proyectando unas sombras largas en el césped. El Bosque Encantado se veía, a lo lejos, más oscuro y misterioso que nunca.

Todos desayunaron, y después la madre preparó unos sándwiches, puso unos pastelitos en una bolsa y tres galletas para cada uno. Envío a Tom a coger unas ciruelas del jardín y dijo a Bessie que llevara dos botellas de limonada. Los niños estaban locos de alegría.

Los padres se fueron al pueblo. Los niños les dijeron adiós desde el portón. Luego, echaron a correr para agarrar la bolsa de la comida y salieron dando un portazo. ¡Presentían que esa mañana estaría llena de aventuras! Fanny se puso a cantar.

Al Árbol Lejano iremos.

Tom, Bessie y yo aventuras tendremos.

—¡Calla! —protestó Tom—. Aún no estamos lejos, no queremos que sepan adonde vamos.

Atravesaron el jardín corriendo y salieron por el portón trasero. Se detuvieron en el caminito angosto y se miraron entre sí. ¡Era la primera aventura de su vida! ¿Qué verían? ¿Qué pasaría?

Saltaron la zanja y entraron en el bosque. De inmediato se sintieron diferentes. La magia les rodeaba. Incluso los cantos de los pájaros sonaban distintos. Los árboles, una vez más, se susurraban sus secretos:

—«Uich-uich-uich».

—¡Oh! —exclamó Fanny.

—Vamos directamente hacia el Árbol Lejano —sonrió Tom, mientras bajaba por el caminito de color verde.

Las niñas fueron tras él. Caminaron hasta llegar al roble junto al que se habían sentado. Ahí estaban los seis hongos, donde se habían reunido los duendes, aunque ahora se veían secos y viejos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bessie.

Ninguno sabía por dónde ir. Fueron por un caminito pequeño, pero pronto se detuvieron al llegar a un lugar extraño donde los árboles eran tan tupidos que no podían avanzar más. Regresaron al roble.

—Vamos en esta otra dirección —propuso Bessie. Todos aceptaron, pero esa vez llegaron a un estanque muy raro, cuyas aguas eran de color amarillo pálido y brillaba como la mantequilla. A Bessie no le gustó nada el estanque, y los tres regresaron inmediatamente al roble.

—¡Qué lata! —se quejó Fanny, a punto de echarse a llorar—. ¡Cuando al fin tenemos un día libre, resulta que no encontramos el árbol!

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Tom de repente—. Llamaremos a los duendes. ¿No os acordáis de que se ofrecieron a ayudarnos cuando lo necesitáramos?

—¡Es verdad! —se animó Fanny—. Tenemos que ponernos bajo este roble y silbar siete veces.

—Vamos, Tom, silba —le pidió Bessie.

Enseguida Tom se puso bajo las tupidas y verdes hojas del viejo roble y silbó fuertemente siete veces.

Todos esperaron en silencio. No había pasado ni medio minuto, cuando un conejo salió de su madriguera y los miró fijamente.

—¿A quién buscáis? —preguntó el conejo con una voz ronca.

Los chicos lo miraron sorprendidos. Nunca habían visto hablar a un animal. El conejo alzó las orejas, las bajó y habló de nuevo, algo enfadado.

—¿Estáis sordos? Os he preguntado que a quién buscáis.

—Buscamos a uno de los duendes —replicó Tom, recuperando la voz.

El conejo se dio la vuelta y llamó dentro de su madriguera:

—¡Señor Bigotes, señor Bigotes! Hay alguien aquí que le está buscando.

Se escuchó una respuesta a voz en grito, y entonces uno de los seis duendes salió de la madriguera del conejo y se acercó a los niños.

—Perdonad por mi tardanza —se disculpó—. Uno de los hijos del conejo tiene sarampión y lo estaba atendiendo.

—No sabía que a los conejos les daba sarampión —se asombró Bessie.

—Sí, y también les da a las comadreas —explicó el señor Bigotes—. Pero las comadreas prefieren los conejos al sarampión.



Sonrió como si hubiera contado un buen chiste pero, como los chicos no sabían que las comadreas son animales salvajes que se comen a los conejos, no se rieron.

—Queríamos preguntarle qué camino debemos tomar para llegar al Árbol Lejano —explicó Bessie—. Se nos ha olvidado.

—Yo os llevaré —se ofreció el señor Bigotes, cuya barba le llegaba hasta los pies. A veces, al andar, se la pisaba y entonces su cabeza se inclinaba bruscamente hacia

adelante. A Bessie le entró la risa, pero no le pareció oportuno reírse en ese momento, así que se la aguantó. Se preguntaba por qué no se ataba la barba a la cintura para no tropezar con ella.

El señor Bigotes los guió a través de los árboles oscuros. Por fin llegaron al enorme Árbol Lejano.

—¡Ahí lo tenéis! —señaló—. ¿Esperáis a alguien que baje?

—Bueno, no —empezó Tom—. Queríamos subir a la copa.

—¿Vais a subir? —preguntó el señor Bigotes, horrorizado—. No seáis tontos. Es peligroso. No sabéis lo que os encontraréis en la copa. Hay un país diferente casi todos los días.

—Pues vamos a subir —insistió Tom, y puso el pie en el tronco del inmenso árbol y con una mano se agarró a una de las ramas—. ¡Vamos, chicas!

—Voy a buscar a mis hermanos para que os bajéis de ahí —dijo el señor Bigotes, asustado, y echó a correr—. ¡Es demasiado peligroso! ¡Demasiado peligroso!

—¿Creéis que tendremos problemas? —preguntó Bessie, que era la más prudente de los tres.

—¡Vamos, Bessie! —Tom estaba impaciente—. Sólo vamos a ver lo que hay en la copa. ¡No seas miedosa!

—No lo soy —se defendió Bessie, y subió junto con Fanny y Tom—. No parece que sea muy difícil subir. Pronto estaremos en la copa.

Pero no era tan fácil como pensaban.

Los habitantes del árbol lejano

Los niños no tardaron mucho en quedar ocultos entre las ramas mientras subían hasta la copa. Cuando el señor Bigotes regresó con los otros cinco duendes, ya se habían perdido de vista.

—¡Eh, niños, bajad! —gritaron los duendes mientras saltaban alrededor del árbol—. Os perderéis, o tal vez os capturen. ¡Este árbol es peligroso!

Tom se rió y miró hacia abajo. El Árbol Lejano tenía unas bellotas a la altura de donde él estaba; tomó una y la lanzó hacia abajo, dándole al señor Bigotes en el sombrero, que salió huyendo despavorido.

—¡Alguien me ha disparado! ¡Me han disparado! —gritaba como un loco.

Entonces hubo un silencio.

—Me imagino que tienen miedo de las bellotas. ¡Qué duendes tan graciosos! ¡Vamos, chicas!

—Debe ser una encina porque le salen bellotas —observó Bessie mientras subía. Pero no había terminado de decirlo, cuando se dio cuenta de que a su lado había castañas—. ¡Huy! —exclamó asombrada—. ¡Aquí hay castañas! ¡Qué árbol más original!

—Bueno, más arriba tendrá manzanas y peras —se rió Fanny—. ¡Es un árbol mágico!

No tardaron mucho en subir hasta lo alto. Cuando Tom apartó las hojas para mirar hacia abajo, se asombró al descubrir que estaban en el árbol más alto del bosque. Se veían todos los demás árboles como una extensa alfombra de color verde.

Tom iba a la cabeza del grupo. De pronto gritó:

—¡Chicas! ¡Rápido, venid aquí! ¡He encontrado algo muy extraño!

Bessie y Fanny subieron rápidamente.

—¡Pero si es una ventana, hecha en el árbol! —se asombró Bessie. Todos se asomaron, y de pronto la ventana se abrió y salió un hombrecito, que parecía muy enfadado, con un gorro de dormir sobre la cabeza.

—¡Vaya unos niños más mal educados! —gritó furioso. Parecía una especie de duendecillo—. ¡Todo el que sube al árbol me tiene que mirar! ¡Haga lo que haga, siempre hay alguien que me está observando!

Los niños lo miraron fijamente, sin saber qué decir. El duendecillo se fue y regresó con una jarra de agua. Se la echó a Bessie y la empapó de la cabeza a los pies. Ella gritó, indignada.

—Así escarmentaréis y no os dedicaréis a mirar lo que no os importa —sonrió maliciosamente el duendecillo, y después cerró la ventana de golpe y corrió la cortina.

—¡Qué antipático! —Bessie intentaba secarse con su pañuelo—. ¡Qué

hombrecillo más desagradable!

—Será mejor que no miremos en ninguna otra ventana —dijo Tom. Pero era tanta la curiosidad que sentían de ver una ventana en el árbol...

Bessie no tardó en secarse. Siguieron subiendo, y de repente se encontraron con otra sorpresa. Llegaron a Una rama ancha que conducía a una puerta amarilla colocada justo en el tronco del Árbol Lejano. Tenía un pequeño llamador y una campana muy brillante. Los chicos se pararon a contemplar la puerta.

—¿Quién vivirá aquí? —preguntó Fanny.

—¿Llamamos para averiguarlo? —se le ocurrió a Tom.

—No, que no quiero que me mojen otra vez —le interrumpió Bessie.

—Llamaremos a la puerta y nos esconderemos de-Irás de esta rama —propuso Tom—. Si alguien intenta lanzarnos agua, no nos encontrará.

Así es que Tom tocó la campana y se escondieron detrás de la enorme rama.

De pronto se escuchó una voz al otro lado de la puerta.

—¡Me estoy lavando la cabeza! ¡Si eres el carnicero, por favor, deja un kilo de salchichas!

Los niños se miraron entre sí y se echaron a reír. ¡Pensar que un carnicero subía al Árbol Lejano...! De nuevo se escuchó la voz.

—Si eres el hombre del aceite, hoy no necesito. Si eres el dragón rojo, ven la próxima semana.

—¡Ay! —se asustó Bessie—. ¡El dragón rojo! ¡Esto no me gusta nada!

En ese instante se abrió la puerta y apareció una duendecilla. La melena le caía suavemente sobre los hombros mientras se frotaba el cabello con una toalla. Se quedó mirando fijamente a los niños.

—¿Vosotros habéis llamado a mi puerta? —preguntó—. ¿Qué deseáis?

—Queríamos saber quién vive en esta curiosa casita-árbol —dijo Tom, echando una ojeada al interior. La duendecilla sonrió. Tenía una expresión muy dulce.

—Pasad un momento —los invitó—. Me llamo Seditas, porque mi pelo es suave como la seda. ¿Adónde vais?

—Estamos subiendo al Árbol Lejano para saber lo que hay en la copa —respondió Tom.

—Tened mucho cuidado porque podéis encontraros con algo horrible —les avisó Seditas mientras les ofrecía una silla a cada uno en la pequeña y oscura habitación, dentro del árbol—. Algunas veces vienen países magníficos a la copa del árbol, pero otras son espantosos. La semana pasada estuvo el País de Salta-salta, que era horrible. Cuando uno llega allí, tiene que saltar a la pata coja, y todo salta, incluso los árboles. Nada se queda quieto. Es agotador.

—¡Qué divertido! —se rió Bessie—. Tom, ¿dónde está nuestra comida? Vamos a invitar a Seditas a comer con nosotros.

A Seditas le agradó mucho la idea. Se cepilló su bello pelo dorado y compartió los sándwiches con ellos. Sacó una lata de galletas que estaban deliciosas. Al morderlas, estallaban y llenaban la boca de miel. Fanny se comió siete, una tras otra, porque era muy golosa. Bessie la detuvo.

—¡Vas a reventar si comes más! —le reprochó.

—¿Vive mucha gente en este árbol? —preguntó Tom.

—Sí, mucha —replicó Seditas—, aparte de la gente que va y viene. Pero yo siempre estoy aquí, y también el duende Furioso, que vive abajo.

—Sí, lo hemos visto —suspiró Bessie—. ¿Quién más vive aquí?

—El señor Cómosellama, que vive arriba —continuó Seditas—. Nadie conoce su nombre, ni siquiera él mismo, así que le llamamos Cómosellama. Si está dormido, no debéis despertarlo, porque os perseguirá. También está la señora Lavarropas. Se pasa el día lavando y, como tira el agua por la ventana, ¡siempre tienes que tener cuidado para que no te caiga encima!

—Éste es un árbol muy interesante —Bessie comió otra galleta—. Tom, creo que debemos irnos, o nunca llegaremos hasta la copa. Adiós, Seditas. Algún día vendremos a visitarte.

—Sí, por favor —suplicó la duendecilla—. Me gustaría ser vuestra amiga.

Salieron de la agradable habitación redonda del árbol y continuaron subiendo. No tardaron mucho en escuchar un sonido extraño, parecido a un avión.

—¡No puede haber un avión en este árbol! —dijo Tom. Miró en derredor suyo, y entonces vio de dónde venía el ruido. Un viejo gnomo, muy gracioso, estaba acostado sobre una tumbona, en una rama ancha. Tenía la boca abierta de par en par, y los ojos cerrados, ¡y roncaba muy fuerte!

—¡Ése debe ser el señor Cómosellama! —señaló Bessie—. ¡Madre mía, qué ruido hace! ¡No debemos despertarlo!

—¿Le tiro una cereza dentro de la boca, a ver qué hace? —preguntó Tom, siempre dispuesto a hacer alguna travesura. Esa parte del Árbol Lejano estaba llena de cerezas.

—¡No, Tom, no! —suplicó Bessie—. Ya sabes lo que Seditas dijo, que nos perseguirá. ¡No quiero caerme del Árbol Lejano y golpearme con todas las ramas!

Así que pasaron cuidadosamente por donde estaba el viejo Cómosellama, y siguieron subiendo. Durante un buen rato no descubrieron nada nuevo. Los niños no se encontraron con ninguna otra casa o ventana en el árbol pero, al cabo de un rato, oyeron otro ruido, mucho más raro.

Se pararon a escuchar. Sonaba como una catarata, y de pronto Tom adivinó lo que era.

—¡Es la señora Lavarropas, que está tirando el agua de la colada! —gritó—. ¡Cuidado, Bessie! ¡Cuidado, Fanny!

Un cubo de agua jabonosa cayó por el tronco del árbol. Tom lo esquivó y Fanny se protegió bajo una rama ancha. Pero a la pobre Bessie la empapó de pies a cabeza. ¡Cómo gritaba!

Tom y Fanny tuvieron que prestarle sus pañuelos.

—¡Qué mala suerte tengo! —se lamentó, dando un suspiro—. Ésta es la segunda vez que me mojan en el día de hoy.

Continuaron ascendiendo, y pasaron junto a otras puertas y ventanas pequeñas, pero no vieron a nadie más. Observaron que arriba había una inmensa nube blanca.

—¡Mirad! —señaló Tom, asombrado—. Esta nube tiene un agujero, y las ramas lo atraviesan; creo que estamos ya en la copa del árbol. ¿Entramos por el agujero para ver qué país hay arriba?

—¡Sí! —exclamaron Bessie y Fanny, y enseguida se metieron por el agujero.

El país del carrusel

Una rama grande y ancha se torcía hacia arriba, en la copa del Árbol Lejano. Tom subió por ella y miró hacia abajo, pero no podía ver nada, porque había una niebla blanca que giraba como un remolino. Sobre él se extendía la nube blanca, enorme y espesa. Tenía un agujero de color púrpura a través del cual desaparecía la última rama del Árbol Lejano.

Los chicos sintieron una gran emoción. Por fin habían llegado a la copa. Tom subió con cuidado a la última rama y desapareció a través del agujero de color púrpura. Bessie y Fanny fueron tras él.

Donde terminaba la rama había una pequeña escalera que atravesaba la nube. Los chicos subieron los peldaños y, antes de que se dieran cuenta, se encontraron en un lugar diferente, muy extraño, lleno de sol.

Estaban sobre un césped verde. El cielo era de un azul intenso y se oía una melodía sin cesar.

—Tom, ¿no es ésa la música que suena en un carrusel? —preguntó Bessie.

Así era, y de pronto, sin previo aviso, ¡toda la tierra comenzó a girar! Los chicos, como no lo esperaban, casi se caen.

—Ay, ¿qué pasa? —se asustó Bessie. Los tres empezaron a marearse, porque todo, los árboles, las casas, las colinas y los arbustos, daba vueltas. También sentían que ellos mismos se estaban moviendo porque el césped giraba. Buscaron el agujero de la nube, pero había desaparecido.

—¡Toda la tierra da vueltas como si fuera un carrusel! —gritó Tom mientras cerraba los ojos a causa del mareo—. Hemos salido por el agujero de la nube y ahora no sabemos dónde está la copa del Árbol Lejano. Estará en algún lugar de este país, ¡pero quién sabe dónde!

—¡Tom!, ¿cómo podremos volver a casa? —preguntó Fanny, muy compungida.

—Tendremos que pedirle ayuda a alguien —se le ocurrió a Tom.

Los tres chicos se alejaron del lugar en el que estaban. Bessie observó que había pisado un anillo de césped que parecía más oscuro que el resto. Se preguntó por qué. Pero no tuvo tiempo de decir nada, porque era muy difícil caminar correctamente en un país que daba vueltas todo el tiempo, como un carrusel.

La música continuó sonando sin cesar, como si fuera un organillo interminable. Tom se preguntaba de dónde vendría, y dónde estaría la maquinaria que hacía girar el País del Carrusel.

De pronto se encontraron con un hombre alto, que cantaba en voz alta lo que leía en un libro. Tom lo detuvo, pero él continuó cantando. Era muy molesto.

—Ja-didi-jie-didi, derri-derru-dan —gritaba el hombre, mientras Tom trataba de llamar su atención.

—¿Cómo podemos irnos de este país? —gritó Tom.

—No me interrumpas. Ja-didi-jie-didi —cantaba el hombre marcando el ritmo con el dedo. Tom se lo agarró y gritó de nuevo:

—¿Cómo se sale de este país, y qué país es?

—Me has hecho perder el ritmo —protestó el hombre alto, muy enfadado—. Tendré que comenzar otra vez mi canción.

—Por favor, ¿cómo se llama este país? —preguntó Fanny.

—Es el País del Carrusel —contestó el hombre alto—. Pensaba que cualquiera lo habría adivinado. No podéis irnos de aquí. Siempre da vueltas, y sólo se detiene de pascuas a ramos.

—Tuvo que ser de pascuas a ramos cuando nos subimos —exclamó Tom—. En realidad la tierra se había detenido entonces.

El hombre se fue cantando a pleno pulmón.

—Ja-didi-jie-didi, derri-derru-dan.

—¡Qué viejo más tonto! —se quejó Fanny—. ¡Nos estamos encontrando con gente muy extraña!

—Lo que a mí me preocupa es cómo volveremos a casa —dijo Bessie—. Mamá se preocupará si no estamos cuando ella regrese. Tom, ¿qué hacemos?

—Nos sentaremos bajo este árbol, para comer un poco —propuso Tom, así que se sentaron y comieron, muy serios, mientras escuchaban la música incesante del carrusel y los árboles y las colinas giraban a lo lejos. Todo era muy raro.

De pronto dos conejos salieron y se quedaron mirando a los chicos. A Fanny le gustaban los animales, así que les lanzó un pedazo de tarta. ¡Cuál sería su sorpresa al ver que uno de los conejos recogía la tarta con sus patas y se la comía como si fuera un mono!

—¡Gracias! —sonrió el conejo—. ¡Es una novedad, después de comer tanto césped! ¿De dónde venís? No os hemos visto antes, pensábamos que conocíamos a todos los de este país. Nunca viene gente nueva al País del Carrusel.

—Y no se va nadie —añadió el otro conejo, mientras miraba a Fanny y estiraba una pata para que le diera un pedazo de tarta.

—¿De veras? —preguntó Bessie, alarmada—. Nosotros somos nuevos aquí, llegamos hace una hora. Hemos subido por el Árbol Lejano.

—¿Qué? —exclamaron los dos conejos al mismo tiempo, con sus largas orejas tías por el asombro—. ¿Has dicho el Árbol Lejano? ¿Nos estás diciendo que este país está sobre su copa?

—Sí, así es —afirmó Bessie—. Pero me imagino que, como este país no deja de dar vueltas, la copa puede estar debajo de cualquier lugar, y no hay forma de averiguarlo.

—¡Oh, sí la hay! —se rió el primero de los conejos, muy animado—. Si

excavamos un poco y hacemos un agujero, podremos ver dónde está el Árbol Lejano y esperar a que venga de nuevo, cuando este país esté girando sobre él.

—Subimos desde el árbol a un lugar en donde el césped estaba más oscuro —dijo Bessie—. Eso fue lo que observé. ¿Creéis que, cuando el País del Carrusel vuelva a girar, volverá al mismo sitio y nosotros podremos bajar a la copa del árbol?

—¡Pues claro! —gritaron los conejos—. Excavaremos donde el césped está más oscuro y esperaremos a que la tierra gire de nuevo sobre el árbol. ¡Vamos, rápido, no hay tiempo que perder!

Todos dieron un salto y echaron a correr. Bessie conocía el camino, y también los conejos. No tardaron en llegar al campo en donde estaba el anillo de césped oscuro. El agujero que conducía a la nube del árbol ya no estaba. Se había esfumado.

Los conejos comenzaron a excavar rápidamente. Pronto se encontraron con la escalera que comunicaba con la copa del árbol. Entonces hicieron un agujero tan grande que hasta se veía la enorme nube blanca que giraba debajo del País del Carrusel.

—Todavía no hay nada —observó el primero de los conejos, mientras sacaba un pañuelo para limpiarse las patas sucias—. Tendremos que esperar un poco. ¡Espero que no nos hayamos alejado por completo del Árbol Lejano!

La música del carrusel continuó sin cesar, y de pronto comenzó a sonar más despacio. Uno de los conejos miró por el agujero y gritó:

—La tierra ha dejado de dar vueltas, y el Árbol Lejano está muy cerca, ¡pero no lo podemos alcanzar!

Los chicos miraron a través de la nube la escalera que había debajo y vieron que el Árbol Lejano estaba cerca, pero no lo suficiente como para saltar a él. ¿Qué podían hacer?

—No se os ocurra saltar —les advirtieron los conejos—, porque os caeríais por la nube.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Bessie, un poco más animada—. ¡Tenemos que bajar al árbol antes de que la tierra se ponga a girar otra vez!

—Tengo una soga —dijo de pronto uno de los conejos, y metió su pata dentro de un enorme bolsillo y sacó una soga amarilla. Le hizo un nudo y la lanzó con cuidado a la copa del árbol. Se agarró al árbol y se quedó fija. ¡Qué bien!

—Fanny, deslízate tú primero por la soga —le aconsejó Tom—. Yo la sostendré por este extremo.

Así que Fanny, con mucho miedo, se deslizó por la soga amarilla hasta el árbol, y entonces, al llegar, la música del carrusel empezó a sonar fuerte y rápidamente, y el País del Carrusel se puso a dar vueltas.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritó Fanny mientras la tierra giraba hacia el Árbol Lejano—. ¡Saltad! ¡Saltad!

Saltaron los niños, y los conejos tras ellos. El País del Carrusel desapareció. La inmensa nube blanca lo cubrió todo. Los chicos y los conejos se quedaron agarrados a la copa del árbol mirándose unos a otros.

—Parecemos monos en un palo —dijo Tom, y todos se echaron a reír—. ¡Qué aventura! Propongo que no volvamos aquí.

Pero, como podéis imaginar, sí volvieron.

Cara de Luna y el Resbalón-Resbaladizo

Los chicos se quedaron quietos en la copa del Árbol Lejano, mientras los conejos bajaban un poco más. Aún se oía la alegre música del País del Carrusel mientras giraba sobre sus cabezas.

—Será mejor que nos vayamos a casa —susurró Tom—. Hemos tenido demasiadas emociones por hoy.

—Sí, vamos —aceptó Bessie, mientras comenzaba a descender—. ¡Será más fácil bajar que subir!

Pero Fanny estaba muy cansada. Rompió a llorar sin soltarse de la rama en la que estaba. Era la más pequeña, y no tenía tanta fuerza como Tom y Bessie.

—Me voy a caer —decía entre sollozos—. Sé que me voy a caer.

Tom y Bessie se miraron alarmados. Aquello podía ser un desastre. ¡Era demasiado peligroso caer desde esa altura!

—¡Fanny, bonita, haz un último esfuerzo! —la animó Tom suavemente—. Tenemos que llegar a casa sanos y salvos.

Pero Fanny seguía agarrada a la rama, sin dejar de llorar. Los dos conejos la miraron muy serios. Uno le extendió la pata.

—Yo te ayudaré —se ofreció.

Pero Fanny no aceptó la ayuda. Estaba agotada y temblando de miedo. Lloró tan fuerte que dos pájaros que estaban al lado salieron volando del susto.

Estaban todos a punto de perder la paciencia, cuando de pronto, no muy lejos de ellos, se abrió una puertecita en el tronco del árbol, y se" asomó una cabeza redonda como la luna llena.

—¿Qué sucede? —gritó el hombre de la cara redonda—. ¡No puedo dormir con el alboroto que estáis armando!

Fanny dejó de llorar y miró al hombrecito, sorprendida.

—Estoy llorando porque me da miedo bajar del árbol —le explicó—. Siento mucho haberte despertado.

Cara de Luna le sonrió.

—¿Tenéis algún caramelo de café con leche? —preguntó.

—¡Caramelo de café con leche! —exclamaron todos, sorprendidos—. ¿Para qué quieres un caramelo de café con leche?

—Para comérmelo, naturalmente —se rió Cara de Luna—. Si me dais un caramelo de café con leche, yo os dejaré bajar por mi tobogán, el Resbalón-resbaladizo; así podréis bajar rápidamente.

—¡Un tobogán que desciende por todo el Árbol Lejano! —exclamó Tom, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando—. ¿A quién se le ha ocurrido hacer un tobogán dentro del tronco del árbol?



—¡A mí! —sonrió de nuevo Cara de Luna, pareciendo así la luna llena—. Dejo que la gente lo use si me pagan con un caramelo de café con leche.

—¡Ay! —los tres chicos se miraron, desilusionados. Ninguno tenía un caramelo de café con leche. Tom negó con la cabeza.

—No tenemos un caramelo de café con leche —se lamentó—, pero tengo una tableta de chocolate, que, aunque un poco aplastada, está muy rica.

—No me sirve —dijo Cara de Luna—. No me gusta el chocolate. ¿Y los conejos? ¿Tampoco tienen un caramelo de café con leche?

Los conejos se vaciaron los bolsillos. Tenían muchas cosas interesantes, pero ningún caramelo de café con leche.

—Lo siento —se disculpó Cara de Luna, y cerró la puerta de golpe. Fanny rompió a llorar otra vez.

Tom fue hacia la puerta y llamó.

—Oye, Cara de Luna —gritó—. Te traeré un caramelo de café con leche, riquísimo, hecho en casa, la próxima vez que venga a este árbol si nos dejas bajar por el Resbalón-resbaladizo.

La puerta se abrió de nuevo, y Cara de Luna sonrió satisfecho.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó—. Entrad.

Uno por uno, los conejos y los chicos descendieron hasta donde estaba la puerta y entraron. La casa-árbol de Cara de Luna era muy original. Tenía una habitación redonda, y en el centro empezaba el Resbalón-resbaladizo, que descendía por todo el tronco del árbol dando vueltas y vueltas como una escalera de caracol.

Al lado del Resbalón-resbaladizo había una cama, una mesa y dos sillas, todo en forma curvada, adaptado a la redondez del tronco. Los chicos se quedaron asombrados. Les apetecía quedarse un buen rato pero Cara de Luna los empujó hacia el Resbalón-resbaladizo.

—Tomad un cojín cada uno —les ofreció—. Oye tú, conejo, toma el primer cojín y baja.

Uno de los conejos tomó un cojín de color naranja y se sentó. Parecía un poco nervioso.

—¡Vamos, deprisa! —le animó Cara de Luna—. ¿Piensas quedarte aquí toda la noche?

Le dio al conejo un fuerte empujón, y el conejo salió disparado por el Resbalón-resbaladizo, con los bigotes y orejas hacia atrás, por el viento. A Tom le pareció divertidísimo. Él fue el siguiente en descender.

Tomó un cojín azul, se sentó en él y se deslizó a toda velocidad, con el pelo hacia atrás, por el viento, a través del enorme tronco del viejo árbol. Estaba muy oscuro y silencioso y tardó mucho tiempo en llegar abajo del todo. Tom disfrutó cada segundo del viaje.

Dio con los pies en una puerta, que se abrió inmediatamente. Tom fue a caer sobre un montículo de musgo, sembrado allí mismo para amortiguar la caída. Se quedó sentado un momento para recobrar la respiración, y luego se levantó rápidamente para evitar que Bessie o Fanny cayeran sobre él.

Bessie fue la siguiente. Descendió sobre un cojín grueso de color rosa, y llegó casi sin aliento, debido a la velocidad. Después bajó Fanny, sobre un cojín verde, y por último el otro conejo. Uno por uno iban saliendo por la extraña puerta, que se volvía a cerrar en cuanto la atravesaban.

Todos se sentaron sobre el suelo, sofocados y muertos de risa, ya que era muy divertido bajar por el tronco de un árbol, sobre un cojín.

Los conejos fueron los primeros en ponerse de pie.

—Tenemos que irnos —se disculparon—. Ha sido un placer conoceros.

Desaparecieron metiéndose en la madriguera más cercana, mientras los chicos les decían adiós con la mano. Entonces Tom se puso de pie.

—Vamos. Tenemos que regresar a casa. ¡Quién sabe qué hora será!

—¡Qué maravilla bajar del Árbol Lejano por el Resbalón-resbaladizo! —Bessie dio un suspiro—. ¡Fue tan rápido!

—A mí me encantó —añadió Fanny—. Me gustaría subir al árbol todos los días para poder bajar por ese maravilloso tobogán. ¿Qué hacemos con los cojines?

En ese momento una ardilla roja, vestida con un jersey viejo, salió de un agujero que había en el tronco.

—¡Por favor, dadme los cojines! —les pidió. Los chicos los recogieron y se los entregaron. Ya se estaban acostumbrando a oír hablar a los animales.

—¿Vas a subir a Cara de Luna todos esos cojines por el árbol? —preguntó Fanny, perpleja.

La ardilla se echó a reír.

—¡Huy, no! Cara de Luna me lanza una soga para subirlos. Mirad, ¡aquí viene!

A través de las ramas descendió una soga. La ardilla la agarró y ató los cojines fuertemente. Dio tres tirones, y la soga fue subiendo con los cojines.

—¡Qué buena idea! —dijo Tom, y entonces todos se dirigieron a casa. Caminaban en silencio, recordando los sucesos maravillosos que habían tenido lugar aquel día.

Llegaron a la zanja y la saltaron. Luego fueron por el caminito hasta llegar al portón pequeño que estaba en la parte trasera de la casa. Cuando llegaron a la casita se sentían tan cansados que casi se caen. Sus padres aún no habían llegado.

A pesar del sueño Bessie preparó pan y leche. Se desvistieron mientras la leche se calentaba y cenaron sentados en la cama.

—No volveré al Árbol Lejano —dijo Fanny al acostarse.

—¡Pues yo sí! —dijo Tom—. ¡No olvidéis que prometimos al viejo Cara de Luna

un caramelo de café con leche, hecho en casa! Podemos subir y darle el caramelo de café con leche, y descender de nuevo por el Resbalón-resbaladizo. No necesitamos ir hasta la copa del árbol.

Bessie y Fanny no tardaron en dormirse. Sin embargo, a Tom le costó conciliar el sueño. Soñó con el extraño Árbol Lejano, y con los personajes tan curiosos que vivían en el enorme tronco.

Un caramelo de café con leche para Cara de Luna

Durante muchos días después de su aventura, los niños no hablaron de otra cosa que no fuera del Árbol Lejano y de las personas extrañas que vivían allí. Bessie les recordó la promesa que le habían hecho a Cara de Luna.

—Las promesas deben cumplirse. Yo misma haré el Caramelo de café con leche si mamá me da un poco de melaza. Cuando esté listo, se lo llevaremos a Cara de Luna.

La madre les dio permiso para hacer el caramelo de café con leche el miércoles, una vez que trajeran los comestibles. Bessie se esmeró en que le saliera el caramelo más rico que había hecho en su vida.

Lo hizo en una sartén y luego lo dejó enfriar. Después, lo partió en trozos y los metió en una bolsa de papel, dio un pedazo a sus hermanos y ella se comió otro.

—Creo que tendré que ir por la noche —dijo Tom—. En esta semana no tendré otra ocasión porque tengo demasiado trabajo en el jardín.

Esa misma noche, con el claro resplandor de la luna, Tom se levantó de la cama. Bessie y Fanny se despertaron al oír el ruido. No habían pensado en acompañarlo pero, al ver cómo brillaba la luna, pensaron en el Árbol Lejano y decidieron ir con Tom. ¿Vosotros no hubierais hecho lo mismo?

Se vistieron rápidamente y llamaron a la puerta de la habitación de Tom.

—Tom, nosotras también vamos —susurraron—. ¡Espéranos!

Tom aguardó un momento, y los tres bajaron sigilosamente por las escaleras y salieron al jardín, iluminado por la luna. Las sombras eran muy oscuras, como si estuvieran hechas de tinta negra. No se distinguía ningún color, sólo la pálida luz de la luna, fría y plateada.

Llegaron pronto al Bosque Encantado. ¡Qué diferente se veía por la noche! ¡Por todas partes pululaban animales y otros personajes! En los lugares más oscuros del bosque había pequeños farolillos colgados en fila. En los sitios iluminados por la luna no había farolillos, y por todos lados se escuchaban alegres voces.

Nadie se fijaba en los niños pero tampoco se sorprendían al verlos. En cambio, ellos estaban asombrados de todo lo que veían.

—¡Aquí hay un mercado! —susurró Tom a Bessie—. ¡Mira! ¡Hay collares de bellotas pintadas y broches de rosas silvestres!

Pero Bessie estaba distraída, observando una danza en un claro iluminado por la luna, donde hadas y duendecillos hablaban y se reían. Cuando algunos se cansaban de bailar, flotaban en el aire, meciéndose suavemente.

Fanny observó que algunos duendes hacían crecer hongos. Cuando salía un hongo, un duende ponía sobre él un mantel y encima colocaba vasos con limonada y galletas pequeñas. Todo era como un sueño extraordinario.

—¡Cómo me alegro de haber venido! —suspiró Bessie—. ¿Quién podía imaginar que el Bosque Encantado tu viera tanta vida por la noche?

Pasaron mucho tiempo contemplando ensimismados manto sucedía a su alrededor, pero al final fueron al Árbol Lejano. ¡Qué diferente estaba, todo lleno de luces de hadas, brillando suavemente como un enorme árbol de navidad!

Tom se fijó en una soga gruesa que iba de rama en rama para que se agarrara todo el que quisiera subir al árbol.

—¡Mirad! —señaló con el dedo—. Es mucho más fácil subir de noche. No tenemos más que agarrarnos a la soga. ¡Vamos!

Había otras personas, y algunos animales también, que subían al árbol. No iban al país que estaba en la copa sino a visitar a los amigos que vivían en el tronco del viejo árbol. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas, y se escuchaban voces y risas por todas partes.

Los chicos fueron subiendo. Al llegar a la ventana del duende Furioso, vieron que estaba sentado, sonriendo alegremente bajo su ventana abierta, charlando con tres búhos. Pero Tom pensó que sería mejor continuar, por si acaso el duendecillo los reconocía y les tiraba agua otra vez.

Y siguieron subiendo, sin dificultad, agarrados a la soga. Llegaron a la casa de Seditas y llamaron a la puerta. Estaba cocinando en el horno.

—¡Hola! —los saludó con una dulce sonrisa—. Llegáis en buen momento, porque estoy haciendo las galletas que estallan, ¡y están calentitas y deliciosas!

Su cabello dorado y sedoso perfilaba su carita, roja por el calor del horno. Tom sacó la bolsa de caramelos de café con leche.

—Se los hemos traído a Cara de Luna. Pero puedes comerte uno, si quieres Seditas cogió un caramelo y les dio tres galletas a cada uno. ¡Qué deliciosas estaban, especialmente cuando estallaba la miel en la boca!

—Seditas, tenemos prisa —se disculpó Bessie—. Aún nos falta mucho por subir.

—Tened cuidado con el agua de la señora Lavarropas —advirtió Seditas—. De noche, es aún más terrible. Sabe que hay muchas personas subiendo y bajando, y disfruta mojando a todo el mundo con el agua sucia.

Los niños pasaron por donde estaba el señor Cómosellama, que seguía roncando en su hamaca, profundamente dormido. Se protegieron rápidamente detrás de una rama cuando escucharon caer el agua de la señora Lavarropas. Nadie se mojó esa vez, y Fanny se partía de risa.

—Éste es el árbol más gracioso que he visto en mi vida —comentó entre carcajadas—. ¡Nunca sabes lo que va a suceder!

Continuaron subiendo por la soga hasta que al fin llegaron a la copa. Llamaron a la puerta amarilla de Cara de Luna.

—¡Entrad! —se oyó decir, y ellos empujaron la puerta.

Cara de Luna estaba sentado sobre su cama curvada, arreglando uno de los cojines.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Me habéis traído el caramelo de café con leche que me debéis?

—Sí —enseguida Tom le entregó la bolsa—. Te hemos traído bastantes, Cara de Luna, la mitad para pagarte por haber bajado por el Resbalón-resbaladizo la semana pasada, y la otra mitad para que nos dejes bajar de nuevo esta noche.

—¡Huy, cuántos! —exclamó Cara de Luna mientras se le hacía la boca agua—. ¡Qué caramelos de café con leche más ricos!

Se metió cuatro grandes pedazos en la boca y empezó a chuparlos con avidez.

—¿Te gusta? —sonrió Bessie.

—¡Uugle-uugle-uugle-uugle! —balbució Cara de Luna, sin poder hablar con claridad porque se le habían pegado los dientes con el caramelo de café con leche. Los niños se echaron a reír.

—¿Es el País del Carrusel el que está en la copa del Árbol Lejano? —preguntó Tom. Cara de Luna movió la cabeza.

—¡Uuugle!

—¿Qué país está ahora? —insistió Fanny. Cara de Luna hizo una mueca, y arrugó la cara.

—¡Uuugle-uugle-uugle-uugle-uugle! —continuó, subiendo el tono de voz.

—Cielos, no vamos a entender nada de lo que dice mientras se esté comiendo el caramelo de café con leche —susurró Bessie—. ¡Qué pena! Me hubiera gustado saber qué país está en la copa esta noche.

—¡Iré a ver! —Tom dio un salto. Cara de Luna se alarmó. Sacudió su cabeza y detuvo a Tom.

—¡Uuugle-uugle-uugle! —exclamó.

—Está bien, Cara de Luna, sólo voy a mirar —suspiró Tom—. No voy a entrar en el país.

—¡UUGLE-UUGLE-UUGLE! —gritó Cara de Luna, asustado, tratando de tragarse el caramelo de café con leche para hablar—. ¡Uuugle!

Tom no esperó más. Salió por la puerta, junto con sus hermanas, y subió por) la última rama del Árbol Lejano. ¿Con qué extraño país se encontraría? Tom miró a través del agujero oscuro de la nube, iluminado por la luna.

Llegó hasta la escalera pequeña que atravesaba el agujero de nube. Subió los peldaños y se asomó al país que estaba encima. Dio un grito.

—¡Bessie! ¡Fanny! ¡Es un país de hielo y nieve! ¡Hay enormes osos blancos por todos lados! ¡Oh, venid a ver!

Entonces sucedió algo terrible. Tom desapareció de la escalera y se marchó hacia el País de Hielo y Nieve, que estaba sobre la nube.

—¡Vuelve, Tom, vuelve! —gritó Cara de Luna, asustado, después de tragarse, por fin, todo el caramelo de café con leche—. ¡Que no te vean. Si te ve, el hombre de nieve te atrapará!

Pero ya no había rastro de Tom. Bessie miró a Cara de Luna, aterrorizada.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

Tom y el Hombre de Nieve

Cara de Luna se entristeció mucho al ver que Tom había desaparecido.

—¡Le advertí que no fuera, se lo dije! —gemía.

—No se lo advertiste —le reprochó Fanny—. Tenías la boca llena de caramelo de café con leche y lo único que decías era uugle-uugle-uugle. ¿Cómo íbamos a entenderte?

—¿Dónde está Tom ahora? —preguntó Bessie, pálida de miedo.

¿Dónde estaría Tom? Alguien lo había levantado de la escalera para llevarlo al País de Hielo y Nieve. Allí, curiosamente, el sol y la luna estaban en el cielo, uno en cada extremo, brillando a la vez con una luz pálida.

Tom no hacía más que temblar de frío. Levantó la vista para ver quién le había capturado desde la escalera. ¡Vio frente a él un gigantesco hombre de nieve! Se parecía a los muñecos de nieve que Tom había hecho tantas veces durante el invierno, redondo, gordo y blanco, con un viejo sombrero sobre la cabeza y una pipa en la boca.

—¡Qué suerte! —dijo el hombre de nieve, con una voz suave que parecía de nieve—. He estado en este agujero durante muchos días esperando que suba una foca, ¡y has venido tú!

—Oh —exclamó Tom recordando que las focas subían a respirar por los agujeros en el hielo—. Ése no es un agujero en el que haya agua, sino que comunica con el Árbol Lejano. Por favor, déjame regresar.

—El agujero se ha cerrado —dijo el hombre de nieve.

Tom miró y, para su desilusión, vio que una espesa capa de hielo se había formado sobre el agujero, tan gruesa que era imposible perforarla.

—¿Y ahora qué hago? —dijo a media voz.

—Lo que yo te diga —contestó el hombre de nieve con una sonrisa—. ¡No sardes cuánto me alegro de tenerte aquí conmigo! En este país aburrido y silencioso no hay más que osos polares, focas y pingüinos. Muchas veces he deseado tener alguien con quien hablar.

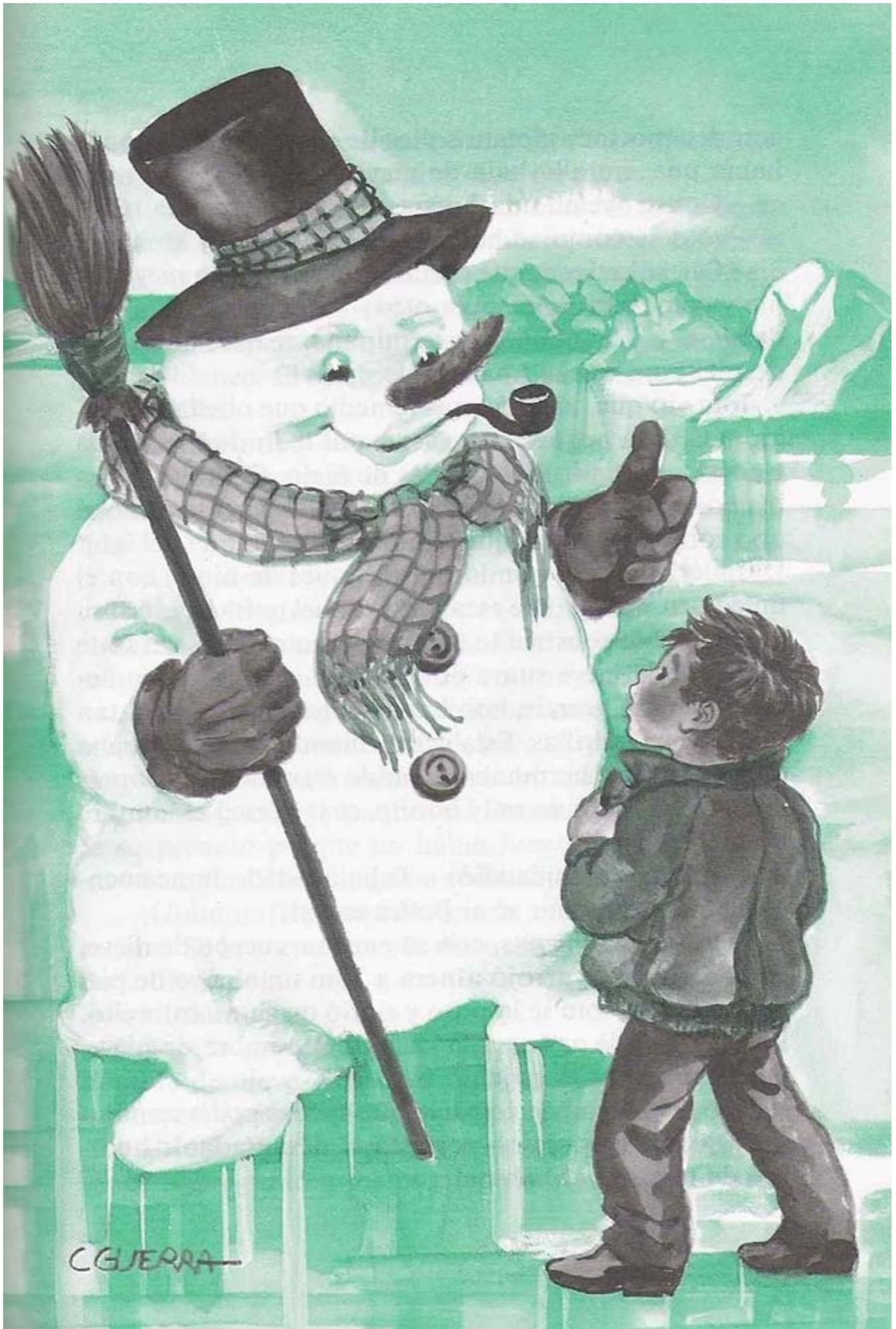
—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Tom, abrochándose el abrigo porque sentía mucho frío.

—Ah —suspiró el hombre de nieve—, ésa es una larga historia. Hace mucho tiempo, unos niños me hicieron, y cuando terminaron se rieron de mí y lanzaron piedras para deshacerme. Así que aquella noche me vine aquí y me convertí en el rey. ¿Pero de qué vale ser rey si sólo puedes hablar con osos? Lo que siempre he deseado es tener un buen siervo que hable en mi idioma. ¡Es una suerte que hayas llegado tú!

—Pero yo no quiero ser tu siervo —protestó Tom, indignado.

—¡Tonterías! —dijo el hombre de nieve, y le dio un empujón tan fuerte que casi

lo tira al suelo. Entonces, con sus enormes y planos pies de nieve, se fue adonde había una muralla baja de nieve.



—Constrúyeme una buena casa —le ordenó.

—¡No sé cómo se hace! —gimió Tom.

—Oh, sólo tienes que cortar bloques de esta nieve firme y colocarlos uno sobre otro —le explicó el hombre de nieve—. Cuando hayas terminado, te daré un abrigo de piel para que no pases frío.

Tom vio que no tenía más remedio que obedecer. Cogió una pala pequeña que estaba al lado de la muralla y cortó unos ladrillos grandes de hielo. Cuando ya había cortado unos veinte bloques, se detuvo y los colocó uno sobre otro hasta que completó un tabique del iglú. Después siguió cortando más bloques de nieve, con el único pensamiento de escapar de aquel país tan extraño.

Tom había construido en el invierno muchas casas de nieve con la nieve suave de su jardín. Ahora había hecho una casa grande, con buenos bloques de hielo, tan duros como ladrillos. Estaba disfrutando, aunque echaba de menos a sus hermanas. Cuando terminó, tras ponerle un techo redondo muy bonito, se le acercó el hombre de nieve.

—Muy bien —aplaudió—. Te ha quedado francamente bien. Aunque no sé si podré entrar.

Entró a duras penas, con su enorme cuerpo de nieve, en la casita, y le arrojó afuera a Tom un abrigo de piel de oso polar. Tom se lo puso y sintió un suave calorcito. Luego trató de entrar a la casita del hombre de nieve, para protegerse del viento frío.

Pero había tan poco espacio que apenas podía respirar.

—No me empujes —protestó el desagradable hombre de nieve—. ¡Muévete!

—¡No puedo! —se disculpó el pobre Tom. Estaba seguro de que lo echaría de la casa de nieve.

En ese momento se escuchó un curioso gruñido en la puerta. Inmediatamente el hombre de nieve contestó.

—Peludo, ¿eres tú? Lleva a este chico a tu casa bajo el hielo. Me estorba. ¡Me está aplastando!

Tom miró para ver quién era Peludo, y vio un enorme oso blanco. El oso tenía una mirada inexpresiva, pero era amable.

—¡Uuuuumff! —el oso sacó a Tom de la casita. Tom sabía que no merecía la pena luchar. Nadie podría es-raparse de un oso tan grande. Pero el oso era muy pacífico.

—¡Uuuuumff! —gruñó a Tom.

—No sé lo que quieres decir —dijo Tom.

El oso ya no abrió la boca. Se llevó a Tom con él, casi a la rastra, porque el camino era muy resbaladizo.

Llegaron a un agujero que había en el hielo. El oso empujó a Tom hacia adentro y, para sorpresa suya, Tom descubrió que abajo había una habitación grande, ¡con cinco

osos grandes y pequeños! Dentro hacía calor. Tom se sorprendió porque no había fuego.

—Uuuuumff —saludaron todos los osos cortésmente.

—¡Uuuuumff! —repitió Tom, y a los osos les agradó mucho. Se le acercaron y le dieron la garra con amabilidad, diciéndole:

—Uuuuumff.

A Tom le parecieron más simpáticos los osos que el hombre de nieve. Pensó que tal vez ellos le ayudarían a escapar de ese ridículo país de hielo y nieve.

—¿Me podéis decir cómo puedo regresar al Árbol Lejano? —preguntó a los osos con cortesía. Los osos se miraron unos a otros. Estaba claro que no le entendían.

—No os preocupéis —suspiró Tom, desalentado. Y decidió esperar pacientemente hasta encontrar la forma de escaparse.

El hombre de nieve resultó muy molesto. Cuando Tom se acostó para echar una siesta, recostando su cabeza contra el enorme y caliente cuerpo del oso, escuchó que lo llamaban desde la casa de nieve.

—¡Oye, muchacho! ¡Ven aquí a jugar al dominó conmigo!

Así que Tom tuvo que ir a jugar con él pero, como el hombre de nieve no le permitía entrar en la cabaña porque decía que le estorbaba, Tom tuvo que jugar desde fuera, y estuvo a punto de congelarse.

Otra vez, mientras comía un sabroso pez frito, que uno de los osos amablemente le había cocinado en aceite, el hombre de nieve le gritó que fuera para hacer una ventana en su casa. Así que Tom se apresuró a cortar un pedazo de hielo transparente y ponerlo de ventana en uno de los lados de la casa. ¡El hombre de nieve era un auténtico pelmazo!

—*Ojalá no me hubiera asomado para ver este horrible país* —pensaba una y otra vez—. *Menos mal que los osos se portan muy bien conmigo. Aunque me gustaría que dijeran algo diferente a «uuuumff».*

Tom se preguntaba qué estarían haciendo Bessie y Fanny. ¿Estarían muy preocupadas porque él no había regresado? ¿Se habrían vuelto a casa para contarles a sus padres lo que había sucedido?

Bessie y Fanny sí que estaban muy preocupadas, y asustadas. Fue horrible ver al pobre Tom desaparecer de esa forma por la nube.

También Cara de Luna se sentía muy triste. Ya podía hablar bien porque se había tragado todo el caramelo de café con leche.

—Tenemos que ir a rescatarlo —dijo muy seriamente Con su brillante cara de luna.

—¿Cómo? —preguntaron las chicas.

—Dejadme pensar —Cara de Luna cerró los ojos. Siempre que pensaba, se le hinchaba la cabeza. Por fin abrió los ojos y sonrió.

—Iremos a ver a Ricitos de Oro y a los tres osos. Esos osos conocen a los del País de Hielo y Nieve. Tal vez puedan ayudar a Tom.

—¿Dónde vive Ricitos de Oro? —preguntó Bessie, asombrada—. Yo pensaba que se trataba de un cuento.

—¡Huy, no! —se rió Cara de Luna—. Vamos, tenemos que tomar el tren.

—¿Qué tren? —preguntó Fanny, aún más asombrada.

—¡Oh, ya lo veréis! —contestó Cara de Luna—. ¡Daos prisa, bajad por el Resbalón-resbaladizo y esperadme abajo!

La casa de los tres osos

Bessie agarró un cojín, lo puso en el Resbalón-resbaladizo y dio un salto. Descendió rápidamente, ¡Uisssss! Salió disparada hacia abajo, atravesó la puertecita y cayó sobre la alfombra de musgo. Casi no le da tiempo a levantarse antes de que Fanny también saliera volando por la puertecilla.

—¿Sabes? El Resbalón-resbaladizo me resulta muy divertido —dijo Bessie—. ¡Me gustaría pasar el día deslizándome por él!

—Sí, a mí también, si no fuera porque tendríamos que subir primero hasta la copa del árbol —comentó Fanny.

La puertecilla se abrió y Cara de Luna salió disparado sobre un cojín amarillo. Recogió los tres cojines, llamó a la ardilla roja que los cuidaba, y se los tiró. Después se dirigió hacia donde lo estaban esperando las niñas.

—Hay un tren a medianoche. Tendremos que apresurarnos.

El bosque aún estaba bañado por la luz de la luna. Los tres echaron a correr por entre los árboles. De repente Bessie escuchó el sonido de un tren, y ella y Fanny se detuvieron sorprendidas. Vieron un pequeño tren que avanzaba serpenteando por entre los árboles. Parecía de juguete. ¡La máquina llevaba incluso una llave a un lado!

Cerca había una estación pequeña. Cara de Luna les dio la mano a las niñas y los tres echaron a correr en esa dirección. El tren estaba a punto de salir.

En los vagones había puertas de hojalata y ventanas que no se abrían, igual que en los trenes de juguete. Bessie se esforzó para abrir la puerta, pero no pudo. Sonó el silbato y el tren se puso en marcha.

—¿No sabéis cómo se entra en este tren? —se rió Cara de Luna—. ¡Qué gracioso! ¡Tenéis que abrir el techo!

Mientras hablaba, levantó el techo, como se abren los trenes de juguete.

—Creo que éste es un tren de juguete al que le han hecho crecer —dijo Fanny subiéndose al vagón—. ¡Nunca he visto un tren tan curioso, en toda mi vida!

Todos se montaron. Cara de Luna no pudo colocar otra vez el techo, así que se quedó de pie dentro del vagón, y cuando el tren cogió velocidad, Bessie y Fanny, como no podían mirar por las ventanas, se pusieron de pie para contemplar el paisaje, por el techo. ¡Tenían un aspecto muy gracioso!

En la siguiente estación, que se llamaba «La Estación de los Muñecos de Trapo», tres muñecos negros de trapo subieron al vagón y los miraron fijamente. Uno se parecía tanto al muñeco de trapo que tenía Bessie en su casa que ésta no pudo evitar quedarse boquiabierta.

La segunda estación se llamaba «Estación del Enfado», y sobre la plataforma había tres mujeres viejas, con cara de enfadadas. Las niñas nunca habían visto a ninguna persona tan enfadada como ellas. Una de las mujeres se subió al vagón y los

tres muñecos de trapo inmediatamente se cambiaron a otro vagón.

—¡Muévete! —ordenó la mujer enfadada a Cara de Luna. Éste obedeció sin rechistar.

La mujer enfadada resultó ser una persona muy molesta como compañera de viaje. No hacía más que quejarse, y su canasta, que estaba llena de pinchos, le rozaba continuamente a la pobre Fanny.

—¡Hemos llegado, hemos llegado! —gritó de pronto Cara de Luna, muy contento, al llegar a la siguiente estación, y los tres se bajaron, suspirando de alivio al separarse de la mujer enfadada.

La estación se llamaba «Estación de los Osos», y había muchos ositos de peluche por todas partes, algunos de color marrón, unos de rosa, otros de azul, y otros de blanco. Para hablar se tocaban el estómago, donde tenían un pequeño botón y entonces hablaban correctamente. A Fanny le entró la risa al ver lo que hacían. Era muy gracioso.

—Por favor, ¿me puedes decir el camino para llegar a la casa de los tres osos? —le preguntó Cara de Luna cortésmente a un osito azul.

El oso presionó el botón de su barriguita y contestó con una voz agradable pero gruñona.

—Hay que subir el camino y bajar el camino y dar la vuelta al camino.

—Gracias —sonrió Cara de Luna.

—¡Qué raro! —comentó Bessie, que tenía sus dudas.

—No creas —dijo Cara de Luna llevándolas por un caminito bordeado de madre selvas—. Por aquí subimos el caminito, observad que después baja, y al final damos la vuelta en una esquina.

Tenía razón. Subieron y bajaron, y después dieron la vuelta. Y entonces, frente a ellos, junto a un frondoso bosque, estaba la casita más linda que jamás habían visto las niñas, cubierta de rosas color rosa, con unas ventanas pequeñas que hacían guiños bajo la luz de la luna, como si fueran ojos.

Cara de Luna llamó a la puerta. Entonces se oyó una voz soñolienta que decía:

—¡Entrad!

Cara de Luna empujó suavemente la puerta y todos pasaron. Nada más entrar encontraron una mesa puesta, con tres tazones llenos de sopa caliente. Había alrededor tres sillas: una grande, una mediana y una pequeña.

—¡Es la casa de los tres osos! —susurró Bessie, emocionada. Era como si un cuento de hadas se hubiera hecho realidad.

—¡Aquí estamos! —dijo alguien desde otra habitación. Cara de Luna entró, en compañía de Bessie y Fanny.

Era un dormitorio pequeño, con una cama grande, una mediana y una pequeña. En la cama grande estaba acostado un enorme oso de color marrón, en la mediana

una osa gorda, y en la pequeña un oseño encantador, de ojos azules, tan azules como el mar.

—¿Dónde está Ricitos de Oro? —preguntó Cara de Luna.

—Se ha ido de compras —dijo papá oso.

—¿Dónde duerme cuando se queda aquí? —preguntó Bessie mirando en derredor suyo—. ¿Siempre se queda con vosotros?



—Siempre —repitió papá oso, enderezando su enorme gorro de dormir—. Nos cuida muy bien. Esta noche hay un mercado en el Bosque Encantado y ha ido a ver si puede comprar alguna sopa a buen precio. ¿Que dónde duerme? Escoge cualquiera de nuestras camas, y nosotros nos arreglamos con las otras dos. Pero a ella le gusta más la cama de nuestro hijito porque es suave y caliente.

—Igual que en el cuento —comentó Fanny.

—¿Qué cuento? —preguntó mamá osa.

—El cuento de los tres osos —respondió Fanny.

—Nunca lo he escuchado —dijeron los tres osos a la vez. Bessie y Fanny no salían de su asombro. No se atrevieron a hacer más preguntas.

—¡Aquí viene Ricitos de Oro! —dijo mamá osa. Se escuchó una voz aguda que

se aproximaba. El osito saltó de la cama y echó a correr hacia la puerta, muy contento.

Una hermosa niña, de largos y rizados cabellos de color oro, se acercó al osito y lo abrazó.

—¡Hola, chiquitín! —le dijo con ternura—. ¿Has sido bueno?

Al ver a Bessie, a Fanny y a Cara de Luna, los miró fijamente.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó, extrañada.

Cara de Luna le habló sobre Tom, le explicó cómo había ido al País de Hielo y Nieve, donde vivían osos blancos enormes.

—Tengo miedo de que el hombre de nieve lo haya hecho prisionero —comentó Cara de Luna—. En ese caso, tendrá que quedarse a vivir con los osos blancos. ¿Podrías decirle a los tres osos que nos acompañen para que los osos blancos liberen a Tom?

—No conozco el camino —dijo Ricitos de Oro.

—¡Nosotros sí! —interrumpió papá oso—. Los osos blancos son nuestros primos. Cara de Luna, si puedes ayudarnos con un poco de magia, estaremos en el País de Hielo y Nieve en pocos minutos.

—¿En pocos minutos? —repitió Bessie, sin poder creerlo—. ¡Pero si está muy lejos, en la copa del Árbol Lejano!

—No importa —sonrió papá oso. Cogió un jarrón de la repisa y lo llenó de agua. Puso en él un polvo amarillo que revolvió con la pluma blanca y negra de una urraca.

Cara de Luna metió las manos en el agua mientras pronunciaba unas palabras extrañas, que hicieron temblar a Bessie y a Fanny. El agua comenzó a burbujear, subió hasta la boca del jarrón y se desbordó, cayendo sobre el suelo. ¡Se convirtió en hielo bajo sus pies! Un viento frío llenó la pequeña casa y todos empezaron a tiritar.

Entonces Bessie se asomó a la ventana, y se quedó muda de asombro. Sólo fue capaz de señalar con el dedo.

Fanny también se asomó y ¿qué creéis que vio? Afuera no había más que hielo y nieve. ¡Estaban en el País de Hielo y Nieve! Ni Bessie ni Fanny se explicaban cómo había sucedido.

—Bien, ya hemos llegado —sonrió Cara de Luna, sacando las manos del jarrón y secándoselas en un pañuelo rojo—. Osos, ¿podéis prestarnos unos abrigos? Estamos ateridos de frío.

Mamá osa les entregó unos abrigos gruesos, que sacó de un armario. Se los pusieron. Los osos, con su piel gruesa, no necesitaban nada más.

—¡Ahora tenemos que buscar a Tom! —dijo Cara de Luna—. ¡Osos, necesitamos vuestra ayuda!

La batalla de los osos

Ricitos de Oro, los tres osos, las niñas y Cara de Luna salieron de la casita. ¡Qué extraño era ver rosas en flor sobre las paredes mientras había hielo y nieve por todos lados!

—¿Dónde podemos encontrar a los osos polares? —preguntó Ricitos de Oro.

—Allá, en la dirección del sol —señaló papá oso. Bes-ir y Fanny se sorprendieron de ver que el sol y la luna salían en el cielo al mismo tiempo. Siguieron a papá oso, resbalándose continuamente, pero sin llegar a caerse. Hacía mucho frío y tenían la nariz roja y los dedos de los pies como si se les hubieran congelado.

De pronto vieron la casita que Tom había construido para a el hombre de nieve.

—¡Mirad! —gritó papá oso—. Vamos allí.

Pero, antes de que llegaran, un enorme hombre de nieve salió de la casa de nieve. ¡Era el hombre de nieve! En cuanto vio a los tres osos y a sus acompañantes, comenzó a dar gritos como un loco.

—¡Enemigos! ¡Enemigos! ¡Venid, osos, venid y ahuyentad a los enemigos!

—¡No somos enemigos! —gritó Cara de Luna, y Ricitos de Oro corrió hacia el hombre de nieve para demostrarle que era sólo una niña. Pero Cara de Luna fue tras ella y la detuvo. No confiaba en el viejo hombre de nieve.

El hombre de nieve se agachó con su enorme cuerpo para hacer bolas grandes de nieve. Le tiró una a Ricitos de Oro. Ésta logró esquivarla pero fue a darle al pobre osito.

—¡Aaaay! —se quejó, cayéndose para atrás. En ese momento, una manada de osos polares salieron de sus casas para ayudar al hombre de nieve, y pronto empezaron a lanzar bolas de nieve por todos lados. Como estaban muy duras, hacían daño. De nada sirvió que las niñas gritaran que eran amigos, y no enemigos. Nadie las escuchó, y enseguida se entabló una tremenda batalla.

—¡Cielos! —exclamó Bessie, tratando de dar en el blanco—. ¡Esto es horrible! ¡Jamás podremos rescatar a Tom!

No podían hacer nada. Además, ante un ataque, hay que defenderse, y los tres osos, las niñas y Cara de Luna se sentían muy molestos porque no dejaban de lanzarles las duras bolas de nieve.

¡Plaf! ¡Plum! ¡Plof! ¡Clonc! Las bolas de nieve estallaban cuando daban en el blanco, y pronto se oyeron los gruñidos furiosos de los osos polares, los gritos de las niñas y los chillidos de Cara de Luna. Éste no hacía más que saltar, gritar y patear mientras lanzaba bolas de nieve. Su gran cara redonda era un buen blanco para las bolas de nieve, y a él le dieron más que a nadie. ¡Pobre Cara de Luna!

Mientras todos peleaban, ¿dónde pensáis que estaba Tom? Cuando escuchó el grito de «¡Enemigos! ¡Enemigos!», se escondió en una esquina porque no quería

participar en ninguna pelea. Al ver que se quedaba solo, inmediatamente pensó en la forma de escaparse.

Se acercó al agujero que salía de la guarida. La batalla se estaba desarrollando a una buena distancia, así que Tom no se dio cuenta de que los «enemigos» en realidad eran sus amigos. De haberlos visto, hubiera acudido en su ayuda.

—*¡Qué ruido tan terrible están haciendo!* —pensó—. *Suena como si fuera una batalla entre gorilas y osos. No me acercaré, no sea que me coman o me hagan algún daño. Echaré a correr en dirección contraria, a ver si encuentro a alguien que me ayude.*

Así que Tom, con su piel de oso, que le hacía parecer un pequeño oso blanco, se escapó caminando sobre el hielo y la nieve, sin que nadie lo viera. Echó a correr cuando pensó que ya no estaba al alcance de la vista. Corrió sin parar durante un buen rato.

Pero no se encontró con nadie. Por allí sólo había una loca solitaria sobre el hielo, que, al ver a Tom, se lanzó al agua inmediatamente.

Entonces Tom se detuvo, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Había llegado a la casita de los tres osos, Rie estaba sola, en medio de la nieve. Sus rosas aún estaban en flor, despidiendo un intenso aroma.

—*¡Estoy soñando!* —Tom se frotó los ojos—. *¡Tengo que estar soñando! ¡Una casita, con rosas, aquí, en medio de la nieve! Entraré a ver quién vive en ella. Tal vez me puedan dar algo de comer y me dejen descansar, porque estoy muerto de hambre y muy cansado.*

Llamó a la puerta pero nadie contestó. Entonces empujó un poco y pudo entrar. Se quedó boquiabierto. No había nadie, pero sobre la mesa había tres tazones con sopa: uno grande, otro mediano y otro pequeño. Estaba muy oscuro, así que encendió una vela que estaba sobre la mesa.

Se sentó en la silla más grande, pero era demasiado grande y se levantó. Se sentó en la silla mediana, pero tenía demasiados cojines, así que se levantó y se sentó en la silla más pequeña. Esa resultaba perfecta, y Tom se acomodó en ella, pero pesaba demasiado y la rompió.

Miró los tazones de sopa. Probó la sopa del tazón más grande, pero estaba demasiado caliente y se quemó la lengua. Probó el tazón mediano, pero era demasiado dulce. Probó la sopa del tazón pequeño y ésta sí que estaba en su punto.

Sin dudarle ni un instante, se la tomó. Luego sintió tanto sueño que decidió descansar. Fue a la habitación y se acostó en la cama más grande. Era demasiado grande, así que probó la cama mediana. Era demasiado suave, así que se acostó en la más pequeña. ¡Era tan pequeña, cómoda y caliente... que se quedó profundamente dormido!

Mientras tanto, continuaba la batalla. El hombre de nieve era tan grande y los

osos polares tan feroces que los tres osos, las niñas y Cara de Luna se vieron obligados a retroceder.

Entonces se desató una tormenta de nieve y cayó tanta nieve que no acertaban a ver nada. Cara de Luna dijo, muy alarmado:

—¡Osos! ¡Ricitos de Oro! ¡Bessie! ¡Fanny! Cogeos de la mano; tenemos que marcharnos inmediatamente. Si no, alguno de nosotros se perderá en medio de esta espantosa tormenta.

Todos se agarraron de la mano. La nieve les daba en la cara y no podían ver nada. Empezaron a caminar con cuidado, inclinados hacia adelante, alejándose de los osos blancos, que ya habían dejado de pelear y trataban de descubrir hacia dónde habían huido sus enemigos.

—No gritéis ni digáis nada —les aconsejó Cara de Luna—. Si nos oyen los osos blancos, nos perseguirán y nos cogerán prisioneros. Vamos a buscar cobijo hasta que cese la tormenta.

Todos se sentían muy incómodos. Tenían frío, miedo y estaban perdidos. Tropezaban unos con otros, en medio de la nieve, pero no se soltaron de la mano. Siguieron avanzando y de repente Ricitos de Oro se soltó de la mano de Cara de Luna y señaló al frente.

—¡Una luz! —gritó. Todos se detuvieron.

—¡Pero si es nuestra casa! —se asombró el osito—. ¿Quién estará dentro? Alguien ha encendido una vela.

Todos se quedaron mirando la luz en la ventana. ¿Quién había entrado en la cabaña? ¿Sería el hombre de nieve? ¿O los osos polares? ¿Se trataría de un amigo o de un enemigo?

—«Uisssss» —soplaba el viento, mientras la nieve caía sobre sus cabezas.

—¡Ay! —se quejó Cara de Luna, tiritando de frío—. Menudo resfriado vamos a pescar si permanecemos más tiempo aquí afuera. Entremos, a ver quién hay ahí.

Así que papá oso abrió la puerta, y uno por uno entraron en la casa y miraron a su alrededor, llenos de miedo.

Más sorpresas

—¡Parece que aquí no hay nadie! —dijo Bessie mirando con cautela.

—Entonces, ¿QUIÉN ha encendido la vela? —preguntó Cara de Luna, con una mirada de ansiedad en su enorme cara redonda—. ¡Nosotros no la dejamos encendida!

De repente papá oso gruñó enojado y señaló su silla.

—¿Quién se ha sentado en mi silla?

—¿Y quién se ha sentado en la mía? —añadió mamá osa.

—¿Y quién se ha sentado en mi sillita y la ha roto? —gimió el osito.

Bessie se rió.

—Parece como si el cuento de los tres osos se repitiera —susurró a Fanny—. Ahora hablarán de la sopa.

Y así fue.

—¿Quién ha probado mi sopa? —protestó papá oso, enfadado.

—¿Y quién ha probado la mía? —se quejó mamá osa.

—¿Y quién ha probado la mía y se la ha tomado toda? —sollozó el osito, mientras pasaba su cuchara por el tazón vacío.

—Todo esto es un misterio —comentó Cara de Luna—. Alguien encendió la vela, se sentó en las sillas y se tomó la sopa del tazón pequeño. ¿Quién será?

—Esta vez no he sido yo —se rió Ricitos de Oro—. Yo estuve con vosotros todo el tiempo durante la batalla de nieve, ¿no es cierto, osos?

—Así es —gruñó papá oso, dando una palmadita en la espalda a la pequeña niña. Le tenía mucho cariño.

—Cómo me hubiese gustado encontrar al pobre Tom —suspiró Bessie, entristecida—. ¿Qué estará haciendo en este horrible y frío país?

—¿Pensáis que debemos salir a buscarlo otra vez? —preguntó Fanny, temblando sólo de pensar en el viento frío que soplaba afuera.

—No —dijo Cara de Luna firmemente—. Nadie va a salir de esta cabaña otra vez hasta que estemos sanos y salvos en el bosque. Lamento no poder rescatar a Tom por ahora.

—¿Qué es ese ruido? —se extrañó Ricitos de Oro. Todos prestaron oídos. ¡Alguien estaba roncando en la habitación de al lado!

—No se me ha ocurrido mirar ahí —señaló Cara de Luna—. ¿Quién será?

—¡Shhhh! —le indicó Ricitos de Oro—. No debemos despertarlo. Así, dormido, podemos atarlo y hacerlo nuestro prisionero.

Fueron de puntillas hacia la puerta del dormitorio y entraron uno tras otro.

—¿Quién se ha acostado en mi cama? —dijo papá oso gruñendo.

—¡Shhh! —Cara de Luna temía que lo despertara.

—¿Quién se ha acostado en mi cama? —preguntó mamá osa.

—¡Shhhh! —dijeron todos.

—¿Y quién se ha acostado en mi cama y está todavía durmiendo? —gimió el osito, desconsolado.

Todos se quedaron mirando la camita. Sí, había alguien allí, con una piel de oso blanca. ¿Sería un oso polar?

—¡Es un oso blanco! —balbució Cara de Luna, lleno de miedo.

—Atadlo antes de que se despierte —sugirió papá oso—. Es un enemigo.

Ricitos de Oro sacó una soga de la despensa de la cocina. Cara de Luna se puso a un lado de la cama y papá oso al otro, sujetando la soga entre los dos. Se hicieron una señal con la cabeza. En un instante los dos agarraron al «oso» y lo ataron con fuerza.

—¡Lo hemos capturado! —exclamó Cara de Luna, sonriente.

Tom se despertó de un sobresalto. ¿Quién lo había atrapado? ¿Lo había vuelto a encontrar el hombre de nieve? Intentó desasirse pero Cara de Luna lo sujetó con fuerza.

Entonces Bessie y Fanny le vieron la cara y gritaron:

—¡Cara de Luna, pero si es Tom! ¡Tom, qué alegría volver a verte!

Todos se acercaron a la camita para abrazar a Tom, que no acertaba a decir una sola palabra, de tanta emoción como sentía. Se libró de la soga y abrazó a sus hermanas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —exclamaron Bessie y Fanny.

—Ven a la cocina y tomaremos sopa caliente y leche —le ofreció Ricitos de Oro—. Hablaremos mientras nos calentamos.

Todos charlaron alegremente de todo lo que les había sucedido. Ricitos de Oro sirvió sopa en unos tazones azules, y preparó un chocolate caliente, que todos tomaron con gusto. Tom no dejaba de sonreír.

—¡Vaya aventura! —exclamó—. ¿Cuento primero mi aventura o vosotros contáis la vuestra?

Todos le escucharon a él primero, y después Bessie le explicó cómo Cara de Luna había ido a casa de los tres osos para pedir ayuda, y habló de la terrible batalla.

—Lástima de combate —se lamentó papá oso, entristecido—. Los osos blancos son nuestros primos, y siempre nos hemos llevado muy bien con ellos, pero ahora parece que se han convertido en enemigos.

—Esperemos que no descubran nuestra cabaña —dijo Ricitos de Oro, tomándose la sopa—. Cara de Luna, ¿no sería mejor que utilizases tu magia para regresar al bosque?

—No os preocupéis, que hay tiempo de sobra —sonrió Cara de Luna mientras se servía otra taza de chocolate.

Pero estaba equivocado. En ese momento Ricitos de Oro señaló hacia la ventana.

—¡Alguien se ha asomado! —gritó.

—¡No digas tonterías! —le reprochó Cara de Luna.

—Es cierto —insistió Ricitos de Oro—, alguien se ha asomado por la ventana. ¿Quién podrá ser?

—¡Huy, el pomo de la puerta se está moviendo! —susurró Cara de Luna, y dio un salto hacia la puerta. En un abrir y cerrar de ojos echó el pestillo.

Papá oso se levantó y se acercó a la ventana. Miró para ver si podía distinguir algo en medio de la tormenta de nieve.

—No veo nada —se quejó, y de pronto gruñó con fuerza—. Sí, ya veo, ¡son los osos blancos! ¡Han rodeado la casa! ¿Qué haremos ahora?

—No pueden entrar por la puerta, y tampoco por las ventanas —Cara de Luna procuró tranquilizarlos, pero de pronto la puerta tembló, aunque no lograron echarla abajo. ¡Qué golpes tan fuertes estaban dando!

—¡No os dejaremos entrar! —gritó Tom.

—Si alguno trata de abrir la ventana o de romperla, le golpearé con esta olla —amenazó Cara de Luna, sallando con la olla en la mano.

—Cara de Luna, esa olla tiene agua caliente —le avisó Fanny—. Ten cuidado. Me has mojado.

—¡La derramaré sobre la cabeza de cualquier oso que miente entrar! —gritó Cara de Luna, regando el cuarto con el agua caliente.

—¡Ay! —gritó Bessie—. Fanny, escóndete detrás de la cama. Me parece que Cara de Luna es tan peligroso como los osos blancos.

Papá oso apoyó la mesa grande contra la puerta. Era una situación delicada. Tom y las niñas estaban asustados, pero también sentían una cierta emoción. ¿Qué pasaría?

—¡Uuumff! ¡Uuumff! —gritaban los enormes osos, afuera, furiosos por no poder entrar ni por la puerta ni por las ventanas.

¡Pero descubrieron otro camino! La chimenea era grande y ancha, porque tenía un hogar amplio para el Fuego, como las antiguas. Uno de los osos se subió al lado, seguido de otros tres. El primero se deslizó por la enorme chimenea, y llegó hasta abajo. Lo mismo hicieron otros dos.

Cayeron con un gran estruendo sobre el fuego y saltaron rápidamente fuera de las llamas.

—¡Rendíos! —gritaron a todos los allí presentes, que los contemplaban aterrados—. ¡Rendíos! ¡El hombre de nieve está afuera! ¡Dejadle entrar!

Una trampa para el Hombre de Nieve

Todos se quedaron mirando horrorizados a los enormes osos blancos. Nadie había pensado en la chimenea. ¡Qué lástima que no la hubieran tapado!

—Voy a dejar que entre el hombre de nieve —dijo el primer oso blanco.

Entonces intervino papá oso, con voz muy triste.

—Primo, ¿por qué nos hemos hecho enemigos? Hasta ahora siempre hemos sido buenos amigos.

Los cuatro osos blancos miraron sorprendidos a papá oso, a mamá osa y al osito, y corrieron a abrazarlos.

—Uuumff —exclamaban una y otra vez, muy alegres.

Tom creyó que iban a atacar a los tres osos, y cogió una jarra de la mesa para defender a sus amigos. Pero pronto se dio cuenta de que los osos blancos se estaban reconciliando con los otros, abrazándolos con toda su fuerza. Los chicos se sorprendieron de ver que se les caían las lágrimas.

—¡No sabíamos que erais vosotros! —se disculparon con los osos blancos—. ¡Nunca habiéramos luchado si os hubiésemos reconocido! Ya sabéis lo mucho que os queremos.

—¡Tranquilo, tranquilo! —dijo mamá osa, secando las lágrimas a uno de los osos blancos—. No ha pasado nada. Pero, por favor, decidles a los otros osos que somos amigos. Van a derribar la puerta.

Cara de Luna abrió la puerta y gritó:

—¡Osos! ¡Todo está solucionado! ¡Ésta es la casa de vuestros primos, los tres osos! ¡Somos vuestros amigos!

Pero los osos blancos no sólo no contestaron, sino que dejaron paso a una enorme figura blanca, ¡el hombre de nieve!

La pequeña habitación se enfrió inmediatamente. Los osos blancos le tenían miedo porque era su amo. Cerró la puerta y miró a todos fríamente con sus ojos de piedra.

—¡Así que hasta mis propios osos se han cambiado de bando! —comentó, indignado—. ¡Aja! ¿Qué os parece si os convierto a todos en hielo y nieve?

Nadie habló. Para sorpresa de Bessie, Cara de Luna cerró la puerta y se acercó al fuego. Echó tres leños, que enseguida empezaron a arder, y guiñó un ojo.

El hombre de nieve agarró a uno de los osos blancos por el cuello y lo sacudió.

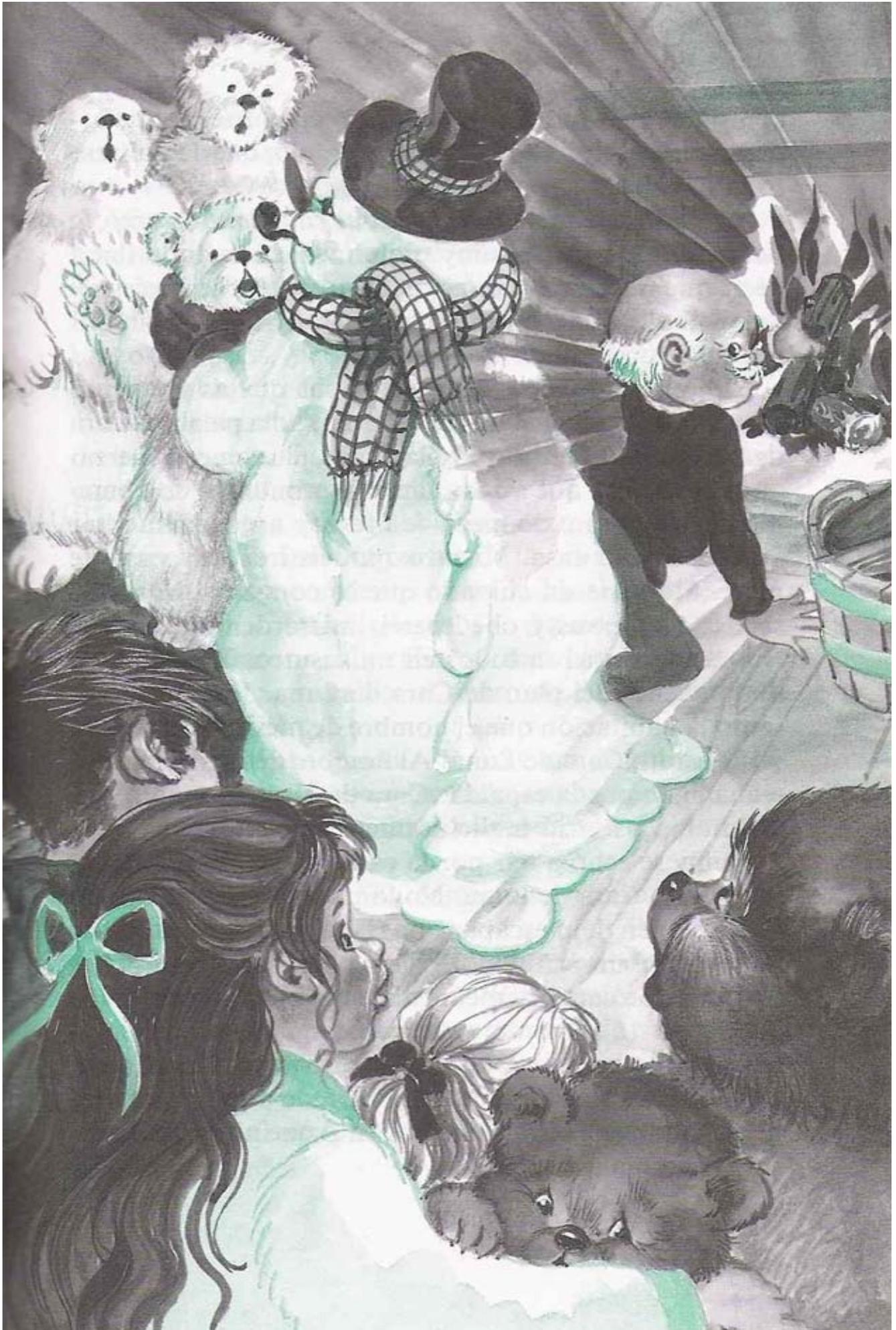
—Así que habéis recuperado vuestras voces, ¿eh? —preguntó fuera de sí—. ¿No os he dicho que sólo podéis decir «uumff», y que no debéis decir ninguna palabra a nadie? ¡No toleraré que ningún oso hable!

Agarró a otro de los osos blancos y lo sacudió.

—De modo que sois amigos de mis enemigos, ¿no? —cada vez estaba más

furioso.

La habitación se puso muy caliente. Tom se quitó el abrigo, y lo mismo hicieron los demás. Cara de Luna, con mucha astucia, puso otro leño en el fuego, que ardía intensamente. Fanny estaba sudando; quería quitarse toda la ropa.



—¿Qué pretende Cara de Luna calentando tanto la habitación? —pensó, muy molesta. Pero cuando iba a decir que pusiera el protector delante del fuego, éste le guiñó el ojo, y ella no dijo nada. Cara de Luna, sin duda, tenía un plan.

El hombre de nieve no cesó en sus quejas y amenazas. Todos le escuchaban sin decir una sola palabra. Cara de Luna atizó el fuego y las llamas crepitaron con fuerza.

—Os diré lo que voy a hacer —pronunció solemnemente el hombre de nieve—. Me voy a quedar a vivir en esta bonita casa. Vosotros podéis iros a la casa de nieve. Me tiene sin cuidado que os congeléis. Vosotros seréis mis siervos y obedeceréis mis órdenes.

—Sí —asintieron todos en un susurro. Ya se habían dado cuenta del plan de Cara de Luna. Iba a calentar tanto la habitación que el hombre de nieve se derretiría. ¡Qué astuto Cara de Luna! Al hombre de nieve ya le goteaba agua por la espalda. Cara de Luna lo señaló con disimulo, y sonrió maliciosamente.

Fanny se echó a reír por la cara tan graciosa que había puesto Cara de Luna. No lo pudo evitar. Ricitos de Oro también dejó escapar una risita, y tuvo que taparse la boca con un pañuelo. El osito chilló de alegría, pero después lloró amargamente al sentir el tremendo golpe que le asestó el hombre de nieve.

—¡Cómo os atrevéis a reír! —gritó enojado el hombre de nieve—. ¡Salid todos! ¡Fuera de aquí! Ahora esta casa me pertenece, y no consiento que ninguno de vosotros permanezca en ella.

Todos salieron, excepto Cara de Luna, que se agachó detrás de una silla grande. Estaba decidido a impedir que el fuego se apagara.

Afuera hacía mucho frío. Los osos blancos hicieron una muralla alta con la nieve para proteger a los otros del viento. Todos se juntaron para darse calor entre sí. Los enormes osos blancos abrazaron a los niños con sus brazos peludos, para abrigo. Tom pensó que eran muy amables.

Esperaron mucho tiempo. Se veía el humo saliendo de la chimenea. Sabían que Cara de Luna estaba avivando el fuego. De vez en cuando los osos decían un «uumff» y los chicos hablaban entre susurros.

De pronto se abrió la puerta de la cabaña y salió Cara de Luna, tan sonriente como la luna llena.

—¡Ya podéis entrar! —gritó—. ¡Ya no hay peligro!

Todos entraron en la cabaña. Tom buscó al hombre de nieve, ¡pero no había ni rastro de él, sólo un gran charco de agua!

—Se derritió enseguida —se rió Cara de Luna—. Habrá sido muy poderoso, pero sólo estaba hecho de nieve. Se derritió como cualquier muñeco de nieve en una mañana de sol.

Los osos polares, muy contentos, gritaron:

—Uuumff.

No les gustaba ser siervos del hombre de nieve.

—Tenemos que despedirnos —dijeron a los tres osos—. Vuestra cabaña es cómoda pero es demasiado caliente para nosotros. Venid a visitarnos cuando queráis. ¡Adiós!

Todos se dieron estrechos abrazos de despedida. Tom se puso triste al ver que se alejaban. Cara de Luna cerró la puerta.

—Bueno, ya podemos regresar a casa —suspiró, satisfecho—. Estoy cansado de este país. Osos, por favor, ¿me ayudáis a volver la cabaña a su sitio?

No utilizó el mismo conjuro mágico que la vez anterior, sino que dibujó un círculo en el suelo con tiza azul y los tres osos se situaron dentro, agarrados de las patas. Cara de Luna danzó alrededor de ellos, entonando unas palabras mágicas.

De pronto, se levantó un viento que sacudió la cabaña. Se hizo tal oscuridad que por un instante no acertaron a ver nada.

Poco a poco disminuyó la oscuridad y fue calmándose el viento. El sol, cálido, brillaba a través de la ventana. Bessie gritó:

—¡Hurra! ¡Hemos regresado al bosque donde estaba la cabaña antes! ¡Y ya es de día, no es de noche!

—Sí. Esta aventura ha durado toda la noche —se rió Cara de Luna—. Ya es de madrugada. Niños, debéis ir corriendo a casa, no sea que os regañen por haber salido de noche.

Abrazaron a Ricitos de Oro y dieron la mano a los tres osos.

—Algún día iremos a visitaros —prometió Fanny—. ¡Muchas gracias por vuestra ayuda!

Ricitos de Oro y los osos se quedaron en la puerta, diciéndoles adiós con la mano, mientras Cara de Luna llevaba a los chicos rápidamente por el caminito, para tomar el tren que los llevaría de vuelta al Bosque Encantado. No tardaron mucho en llegar a la estación, y pronto apareció un tren. Abrieron el techo y se acomodaron en el vagón.

Cuando llegaron al Bosque Encantado, se despidieron de Cara de Luna. Fanny le dio las gracias por su ayuda con un beso. A él le agradó tanto que toda su enorme cara se sonrojó, y Bessie se echó a reír.

—Pareces el sol al atardecer. ¡En realidad te deberías amar Cara de Sol!

—¡Adiós, espero volver a veros pronto! —sonrió, como siempre, Cara de Luna.

Los chicos se fueron a casa, se acostaron, y descansaron una hora, aproximadamente, antes de que su madre los llamara para que se levantasen. ¡Qué sueño tuvieron durante todo el día!

Cara de Luna se mete en líos

Durante mucho tiempo los chicos no sintieron deseos de visitar ninguno de los países que había en la copa del Árbol Lejano. Era demasiado arriesgado subir por la nube para ver qué país estaba.

Sin embargo, sí les apetecía ver a sus amigos del árbol, y en especial al querido Cara de Luna.

Así que al siguiente día que tuvieron libre fueron al Bosque Encantado para subir al Árbol Lejano. Esta vez no había ninguna soga para subir. Sólo la ponían por las noches, para ayudar a los personajes del bosque a subir y a bajar.

Los niños treparon. Todas las puertas y ventanas del árbol estaban cerradas y no se veía ni un alma. Fue muy aburrido subir. Cuando llegaron a la casa de Seditas, encontraron que también estaba cerrada, y no oyeron a Seditas cantar ni hacer ruido. Llamaron a la puerta pero nadie salió a abrirla.

Así que subieron a la casa de Cara de Luna, teniendo mucho cuidado de que el agua sucia de la señora Lavarropas no les cayera encima. Pero ni siquiera vieron eso. Todo estaba muy quieto y silencioso.

Llegaron a la casa de Cara de Luna y llamaron a la puerta. Nadie la abrió. Pero dentro oyeron que alguien lloraba. Era muy misterioso.

—No parece la voz de Cara de Luna —comentó Fanny, intrigada—. Vamos a ver quién es.

Abrieron la puerta y entraron. Y allí estaba Seditas, sentada en una esquina, llorando amargamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tom.

—¿Dónde está Cara de Luna? —quiso saber Fanny.

—¡Ay! —dijo Seditas entre sollozos—. A Cara de Luna se lo han llevado a un país extraño y horrible, en la copa del Árbol Lejano, porque fue muy grosero con el señor Cómosellama.

—¿Qué? ¿Ese viejo que siempre está sentado en una silla roncando? —Bessie se acordó de que ese día no lo habían visto—. ¿Qué hizo Cara de Luna?

—Bueno, se comportó con muy mala educación —explicó Seditas sin dejar de llorar—. Yo también. Oímos al señor Cómosellama roncar, como siempre, y cuando nos acercamos vimos que tenía la boca abierta, así que le metimos bellotas. Al despertarse, se atragantó, y entonces nos vio escondidos detrás de una rama.

—¡Cielos! ¡No me explico cómo podéis comportaros de esa forma! —exclamó Bessie—. ¡Con razón se enfadó!

—A veces Cara de Luna es muy travieso —le disculpó Seditas, secándose los ojos—. Y a mí también me hace ser traviesa. Luego subimos corriendo hasta la casa de Cara de Luna. Yo logré entrar, pero Cara de Luna no. El señor Cómosellama lo

lanzó a través del agujero de la nube al país que está hoy en la copa.

—¡Qué pena! ¿Y es que no puede bajar? —gimió Fanny—. Debería bajar por la escalera al árbol.

—Sí —dijo Seditas—, pero el señor Cómosellama está en la escalera, preparado para atraparlo y lanzarlo otra vez hacia arriba. Así que de nada le serviría.

—¿Qué país se encuentra en la copa hoy? —preguntó Tom.

—El País de Cacharros —contestó Seditas—. Vive en una cabaña, con sus cacerolas y sus cazos, y es inofensivo. Pero el señor Cómosellama piensa quedarse en la escalera hasta que ese país se vaya y venga otro. ¡Entonces Cara de Luna no podrá regresar y tal vez se pierda allí para siempre!

—¡Oh, no! —se entristeció Tom, y las niñas miraron a Seditas, desesperadas, porque querían mucho al viejo Cara de Luna.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Tom al fin.

—Sólo hay una esperanza —suspiró Seditas, arreglando su bello pelo dorado—. Cacharros es un buen amigo del señor Cómosellama. Si él se enterara de que el país de su amigo está hoy en la copa del Árbol Lejano, seguro que subiría a tomar una taza de té con él. Entonces Cara de Luna podría bajar por la escalera.

—¡Huy! —exclamaron los niños, mirándose unos a los ojos. Sabían que al menos uno de ellos tendría que volver a subir la escalera para ir a otro país extraño.

—Iré yo —se ofreció Bessie—. Cara de Luna nos salvó la última vez. Ahora nos toca a nosotros ayudarlo.

—Iremos los tres —decidió Tom. Así que subieron los tres a la copa del árbol y llegaron a la pequeña escalera. Allí se encontraron con el señor Cómosellama, que estaba leyendo el periódico y fumando una inmensa pipa que arrojaba mucho humo.

—Por favor, ¿nos deja pasar? —le preguntó Bessie tímidamente.

—No, no podéis pasar —replicó el señor Cómosellama con brusquedad.

—Tenemos que subir —insistió Tom—. Disculpe si le damos un pisotón.

El señor Cómosellama no sólo no se apartó sino que, al pasar los niños, los golpeó. Era un viejo cascarrabias. Los niños se alegraron mucho cuando lograron subir por el agujero y llegar al país que estaba arriba.

—Así que éste es el país de Cacharros —dijo Fanny al pisar el césped—. ¡Qué país más pequeño!

Era una pequeña isla, que flotaba en una especie de mar blanco. No era más que un campo verde. Bessie fue al borde y se inclinó para ver.

—¡Cielos! —exclamó—. Es como una colina, y el mar es una enorme nube blanca. No os acerquéis demasiado al borde, no sea que os caigáis.

Entonces oyeron una alegre voz que decía:

—¡Hola! ¡Hola! —Se dieron la vuelta y vieron a Cara de Luna, que venía corriendo hacia ellos, agitando las manos—. ¡Hola! ¿Cómo habéis llegado hasta

aquí?

—¡Hola! Hemos venido a ayudarte —dijo Tom—. Nos han contado lo sucedido. El viejo Cómosellama aún está sentado en la escalera, esperándote. Pero Seditas nos ha dicho que éste es el país de Cacharros, un buen amigo del señor Cómosellama, así que hemos venido a verlo y a preguntarle si quiere tomar el té con su amigo. Entonces tú podrás escapar sin problemas y regresar a casa.

—¡Oh, qué bien! —sonrió Cara de Luna, animándose—. No sabía en qué país estaba, y es tan pequeño que temía caerme. ¿Sabéis dónde vive Cacharros?

—¡No tengo ni idea! —contestó Tom mirando a su alrededor. Sólo se veía césped, pero no había ninguna casa ni nadie a la vista. ¿Dónde estaría la casa de Cacharros?

—Tendremos que buscar minuciosamente por todo este extraño país —dijo Bessie—. Su casa tiene que estar por alguna parte. Pero debemos darnos prisa, uno nunca sabe cuándo el país se separa del Árbol Lejano, y no queremos vivir para siempre en este lugar.

Se pusieron en camino y de pronto llegaron a una colina que no era tan empinada como las otras. Echaron una ojeada al otro lado.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom, señalando unos peldaños muy raros en la colina.

—Parecen escaleras que descienden por la cuesta —contestó Bessie.

—¡Son cacerolas! —dijo de pronto Fanny—. Sí, son cacerolas, y tienen los mangos clavados en la tierra, y los recipientes sirven de escalones. ¡Qué extraño!

—Éste debe ser el camino hacia la casa de Cacharros —se animó Tom—. Vamos, chicas, tened cuidado, no sea que os resbaléis y os caigáis rodando fuera de este país.

Descendieron con mucho cuidado, por las cacerolas que estaban clavadas en la tierra. ¡Era muy gracioso!

Por fin llegaron abajo. Oyeron unos ruidos tremendos: ¡Crach! ¡Bang! ¡Clonc! ¡Clanc! Los niños se asustaron.

—Ese ruido viene del otro lado, doblando esa esquina —dijo Tom.

Con mucha cautela, se acercaron a mirar.

Vieron allí una casita torcida, con una cacerola que le servía de chimenea. El ruido, ensordecedor, procedía del interior de la casa. Los chicos fueron sigilosamente hasta la ventana y se asomaron.

Entonces vieron al hombrecito más extraño que jamás habían visto, bailando una danza muy rara. Tenía cacerolas y cazos colgando por todo el cuerpo, y una cacerola de sombrero, y mientras bailaba hacía chocar dos cacerolas que tenía en las manos.

—¿Creéis que será peligroso? —susurró Tom.

El viejo y simpático Cacharros

—No creo que sea peligroso —dijo Fanny—. Parece muy risueño.

—Voy a dar un golpe en la ventana —dijo Bessie. Pero Cacharros no lo oyó. Continuó con su danza, haciendo chocar ruidosamente sus cacerolas.

Tom golpeó más fuerte. Entonces Cacharros lo vio en la ventana. Inmediatamente dejó de danzar y se acercó a la puerta.

—Entrad y bailad conmigo —los invitó.

—Oh no, gracias —respondió Tom—. Hemos venido para invitarte a tomar el té, si nos dejas.

—¿Qué dices de una abeja? —se sorprendió Cacharros—. Lo siento, pero no tengo abejas, sólo cacerolas.

—No, abejas, no —intervino Tom—. Queremos invitarte a tomar el té.

—¿Invitarme a que nade? Lo siento pero no me gusta nadar. Nunca me ha gustado. Sois muy amables, pero no soporto meterme en el agua.

—No a que nades, sino a que tomes el té. ¡TÉ, TÉ! —gritó Tom.

—Oh, el té —dijo Cacharros—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Yo lo hubiera entendido.

—Ésa fue nuestra oferta —dijo el pobre Tom.

—¿Qué, que cierre la puerta? —dijo Cacharros—. Muy bien; si quieres, dale un empujón.

—No oye bien —concluyó Fanny—. Debe estar sordo.

—No, no lo estoy —dijo Cacharros, que casualmente escuchó esta vez—. No estoy nada sordo. Sólo es que, después de golpear mucho las cacerolas, me zumban los oídos. Pero no es que esté sordo.

—Ah, por eso no nos oías, hace un rato —dijo Tom cortésmente.

—¿Gato? No, no tengo ningún gato —Cacharros miró en derredor suyo—. ¿Habéis visto alguno?

—No he dicho nada de un gato —suspiró Tom, armándose de paciencia.

—Sí, lo has dicho. Te escuché —insistió Cacharros, irritado—. No me gustan los gatos. Prefiero tener ratones. Buscaré a ese gato.

Y entonces, con las cacerolas que colgaban de su cuerpo chocando unas con otras, comenzó a buscar al gato, que, por supuesto, no existía.

—¡Gato, gato, gato! —llamó—. ¡Gato, gato, gato!

—¡Aquí no hay ni gato ni gata! —gritó Cara de Luna.

—¿Rata? ¿Dónde has visto una rata? —se asustó el viejo—. No quiero que tu gato se coma una de mis ratas.

—¡Te digo que no tenemos un gato! —gritó Tom, muy molesto—. Hemos venido para hablarte de tu amigo, el señor Cómosellama.



Cacharros, de milagro, oyó a Tom y dejó de buscar al gato.

—¡Cómosellama! —exclamó—. ¿Dónde está? Es un gran amigo mío.

—¿Te gustaría ir a tomar el té con él? —preguntó Tom.

—Huy, ya lo creo que me gustaría —dijo Cacharros—. Por favor, decidme dónde está.

—Está sentado en la escalera que une el Árbol Lejano con este país —gritó Tom—. Allí está esperando.

—¡Sí, a mí! —susurró Cara de Luna.

—¡Shhhh! —le indicó Fanny. Cacharros se puso muy contento al oír dónde estaba su viejo amigo, y se dirigió a la colina gritando de alegría:

—¡Viva! ¡He llegado al Árbol Lejano! ¡Podré ver a mis amigos otra vez! ¡Y Cómosellama me está esperando para tomar el té! ¡Hurra! ¡Hurra!

Subió a la colina por la escalera de cacerolas, mientras sus cacharros chocaban unos contra otros. Los chicos y Cara de Luna lo siguieron. Cacharros echó a correr como un loco hacia el agujero que conducía al Árbol Lejano, perdiendo por el camino alguna de sus cacerolas.

Al llegar, miró hacia abajo y vio al señor Cómosellama, que estaba sentado en la escalera, esperando a Cara de Luna. ¡Pero Cacharros no lo sabía! ¡Él pensaba que su amigo le esperaba a él!

—¡Hola, hola, hola! —gritó, y, con tanta emoción, dejó caer una cacerola sobre el señor Cómosellama—. ¿Qué tal, viejo amigo?

El señor Cómosellama vio cómo la cacerola rebotaba en su pie y caía por entre las ramas del Árbol Lejano, preguntándose a quién golpearía. Miró hacia arriba, asombrado.

—¡Cacharros! —gritó—. ¡Mi querido amigo! ¡Hola!

—¿Cola? —preguntó Cacharros, otra vez sordo—. ¿Cola? No, no llevo pegamento conmigo. Pero puedo hacer un poco para ti.

—¡Eres el mismo, Cacharros, el loco de siempre! —se rió Cómosellama—. Baja. No he dicho nada de cola. Ven a tomar una taza de té conmigo. Lo acabo de preparar.

—¿Qué me vas a engrasar? No, no quiero que me engrases —dijo Cacharros, aunque, con todo el ruido que lucían sus cacerolas, parecía necesitarlo—. Pero sí iré a tomar el té y a charlar contigo. ¡Qué alegría!

Puso el pie en la escalera pero, por desgracia, pisó una cacerola que tenía en la pierna y se resbaló. ¡Clang, bang, crach, chas! El señor Cómosellama, al intentar sujetarlo, se cayó también, y ambos rodaron por la escalera, por la copa, por la puerta de la casa de Cara de Luna y por todo el árbol.

—¡Allá van! —se rió Cara de Luna—. Enredados con las cacerolas y los cazos. ¡Qué risa! ¡Qué susto le van a dar a la señora Lavarropas si se caen en su pila!

Los niños estallaron en carcajadas hasta que se les sallaron las lágrimas,

imaginándose lo que pensaría la gente ni verlo caer mientras chocaban todos sus trastos. Cacharros era muy gracioso.

—Ya puedes bajar —gritó Tom desde la escalera—. Han desaparecido. No me sorprendería que hubieran ido a parar a la parte baja del árbol. Vamos, Cara de Luna.

Descendieron por la escalera, pasaron a la copa del árbol y llegaron a la casa de Cara de Luna. Seditas estaba dentro, todavía muy compungida pero, al verlos, pío un grito de alegría.

—¿Por qué estás tan asustada? —la abrazó cariñosamente Cara de Luna.

—¡Ay, un rayo o algo parecido acaba de caer del cielo! —dijo Seditas.

—Ésos eran Cacharros y el señor Cómosellama —se rió Tom, y le contó toda la aventura. Seditas se rió hasta que le dolió el estómago. Salió afuera y miró hacia abajo.

—¡Mirad!, allí abajo, entre las ramas.

Todos vieron cómo el señor Cómosellama y Cacharros subían, magullados, a la casa del señor Cómosellama, mientras hablaban a gritos.

—Se han olvidado de nosotros —se alegró Tom—. Y ahora, por favor, Cara de Luna, no vuelvas a meterle bellotas en la boca al señor Cómosellama. Vamos a comer algo, y después regresaremos a casa bajando por el Resbalón-resbaladizo.

Todos se sentaron en la curiosa habitación de Cara de Luna y comieron las exquisitas galletas que les llevó Seditas, y bebieron zumo de bellotas, que estaba delicioso. Llegó la hora de que los niños se fueran, y cada uno escogió un cojín; se sentaron en el Resbalón-resbaladizo y salieron disparados, dando vueltas, hasta salir por la puertecita y caer en el montículo de musgo. Tuvieron que darse prisa para no llegar tarde a casa.

—Me imagino que Cacharros ya habrá regresado a su extraño país —comentó Tom al entrar al jardín.

Pero no era así. Al día siguiente fue a visitarlos, haciendo un ruido tremendo con todos sus cazos y cacerolas, que chocaban entre sí. La madre, al verlo, se alarmó.

—¿Quién es este señor? —preguntó cuando Cacharros llegó al portón.

Cacharros se equivoca de país

La madre y los niños se quedaron mirando a Cacharros. De sombrero llevaba una cacerola muy grande, y al caminar hacía chocar dos cacerolas cantando una cañón extraña, sin sentido, que decía así:

*¡Dos judías para un pudín,
dos cerezas para un pastel,
dos patas para un sofá,
y canto ji-ji-ja-já!*

Al decir el último «ja» llamó a la puerta con una carola. La madre abrió.

—No hagas tanto ruido, que eso está muy mal —le reprochó.

—No, no he visto a ningún chaval —contestó Cacharros, y golpeó sus cacerolas tan fuerte que la madre dio salto. Entonces vio a los chicos y los saludó muy contento.

—¡Ah, estáis ahí! Cara de Luna me dijo dónde vivíais.

—¿Quién es este hombre? —preguntó la madre, asombrada—. Niños, ¿es que está loco?

—Oh, no —sonrió Tom, con la esperanza de que su madre no hiciera muchas preguntas—. Mamá, ¿podemos ir al bosque para hablar con él? Hace mucho ruido como para quedarse en casa.

—Muy bien —aceptó la madre, que deseaba seguir con su colada—. Lleváoslo y, al salir, cerrad bien el portón.

—¿Una canción? —se alegró Cacharros—. Señora, ¿ha dicho que quiere escuchar una canción?

Empezó a cantar otra vez, golpeando las cacerolas al ritmo de la música.

*Dos cerditos para el cuarto,
dos herraduras para el caballo,
dos sombreros para los tigres,
de color rosa, vaya encanto.*

Los chicos se lo llevaron rápidamente afuera.

—Qué canción más tonta la tuya —dijo Bessie gritándole en el oído—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre —replicó Cacharros—. Me la voy inventando mientras canto. Es muy fácil. Cada verso, menos el último, comienza con la palabra dos. Lamento

que opines que es tonta.

Parecía muy ofendido pero, de repente, volvió a sonreír y dijo:

—He venido para invitaros a tomar el té a mi cabaña.

—¿Y al señor Cómosellama también lo vas a invitar? —preguntó Tom, que no tenía ganas de encontrarse con él.

—Peinar, sí debes peinarte —respondió Cacharros al ver que Tom llevaba el pelo revuelto.

—He dicho si el señor Cómosellama nos acompañará —dijo Tom a voz en grito.

—¿Lloverá? —se extrañó Cacharros, y miró al cielo con ansiedad—. ¿Crees que va a llover?

—No, no he dicho que va a llover —Tom se dio por vencido—. Está bien, iremos. Primero debemos pedirle permiso a nuestra madre.

La madre les dijo que podían ir, aunque no le gustaba el aspecto de Cacharros.

—Adiós —los despidió, y los tres se fueron con él.

Verdaderamente era un hombre muy extraño, pero tenía una mirada amable y a los tres niños les caía simpático y confiaban en él.

Llegaron al Árbol Lejano, y vieron que a Cara de Luna se le había ocurrido una idea maravillosa. La señora Lavarropas le había prestado la cesta más grande que tenía. Entonces él la ató a una soga y la bajó para que los niños y Cacharros subieran mientras él y Seditas tiraban de la cuerda. ¡Así no tendrían que subir trepando!

—¡Qué idea tan estupenda! —exclamó Tom, muy contento. Todos se subieron. Fue un poco difícil conseguir que Cacharros se subiera, pero al fin lo lograron, aunque le resultó muy incómodo sentarse sobre sus cacerolas.

—¡Arriba, vamos! —gritó Tom mientras la cesta subía por las ramas, lentamente, de modo que disfruta-mu del extraño viaje. Por fin llegaron a la rama grande y salieron. Estaban muy cerca de la casa de Cara de Luna, en la copa del árbol. Cara de Luna estaba allí, enrollando la soga, con su típica sonrisa.

—¿Os ha gustado? ¿Habéis pasado un buen rato? —preguntó, con la cara radiante de felicidad. Cacharros lo miró sorprendido.

—¿Gato? ¿Otro gato? ¡Cielos! Espero que no suba hasta mi país, porque yo crío ratones.

—Ahora volverá a buscar al gato —dijo Bessie. Y así fue. Cacharros buscó por todos lados gritando:

—¡Gato, gato, gato!

—No os preocupéis por él —dijo Cara de Luna—. Subid la escalera. Quiere invitaros a tomar el té en su extraña casa de cacerolas.

—¡Vamos, Cacharros! —exclamó Tom—. Tenemos que subir ya, si quieres que te acompañemos a tomar el té.

Cacharros lo oyó. Dejó de buscar gatos y subió por la escalera. Dio un salto y

atravesó el agujero de la nube.

En cuanto se perdió de vista, se le oyó gritar:

—¡Ooooooh! ¡Aaaaay! ¡Huuuuy!

Los chicos se asustaron.

—¿Qué sucede? —preguntó Tom.

«¡Crach! ¡Bang! ¡Clang! ¡Plas!»

—Suenan como si estuviera rodando sobre todos sus cazos y cacerolas —comentó Bessie—. ¿Qué está haciendo?

—¡Ooooooh! —gritó Cacharros desde arriba—. ¡Para! ¡Ay! ¡Para!

—Alguien le está atacando —Tom subió rápidamente a la escalera de un salto—. ¡Vamos todos! ¡Tenemos que ahuyentar al enemigo!

Bessie, Fanny y Cara de Luna lo siguieron. Atravesaron todos el agujero en la nube y llegaron al país que se encontraba arriba.

¡Pero ya no estaba el pequeño país de Cacharros! ¡Era otro país!

—¡Mi país ha desaparecido! —gritó Cacharros—. ¡No lo sabía! ¡Éste es otro lugar! ¡Aaaaay!

Con razón se quejaba. El campo plano donde se encontraba tembló de repente, como un flan, y se convirtió en una colina. ¡Cacharros cayó rodando, a toda velocidad, golpeándose con todas las cacerolas!

—Éste es el País de Tembleque —dijo Cara de Luna, desilusionado—. ¡Rápido! ¡Regresad a la escalera y bajad por el agujero antes de que lo perdamos de vista! Oye, Cacharros, ven adonde estamos.

—¿Qué tomamos? ¿El bus? —gritó Cacharros, irguiéndose y mirando en derredor suyo—. No veo ningún bus. Me gustaría poderlo tomar.

—¡Qué vengas adonde estamos, adonde estamos nosotros! —gritó Tom, desesperado—. El agujero de la nube está aquí. ¡Tenemos que descender rápidamente!

Cacharros echó a correr, cuesta abajo, hacia ellos, pero de repente la tierra se levantó, y él, los chicos y Cara de Luna se encontraron cuesta abajo en la dirección opuesta a la escalera. Intentaron detenerse, se esforzaron en subir la cuesta, pero la tierra se inclinó aún más hasta que al fin perdieron el equilibrio y se cayeron al suelo.

Entonces comenzaron a rodar cuesta abajo. ¡Y cómo rodaron! Rodaron sin parar, en medio del alboroto que formaba Cacharros con todos sus trastos.

—¡Aaaaay! ¡Huuuuy! ¡Ooooooh! —gritó Tom. Pero en ese momento chocó contra un arbusto, con tal fuerza que se quedó sin respiración. Momentos después, estaban unos encima de otros, colina abajo, tratando de recuperar el aliento.

—Ahora sí que nos hemos metido en un buen lío —se lamentó Bessie mientras se sacudía el polvo de encima—. A qué país más desagradable hemos venido a parar. Cara de Luna, ¿siempre pasa esto?

—Oh, sí —contestó Cara de Luna—. Nunca se detiene. Sube por aquí y desciende por allá, y se balancea dando pequeños saltos. Algunas personas dicen que por debajo hay un gigante que trata de sacudirse este país de la espalda.

En el país de Tembleque

El País de Tembleque era muy desagradable. En cuanto los chicos se ponían de pie y trataban de dar unos pasos, la tierra se inclinaba o se movía hacia un lado, o se hundía, dándoles un buen susto.

Todos rodaron una y otra vez. Cacharros hacía mucho ruido y casi llora al ver que se le estaban abollando todas sus cacerolas.

—¡Cara de Luna! —gritó Tom—. ¿Cómo podemos salir de aquí? ¿Sabes cómo escapar?

—Sólo podremos escapar si bajamos la escalera que conduce al Árbol Lejano —gritó Cara de Luna, mientras rodaba por una colina que había aparecido repentinamente—. No dejéis de buscarla, o nunca saldremos de aquí. Si el País de Tembleque abandona la copa del Árbol Lejano, no tendremos forma de escapar.

Al oír estas palabras, sintieron un gran miedo. No era nada agradable la idea de vivir para siempre en un país con golpes, saltos y tirones. Todos empezaron a buscar el agujero por el que habían entrado en el País de Tembleque.

De pronto, la tierra comenzó a hacer algo distinto. Subía y bajaba como si estuviera respirando fuerte. Cuando subía, lanzaba a todos al aire. Al bajar, todos caían en unos agujeros de los que no podían salir. Era muy incómodo.

—¡Me estoy dando golpes por todos lados! —gritó Bessie—. Hay que buscar una zona de este país que no se mueva tanto. Creo que estamos en el peor sitio.

Cuando la tierra dejó de subir y bajar, todos echaron a correr hacia un bosque. Allí encontraron una tienda.

Era tan sorprendente encontrar una tienda en el País de Tembleque que todos se detuvieron, boquiabiertos.

—¿Qué venderán en un país tan extraño? —preguntó Tom.

—¿Qué te has hecho daño? —dijo Cacharros, tan sordo como siempre—. Yo también. Estoy más mareado que si hubiese estado en un barco en medio del océano.

—Escucha, ¿qué venderán en esa tiendecita? —insistió Tom.

—No, yo no he escuchado ninguna campanita —Cacharros miró en derredor suyo como si esperara ver una campana.

Tom se dio por vencido. Se acercó a ver la tienda. Era muy pequeña, con una casita por detrás. Parecía que no había nadie, pero salía humo por la chimenea, así que probablemente alguien vivía allí.

—Vamos —dijo a los demás—. Cogeos de la mano para que no nos separemos. Entraremos en esta tienda, a ver si nos pueden ayudar.

La tienda estaba llena de cojines de todos los colores, cada uno con una cuerda.

—¡Qué gracioso! —sonrió Bessie—. ¡Cojines con cuerdas! ¿A quién se le ocurrirá comprar un cojín en este lugar?

—¡A mí! —dijo inmediatamente Cara de Luna—. ¡Fíjate, si tuviera un cojín grueso atado por delante y otro por detrás, no me importarían tanto los golpes!

—Ah, pues es verdad; para eso están los cojines y las cuerdas —reconoció Bessie—. Vamos a comprar algunos, así no nos haremos tanto daño.

En ese momento salió una pequeña mujer, de nariz aguileña, que llevaba cojines atados por todos lados. Incluso llevaba un cojín pequeño atado a la cabeza. Estaba muy graciosa.

Fanny se rió. Siempre se le escapaba la risa. La mujer la miró, muy enojada.

—¿Queréis comprar cojines? —preguntó bruscamente.

—Sí, por favor —intervino Cara de Luna, y sacó su billetero—. ¿Cuánto cuestan?

—Cinco monedas de plata cada uno —respondió la mujer. Sus pequeños ojos verdes se iluminaron al ver el billetero de Cara de Luna. Éste la miró con tristeza.

—¡Son muy caros! —se quejó—. Sólo tengo una moneda de plata. Cacharros, ¿tienes dinero?

—No, no te puedo dar un puchero —contestó Cacharros.

—¡DINERO, DINERO, DINERO! —gritó Cara de Luna, mostrándole a Cacharros su billetero.

—Ah, dinero —sacó un billetero enorme de una de sus cacerolas—. Sí, tengo mucho.

Pero el enorme billetero estaba vacío. Cacharros lo miró entristecido.

—Se me ha caído todo el dinero, mientras rodaba. ¡Ya no me queda ni una moneda!

Los niños tampoco tenían dinero. La mujer de la nariz aguileña sacudió la cabeza cuando Cara de Luna le rogó que les prestara los cojines a cambio de la moneda de plata.

—No, no presto nada —dijo muy seria, y regresó a su casa cerrando la puerta tras de sí.

—¡Qué pena! —se lamentó Cara de Luna, mientras le daba la mano a Tom y salía caminando cabizbajo—. ¡Qué vieja más antipática! ¡Oh, mirad, allí hay gente, y todos llevan cojines!

Vieron a muchas personas extrañas, con cojines de todos los colores, tamaños y formas, que caminaban cuidadosamente por las veredas. Un hombre iba envuelto en un enorme edredón de plumas, lo que a Bessie le pareció una buena idea.

—Creo que el País de Tembleque al fin se ha calmado —comentó Fanny. Pero no hizo más que decirlo, cuando la tierra empezó a moverse, primero a un lado y luego a otro. De nuevo todos rodaron sin parar.

—¡Aaaaay! —gritaban los chicos.

—¡Cuánto me gustaría tener ahora unos cojines! —gimió Cara de Luna, al que se le había aplastado la nariz, de tanto rodar.

«¡Crach! ¡Clanc! ¡Bang!», se oía mientras Cacharros rodaba sobre sus cacerolas y cazos.

—¡Oooh, mirad! —exclamó de repente Bessie, muy contenta, y señaló al bosque en donde estaba la tienda. La tierra se había levantado por allí y todos los cojines venían rodando hacia ellos.

—¡Cogedlos! —gritó Tom, y todos se apresuraron a recoger los cojines, y se los ataron firmemente. ¡Qué alivio sintieron al rodar de nuevo!

—Esa vieja malvada se lo merecía —comentó Cacharros, mientras trataba de ponerse los cojines entre las cacerolas.

De pronto uno de los habitantes del País de Tembleque dio un grito de terror y se agarró a un árbol. Un fuerte viento comenzó a soplar emitiendo un sonido grave, como una baja melodía.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó intrigado Cara de Luna.

—¡Sujetaos a un árbol! ¡Sujetaos a un árbol! —gritaba la gente—. Cuando el viento sopla tan fuerte, significa que todo el país se va a poner de lado para tratar de deshacerse de todos los habitantes. La única esperanza es agarrarse a un árbol.

Era cierto. Lentamente, la tierra comenzó a inclinarse, no por partes, como antes, sino todo el país a la vez. Era muy raro. Cara de Luna se asustó. Trató de agarrarse a un árbol y gritó a los otros:

—¡Deprisa, agarraos a un árbol! ¡Vamos!

Pero ninguno lo consiguió, porque ya habían dejado atrás el bosque y estaban en un campo.

Lento pero seguro, el país se puso de lado, y los chicos, Cara de Luna y Cacharros empezaron a rodar cuesta abajo sobre sus cojines. No se lastimaron pero sintieron mucho miedo. ¿Qué les sucedería si rodaban fuera de la tierra?

Fueron acercándose al final del País de Tembleque y, de repente, Cara de Luna desapareció. Todo sucedió en un instante. Era inexplicable.

No había transcurrido ni medio minuto, cuando oyeron su alegre voz:

—¡Escuchad, escuchad todos! He caído por el agujero de la escalera que lleva al Árbol lejano. Tiraré mis cojines por el agujero para que podáis saber dónde está. ¡Acercaos rodando si podéis! ¡Daos prisa!

Entonces los chicos y Cacharros vieron dos cojines y supieron dónde estaba el agujero. Se esforzaron por rodar hacia él, y uno por uno se fueron acercando.

Bessie rodó directamente y se agarró a la escalera. Tom entró después, pero no consiguió sujetarse a la escalera y cayó, dándose un buen golpe, en una rama del Árbol Lejano.

Cacharros fue el siguiente en acercarse rodando, pero se quedó atascado en el agujero, porque estaba muy gordo, con tantas cacerolas y cojines alrededor del cuerpo.

—Venga, rápido, daos prisa! —gritó Tom—. ¡Entra, Cacharros, entra! ¡La pobre Fanny pasará de largo por el agujero si no te apresuras!

Cacharros vio a Fanny pasar rodando. ¡Pobre Fanny! No podría regresar al agujero porque todo estaría cuesta arriba. Como una centella, Cacharros estiró la mano y agarró una de las cuerdas del cojín que Fanny llevaba en la espalda. Se detuvo de inmediato.

Se le desprendió una de las cacerolas y cayó por el agujero hacia la escalera, haciendo un ruido tremendo. Cara de Luna lo agarró, y Cacharros tiró de la soga de Fanny hasta que consiguió que la niña entrara por el agujero. Cayó suavemente sobre la última rama del Árbol Lejano porque estaba bien protegida por sus cojines.

—Cara de Luna, ¡qué suerte que has encontrado el agujero! —todos tenían cara de susto—. ¡Menuda aventura hemos corrido!

La invitación de Cara de Luna y Seditas

Ninguno disfrutó de la visita al País de Tembleque. Fue un error ir hasta allí. Entraron en la casa de Cara de Luna y se desataron los cojines del cuerpo, mirándose todos los cardenales que se habían hecho.

—¿Qué hacemos con estos cojines? —preguntó Bessie.

—Me imagino que Cara de Luna los podrá utilizar —dijo Fanny—. Cara de Luna, ¿no te sirven para bajar por el Resbalón-resbaladizo?

—Sí, me vendrán muy bien —sonrió, como siempre, Cara de Luna—. Algunos de los míos ya están viejos y gastados. Como no podemos devolvérselos a esa vieja gruñona del País de Tembleque, los usaremos nosotros.

—Me parece muy bien —aceptó Tom, y le entregó sus dos cojines. Todos hicieron lo mismo. Cara de Luna se puso muy contento. Sirvió a todos una limonada y les ofreció unos dulces.

—Creo que nunca volveré a los países que están en la copa del Árbol Lejano —dijo Tom, mientras se comía un caramelo que parecía que cada vez se hacía más grande.

—Yo tampoco —añadió Bessie.

—¡Ni yo! —exclamó Fanny—. Parece que nunca hay países que merezca la pena visitar. Todos son muy desagradables.

—Excepto mi país —dijo Cacharros con tristeza—. Siempre fue un lugar muy grato.

El caramelo de Tom creció tanto que ya no podía hablar. De repente le explotó en la boca y desapareció. Él se quedó asombrado.

—Cielos, ¿te has comido un caramelo gafe? —preguntó Cara de Luna, viendo la cara de susto que ponía Tom—. Lo siento. Toma otro.

—No, gracias —contestó Tom. Le pareció que con un caramelo gafe tenía suficiente—. Además, ya tenemos que irnos. Es tarde.

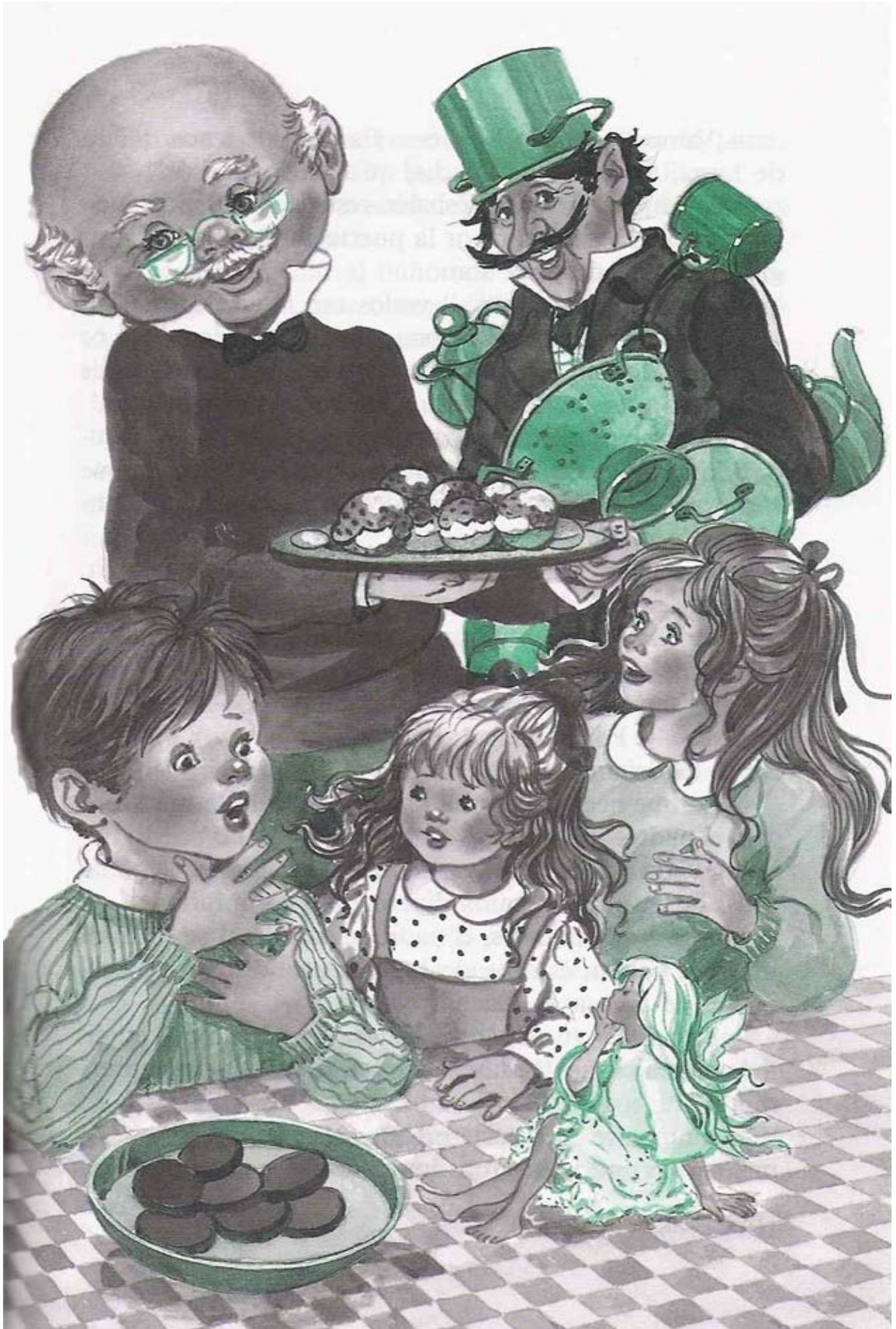
—¿Qué pasará con Cacharros ahora que ha perdido su país? —preguntó Bessie, tomando un cojín amarillo y preparándose para descender por el tronco del árbol.

—De momento vivirá con el señor Cómosellama —dijo Cara de Luna—. Ay, sin darse cuenta, ha cogido un caramelo gafe. ¡Fijaos!

Todos miraron a Cacharros. El caramelo gafe se hizo enorme y estaba a punto de explotar. Después, desapareció de la boca. Cacharros parpadeó y se asustó tanto que todos se echaron a reír.

—¡Te has comido un caramelo gafe! —le explicó Cara de Luna.

—¿Un café glassé? —preguntó Cacharros, aún más sorprendido—. ¡Madre mía!



—¡Vamos! —se rió Bessie—. Es hora de irnos. ¡Cara de Luna, te veremos otro día! ¡Cacharros, adiós!

Salió disparada por el Resbalón-resbaladizo, dando vueltas y vueltas hasta salir por la puertecita de abajo. La siguió Fanny y después Tom.

La madre se asombró al verlos tan magullados.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó, alarmada—. No os dejaré ir a tomar el té otra vez con Cacharros si regresáis a casa en estas condiciones. ¡Qué sucia traéis la ropa!

Tom estaba deseando contarle a su madre todo lo sucedido en el País de Tembleque pero estaba seguro de que ella no se lo creería, así que no dijo nada y fue a cambiarse de ropa.

A la semana siguiente hubo problemas en la familia. El padre perdió dinero una noche, y la madre no consiguió mucha ropa para lavar. No tenían, pues, mucha comida que dar a sus hijos.

—¡Si tan sólo tuviéramos unas gallinas! —se lamentó la madre—. Por lo menos tendríamos huevos. Y con una cabra tendríamos leche.

—Lo que necesito es una pala nueva para la huerta —dijo el padre—. La mía se rompió ayer y ya no puedo trabajar. Tenemos que cultivar todas las verduras que podamos, porque no tenemos dinero para comprarlas.

Para colmo de males, el padre se enfadó al ver que los niños se habían estropeado la ropa cuando fueron a tomar el té a casa de Cacharros.

—Si cuidáis vuestra ropa de esa manera, no tendréis más remedio que quedaros en casa, sin salir —les reprendió.

Los niños se entristecieron. Bessie remendó la ropa lo mejor que pudo. Pasaron dos semanas y ni siquiera tuvieron dos horas libres para ir a visitar a Cara de Luna.

—Pensará que nos ha pasado algo —dijo Fanny.

Así era. Estuvo esperándolos día y noche. Él y Seditas estaban preocupados.

—Vamos a enviar al búho con una nota para decirles a los chicos que vengan enseguida —propuso Seditas. Bajó al agujero en el Árbol Lejano, donde vivía el búho. Llamó a la puerta y éste la abrió con el pico.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz ronca.

—Oh, búho, ¿podrías llevarle esta nota a los chicos que viven en la casita que está al lado del bosque? —preguntó Seditas con una voz muy dulce—. Saldrás a cazar esta noche, ¿verdad?

—Sí —contestó el búho agarrando la nota con una de sus enormes patas—. Se la llevaré.

Tiró de la puerta al salir y echó a volar con sus enormes alas de color crema. Voló en silencio hacia la casita de los chicos, que estaban acostados, durmiendo.

El búho se posó sobre un árbol que daba a la ventana y comenzó a ulular. Los niños se despertaron de un sobresalto.

—¿Qué pasa? —se asustó Bessie.

Tom entró en la habitación de las chicas.

—¿Habéis oído eso? —preguntó—. ¿Qué será?

El búho ululó de nuevo. No era muy agradable. Los chicos tenían miedo, pero Tom se armó de valor y se acercó a la ventana.

—¿Hay algún herido? —preguntó.

—«¡Buuuuuuuuu!» —ululó el búho. Tom casi se cae de la ventana, del susto. El búho extendió sus alas y voló hacia donde se encontraba Tom. Dejó caer la nota, ululó otra vez, y se fue volando para cazar ratas y ratones.

—¡Era un búho! —exclamó Tom—. ¡Ha dejado una nota! ¡Rápido, encended una vela para ver lo que dice!

Encendieron la vela y todos se acercaron para leer la nota.

Queridos Tom, Bessie y Fanny:

¿Por qué no habéis venido a vernos? ¿Estáis enfadados? Por favor, venid pronto. Hay un país maravilloso en la copa del árbol. Es el País de Toma Loquequieras. Si quieres algo, lo puedes conseguir allí gratis. Por lo que más queráis, venid para que vayamos todos juntos. Saludos.

Cara de Luna y Seditas

—¡Qué bien! —suspiró Fanny—. ¡El País de Toma Loquequieras! A mí me gustaría conseguir gallinas.

—¡Y a mí una cabra! —añadió Bessie.

—¡Y a mí me gustaría una pala para papá! —se le ocurrió a Tom. Pero entonces se entristeció y dijo—: Yo había decidido no volver jamás a visitar esos países extraños. Uno nunca sabe lo que puede suceder. Será mejor que no vayamos.

—¡Oh, Tom! —exclamó Bessie—. ¡Vamos! Si hay un país agradable, sería bueno aprovechar la oportunidad.

—¡Ssssh! ¡Vas a despertar a mamá! —le indicó Tom—. A ver qué pasa mañana. Si nos dan tiempo libre, iremos a preguntarle a Cara de Luna si en ese país no corremos ningún riesgo. Ahora será mejor que volvamos a la cama y nos durmamos.

Pero no lograron conciliar el sueño. No hacían más que pensar en el País de Toma Loquequieras. ¿Podrían visitarlo al día siguiente?

El país de Toma Loquequieras

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido. Los chicos ayudaron a su madre a limpiar toda la casa, y Tom trajo, con mucho orgullo, unos guisantes y lechugas de a huerta que él mismo había sembrado. Su madre se uso muy contenta.

—Si os apetece, podéis iros de excursión después de comer. Os habéis portado muy bien hoy.

Los niños se miraron unos a otros llenos de alegría. Era justo lo que deseaban! ¡Qué bien!

—¡Vamos! —susurró Tom—. ¡No perdamos tiempo!

—¿Llevamos merienda? —preguntó Bessie.

—Creo que podremos conseguir la merienda en el País de Toma Loquequieras —sonrió Tom.

Le dijeron adiós a su madre con la mano y se fueron al Bosque Encantado. Como siempre, los árboles no dejaban de susurrar:

—«¡Uich-uich-uich!».

Echaron a correr entre los arbustos hasta llegar al Árbol Lejano, y subieron rápidamente. Al pasar junto a la ventana del duende Furioso, Tom se asomó, pero se arrepintió ya que el duende Furioso se dio cuenta y le volcó en la cabeza una olla de sopa.

—¡Ay! —Tom se miró entristecido la camisa empapada de sopa—. ¡Eres un duende malvado!

El duende Furioso, muerto de risa, cerró la ventana de golpe.

—¡Uff, Tom, hueles a cebollas! —Bessie arrugó la nariz—. Espero que ese olor se vaya pronto.

Tom se limpió con el pañuelo. Se propuso vengarse algún día del duende Furioso.

—¡Vamos! —Fanny estaba impaciente—. A este paso no vamos a llegar nunca.

Pasaron por la puerta del búho y lo vieron dentro, profundamente dormido.

Llegaron a la puerta amarilla de Seditas, pero no estaba en casa. Había una nota sobre la puerta que decía: «HE SALIDO. VOLVERÉ PRONTO».

—Debe estar con Cara de Luna —dijo Tom—. Tened cuidado con el agua de la señora Lavarropas.

Poco después cayó una catarata de agua jabonosa. Fanny gritó y se agachó, y lo mismo hizo Bessie, pero el pobre Tom se empapó la camisa.

—No te preocupes —se rió Fanny—. Así te limpiará un poco la sopa de cebolla.

Siguieron subiendo y llegaron adonde estaba el señor Cómosellama. Como de costumbre, estaba sobre su hamaca, profundamente dormido, con la boca abierta. A su lado, durmiendo también, estaba Cacharros. No parecía que estuviera muy cómodo, debido a sus cazos y cacerolas.

—No lo despertéis —dijo Tom en voz baja—. Será mejor que no nos detengamos ni hablemos.

Pasaron silenciosamente pero, cuando llegaron a la siguiente rama, Cacharros se despertó. Se puso a olfatear, y golpeó al señor Cómosellama.

—¿Qué sucede? —se asustó su amigo.

—¿No hueles a cebolla? —preguntó Cacharros—. Yo sí huelo. ¿Le estarán saliendo cebollas al Árbol Lejano? A mí me encanta la sopa de cebolla.

Los niños se rieron tanto que se les saltaron las lágrimas.

—Es la sopa de cebolla de tu camisa la que ha olido Cacharros —dijo Bessie—. ¡Cielos! A lo mejor se pasan toda la tarde buscando cebollas en el Árbol Lejano.

Dejaron atrás a los dos graciosos hombrecillos y siguieron subiendo. Se empaparon con el segundo cubo de agua que lanzó la señora Lavarropas. Estaba lavando mucha ropa ese día, y vació la pila justo cuando los tres chicos pasaban por debajo.

«Slich-sloch-slich-sloch», los mojó a todos de arriba abajo. Ellos gritaron a la vez que se sacudían como los perros.

—¡Rápido! —susurró Tom—. Vamos a casa de Cara de Luna. Él nos prestará unas toallas. ¡Esto es horrible! Al fin llegaron a la casa de Cara de Luna. Este y Seditas corrieron a abrazarlos pero, al verlos tan empapados, se detuvieron.

—¿Está lloviendo? —se extrañó Cara de Luna.

—¿Os habéis bañado con la ropa puesta? —preguntó Seditas.

—No. Como siempre, ha sido la colada de la señora Lavarropas —se quejó Tom—. Pudimos esquivar el primer cubo pero no el segundo, que nos cogió de lleno. ¿Nos prestas unas toallas?

Cara de Luna sonrió y sacó unas toallas de su armario. Mientras los chicos se secaban, les habló sobre el País de Toma Loquequieras.

—Es un país maravilloso. Puedes andar por donde quieras y tomar lo que te apetezca, sin pagar nada. Todo el que tiene la oportunidad, lo visita. ¿Queréis acompañarnos?

—Pero ¿seguro que no existe ningún riesgo? —preguntó Tom mientras se secaba el pelo.

—Bueno, sí —aclaró Seditas—. Sólo tenemos que tener cuidado de no permanecer demasiado tiempo allí, por si acaso se va del Árbol Lejano, ya que no podríamos volver a bajar. Pero Cara de Luna dice que se quedará en la escalera y nos silbará si ve alguna señal de que el país se aleja.

—Muy bien —dijo Tom—. Hay muchas cosas que queremos obtener. ¿Nos vamos?

Subieron todos a la última rama donde estaba la enorme nube blanca. Como siempre, la escalera conducía, a través del agujero, al país que había arriba. Cada uno

subió hasta llegar al país extraño que estaba sobre la nube.

Era muy raro. Estaba lleno de gente y apenas se podía andar por allí. Había animales de todas las especies caminando de un lado a otro; bolsas y mostradores por todos lados, con frutas y verduras exquisitas; y hasta había muebles, para el que quisiera llevárselos.

—¡Cielos! —se asombró Tom—. ¿Podemos tomar todo lo que queramos?

—¡Cualquier cosa! —contestó Cara de Luna sentándose en la escalera dentro de la nube—. ¡Mirad aquellos gnomos! ¡Se están llevando todo el oro que encuentran!

Los niños miraron hacia donde señalaba Cara de Luna. Cuatro gnomos estaban reuniendo todos los sacos de oro que encontraban a su paso. Uno de ellos caminó tambaleándose hacia la escalera, cargado con los sacos, y desapareció al bajar al Árbol Lejano. Había hadas que buscaban vestidos, abrigos, zapatos, pájaros cantores, retratos, y otras muchas cosas. En cuanto encontraban lo que deseaban, echaban a correr, muy contentas, hacia la escalera. Cara de Luna disfrutaba mirándolo.

—Tom, ¿quieres un león gordo? —preguntó Seditas al pasar un león inmenso, que le lamió la mano.

—No, muchas gracias —contestó él inmediatamente.

—¿Y una jirafa? —insistió Seditas—. Creo que son buenas mascotas.

—Me parece que estás equivocada —sonrió Bessie, mientras una jirafa alta pasaba a su lado galopando como si fuera un caballo de balancín—. Nadie que esté en sus cabales tendría una jirafa de mascota.

—¡Oh, mirad! —exclamó Fanny, al llegar a un local donde había innumerables y maravillosos relojes—. ¿Llevamos un reloj a casa?

—No, gracias —dijo Tom—. Ya sabemos lo que queremos llevar, y no nos llevaremos ninguna otra cosa.

—Yo sí quiero un reloj —intervino Seditas, y tomó un reloj pequeño que tenía una cara sonriente. Sus dos piernas patalearon cuando Seditas lo agarró.

—¡Quiere caminar! —gritó Bessie, entusiasmada—. Oh, Seditas, déjale andar un ratito. ¡Nunca he visto un reloj que ande!

Seditas colocó el reloj sobre el suelo y éste echó a andar tras ellos sobre sus enormes pies planos. Los chicos lo encontraron muy gracioso. Seditas estaba muy contenta con su nuevo reloj.

—Es lo que siempre he deseado —suspiró—. Lo pondré en mi habitación.

—Seditas, ¿piensas que se va a quedar allí? —preguntó Bessie—. Se pondrá a dar vueltas y a mirar todo lo que haces. Y si no le caes simpática, te abandonará.

—«Ding-dong-ding-dong» —sonó de repente el reloj, haciendo que todos dieran un salto. Se detuvo mientras sonaban las campanadas, pero luego echó a correr detrás de los chicos y Seditas. Era un reloj simpatiquísimo.

—Ahora debemos buscar lo que necesitamos —propuso Tom—. Bessie, ¿aquello

son gallinas?

—¡Sí! —gritó Bessie—. ¡Qué bien! Este país es maravilloso. Cuánto me alegro de haber venido. Qué divertido será conseguir todo lo que deseamos. ¿Qué dirá mamá cuando nos vea llegar a casa con tantas cosas?

Cara de Luna no cumple su palabra

Los chicos se acercaron hacia donde estaban las gallinas que había visto Tom. Eran unas gallinas muy bonitas, con un color muy peculiar. Las alas eran de color verde pálido mientras que todo el cuerpo era de un amarillo intenso. Tenían una voz aguda, y eran muy cariñosas. Se frotaron contra las piernas de los niños como si fueran gatos.

—¿Crees que a mamá le gustarán las gallinas de este color? —preguntó Tom, no muy convencido.

—Me imagino que sí —contestó Bessie—. A mí me parecen bonitas. ¿Ponen huevos?

Inmediatamente una de las gallinas puso un huevo. Era grande y de color blanco. Bessie se quedó muy satisfecha.

—Ya lo ves. Mamá se pondrá muy contenta si ponen huevos tan grandes como éste. ¿Cuántas gallinas hay? ¡Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete! Me pregunto cómo las llevaremos.

—Te seguirán —dijo Seditas—. Harán lo mismo que mi reloj. Decidles que las queréis y se irán detrás de vosotros.

—Gallinas, queremos que vengáis con nosotros —dijo Tom, y las siete gallinas de alas verdes se les acercaron y se pusieron en fila para ir tras ellos. Era muy gracioso.

—Ya hemos encontrado las gallinas —suspiró Bessie—. Ahora sólo nos falta la cabra y la pala.

Siguieron caminando, fijándose en todo lo que había. No importaba lo que quisiera una persona. Allí había de todo: barcos, toda clase de perros, cestas, anillos, juguetes y hasta cosas tan pequeñas como un dedal.

—¡Es el país más extraño que jamás he visto! —exclamó Tom.

—A nosotros también se nos ve raros —se rió Fanny, mientras miraba las siete gallinas y el gran reloj caminando tras ellos—. ¡Oh, mirad, nunca he visto una cabra tan blanca, tan bonita como ésa! ¿Nos la llevamos?

Cerca de ellos estaba una linda cabrita, de color blanco, con ojos marrón claro y orejas puntiagudas. Era como una cabra normal, excepto por los dos puntos azules que tenía junto a la cola.

—¡Pequeña cabra blanca, ven con nosotros! —gritó Fanny, y la cabra se acercó al instante. Se situó detrás de las gallinas, pero no le agradó mucho al reloj, que la golpeaba de vez en cuando para molestarla.

—Reloj, no hagas eso —le reprendió Seditas.

—Espero que tu reloj no se porte mal —dijo Bessie—. No parece muy educado. Creo que le gusta fastidiar.

—Ahora sólo nos falta la pala —dijo Tom, y de pronto vio una fuerte pala colgada de un cerco, al lado de otras herramientas—. Chicas, ¿qué os parece esa pala? Creo que le servirá a papá.

La cogió e hizo un hoyo en la tierra. Era una pala excelente. Tom se la echó al hombro, y los cuatro sonrieron, muy complacidos.

—Ya tenemos todo lo que queremos —dijo Tom—. Vámonos. Iremos adonde está Cara de Luna, y llevaremos unos pastelitos para tomarlos con el té.

Así que los cuatro regresaron adonde habían dejado a Cara de Luna, seguidos por las siete gallinas, la cabra blanca y el reloj. Pero no lo encontraron. Estaba agarrando una hermosa alfombra que estaba colgada de un árbol. Era redonda con un agujero en el centro.

—¡Hola!, ¿Qué tal lo habéis pasado? —gritó Cara de Luna al verlos—. ¡Mirad lo que he encontrado! ¡Es justo lo que buscaba para mi habitación redonda. Una alfombra redonda con un agujero en el centro, del tamaño del hueco del Resbalón-resbaladizo! ¡Qué contento estoy!

—Pero, Cara de Luna, dijiste que vigilarías para avisarnos cuando el País de Toma Loquequieras se alejara del Árbol Lejano —le reprochó Seditas—. ¿Dónde está el agujero que conduce al árbol?

—Oh, está por allí —señaló Cara de Luna, echándose la alfombra al hombro. Iba tambaleándose—. Vamos. Ya lo encontraremos.

Pero, por desgracia, había desaparecido, porque el País de Toma Loquequieras ya se había alejado del Árbol Lejano.

—¡Cara de Luna! ¡Has hecho muy mal! —se enfadó Tom—. Lo prometiste.

Cara de Luna se puso pálido. Buscó el agujero, pero fue inútil. Estaba temblando de miedo.

—¡Os he m-m-m-metido en un e-e-enorme lío! —tartamudeó con voz temblorosa—. ¡Aquí estamos, atrapados en un p-p-país donde tenemos todo lo que d-d-de-deseamos, pero en estos momentos lo único que d-d-de-de-deseamos es irnos!

Todos se sentían molestos. ¡Qué contrariedad!

—Cara de Luna, me ha sentado muy mal lo que has hecho —Tom se puso muy serio—. Dijiste que vigilarías. No eres un buen amigo.

—Yo me avergüenzo de ti, Cara de Luna —dijo Seditas con lágrimas en los ojos.

—Encontraremos a alguien que nos ayude —comentó Cara de Luna entristecido, y fueron a buscar, junto con las gallinas, la cabra y el reloj, que daba cuatro campanadas todo el tiempo y ninguno sabía por qué.

Pero descubrieron algo curioso. Ya no había nadie en el País de Toma Loquequieras. Todos los gnomos, duendecillos, duendes y elfos se habían ido.

—Seguramente se dieron cuenta de que el país se marchaba —gimió Cara de Luna—. Y todos bajaron por la escalera a tiempo. Ay, ¿por qué me habré alejado?

Caminaron por todo el país, que en realidad no era muy grande, pero estaba lleno de cosas y animales.

—¡No sé qué podemos hacer! —suspiró Seditas— Es cierto que aquí tenemos todo lo que deseamos, y no nos moriremos de hambre, ¡pero no es el lugar en donde quiero vivir para siempre!

Recorrieron todos los lugares, y de pronto se encontraron con algo que no habían visto antes. ¡Era un avión grande y reluciente!

—¡Ooooh! —exclamó Tom, con los ojos brillantes—. ¡Cuánto me gustaría pilotar un avión! Cara de Luna, ¿tú sabes pilotar?

Cara de Luna sacudió la cabeza, y también Seditas.

—Entonces no nos servirá para nada —se lamentó Tom—. Pensé que podríamos irnos volando de este país en el avión.

Se subió al avión para verlo. Tenía cinco palancas. En una de las palancas decía «PARA ARRIBA». Otra tenía una etiqueta que decía «PARA ABAJO». La tercera decía «DERECHO», y la cuarta y la quinta decían «A LA DERECHA» y «A LA IZQUIERDA», respectivamente.

Tom estaba asombrado.

—Creo que podré pilotar este avión. ¡Sí, creo que puedo! Parece fácil.

—No, Tom, no lo hagas —le avisó Bessie. Pero Tom ya había accionado la palanca que decía «PARA ARRIBA» y antes de que pudieran decir otra palabra, el reluciente avión se había elevado en el aire con Tom, dejando a los otros en tierra, mirando boquiabiertos.

—¡Tom se ha ido! —Fanny rompió a llorar.

El avión ganó altura. Cuando Tom presionó la palanca que decía «A LA DERECHA» describió un círculo y al accionar la tercera palanca voló en línea recta. Luego, al presionar la palanca que decía «PARA ABAJO», voló en esa dirección. ¡Era muy fácil!

Tom aterrizó perfectamente, cerca de donde se encontraban los otros. Todos se acercaron entre gritos y risotadas.

—¡Tom! ¡Tom! ¿Lo has pilotado tú solo?

—¿Me habéis visto? —sonrió él con orgullo—. Es muy fácil. Subid todos. Nos iremos volando. Tal vez lleguemos a algún lugar que conozca Cara de Luna.

Todos aceptaron. Bessie puso las siete gallinas, que estaban cacareando, en la parte de atrás del avión, y puso la cabra sobre sus rodillas, y la pala en el suelo. El reloj no hacía más que estorbar porque no se quedaba quieto en ningún sitio, sino que se subía sobre los pies de todos para mirar por las ventanillas. Seditas se arrepintió de haberlo llevado.

—¿Listos? —preguntó Tom, presionando la palanca que decía «PARA ARRIBA». Y hacia arriba fueron. Era una sensación maravillosa. Todos estaban disfrutando mucho.

El reloj de Seditas también estaba muy contento. Dio veintinueve campanadas

seguidas.

—Si no te tranquilizas, no te daré cuerda esta noche —le amenazó Seditas. El reloj se calmó inmediatamente. Se sentó en un rincón y no volvió a sonar.

—Me pregunto adonde vamos —dijo Bessie. Pero nadie lo sabía.

En la escuela de la doña Bofetada

Tom pilotó muy bien el avión. En cuanto alcanzaron la altura necesaria, accionó la palanca que decía «DERECHO», y el reluciente avión voló en línea recta.

Los chicos se inclinaron hacia un lado para ver por dónde volaban. Pronto dejaron atrás el País de Toma Loquequieras, y llegaron a un país extraño y desolado donde no había árboles ni césped, y ni siquiera una casa.

—Ése es el País de la Soledad —dijo Cara de Luna nada más verlo—. Tom, no aterrices allí. Sigue volando.

Tom obedeció y, al llegar a un monte enorme, tuvo que presionar la palanca que decía «PARA ARRIBA», para no estrellarse. Era muy divertido. Tom no sabía que fuera tan fácil pilotar un avión.

La pequeña cabra blanca que Bessie llevaba en las rodillas valía su peso en oro. De vez en cuando lamía la mejilla de Bessie como si fuera un perro. Las gallinas se quedaron quietas, y el reloj, muy a su pesar, permaneció inmóvil.

El avión voló sobre un país con enormes castillos y torres.

—¡Ése es el País de los Gigantes! —señaló Seditas, mirando asombrada los enormes edificios. ¡Espero que no aterrices allí!

—¡Claro que no! —se rió Tom, y presionó aún más la palanca que decía «DERECHO». El avión voló como un pájaro, recto y más rápido.

Todos tenían el pelo hacia atrás y la melena de Seditas parecía una estela dorada, flotando al viento. Pasaron sobre el País de los Pirulíes, y después sobre el País de los Fracasos. Entonces el avión empezó a hacer un ruido extraño.

—¡Escuchad! —se alarmó Tom—. ¿Qué sucede?

—Creo que el avión se ha cansado —comentó Cara de Luna—. Suena como si necesitara recuperar el aliento.

—Cara de Luna, no seas tonto —se rió Tom—. Los aviones no necesitan respirar.

—Éste sí —afirmó Cara de Luna, muy convencido—. ¿No oyes cómo jadea?

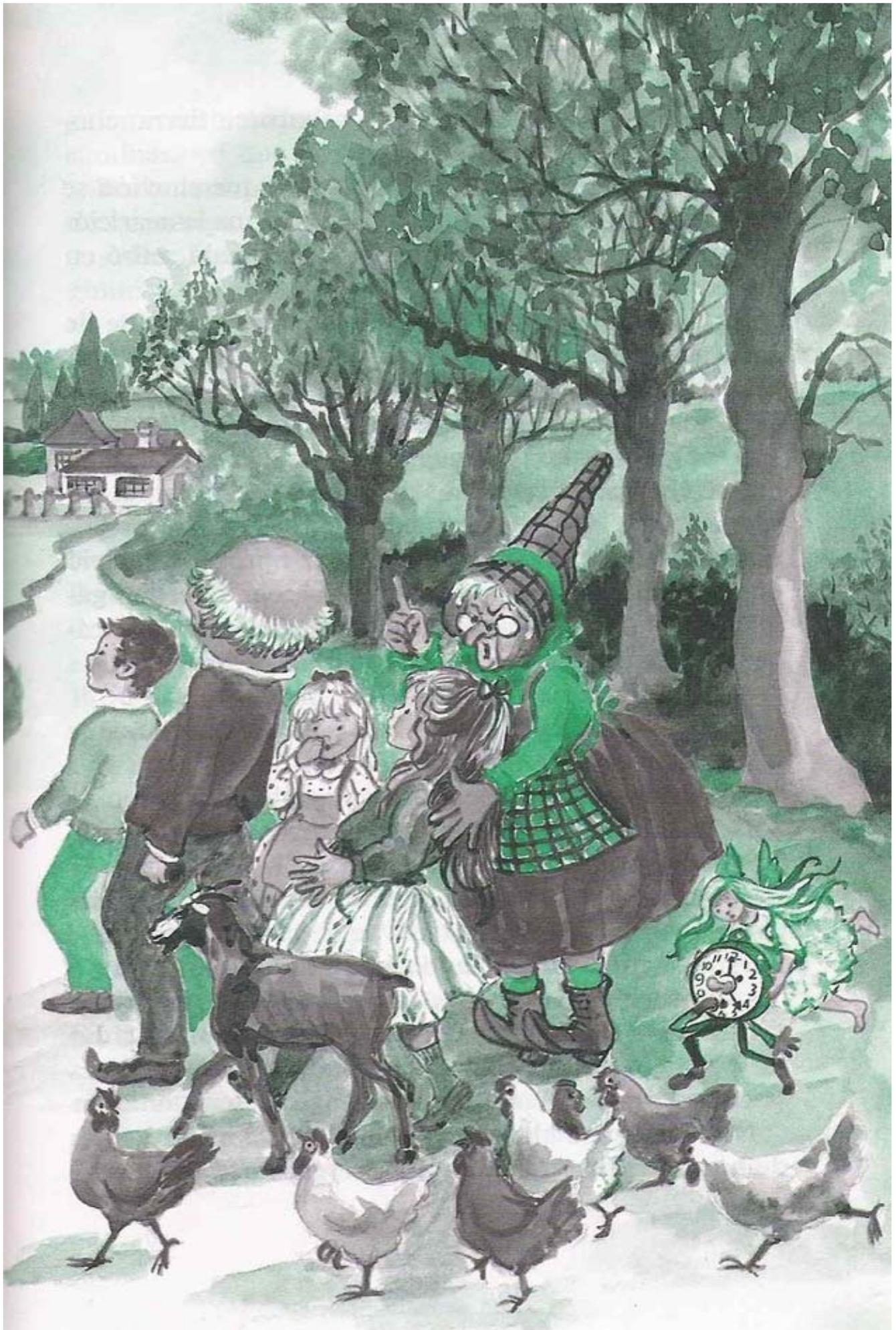
Verdaderamente parecía que el avión estaba jadeando:

—«Aj-jaj-aj-jaj-aj-jaj».

—¿Bajamos para que descanse? —preguntó Tom.

—Sí —contestó Cara de Luna, mirando hacia abajo—. No parece un lugar peligroso. No sé qué país será, pero no observo nada raro. Abajo hay una casa muy grande, de color verde, con un jardín enorme. Tom, tal vez puedas aterrizar sobre el césped. Así no nos daremos un golpe.

—Está bien —dijo Tom, y presionó la palanca que decía «PARA ABAJO». Bajaron suavemente. ¡Pum! tocaron el césped y rodaron sobre las ruedas grandes del avión. Cuando se detuvo, todos saltaron a tierra, contentos de poder estirar las piernas.



—Descansaremos diez minutos para que el avión se recupere y continuar el viaje —Cara de Luna lo acarició.

—¿Dónde estaremos? —Seditas, intrigada, miró en derredor suyo.

Cara de Luna miró hacia lo lejos la casa grande de color verde, y arrugó la nariz.

—¡Huy! —exclamó—. ¡Yo sé de quién es esa casa! Es una escuela, la escuela de doña Bofetada. Allí envían a todos los duendes, gnomos y hadas mal educados, para que se corrijan. Esperemos que doña Bofetada no nos vea.

Todos miraron nerviosos, cuando de pronto apareció por el camino una mujer alta y vieja, con enormes gafas sobre su larga nariz y un sombrero blanco en la cabeza. Cara de Luna echó a correr hacia el avión.

—¡Venid rápido! —gritó—. ¡Es doña Bofetada!

Pero la vieja llegó hasta donde estaban antes de que pudieran escaparse.

—¡Ah! —gritó—. ¡Conque ha llegado otro grupo de personas malcriadas para que las corrija! ¿No es así? Vamos, seguidme.

—No, no hemos venido para eso —se apresuró a decir Tom—. Hemos aterrizado aquí para que descansen nuestro avión. Vamos camino de nuestra casa.

—¡Qué chico tan malo! ¿Cómo te atreves a decir esas mentiras? —gritó doña Bofetada, fuera de sí, y le dio tal bofetada al pobre Tom que éste saltó por los aires y se puso rojo—. Venid todos conmigo inmediatamente.

No tenían otra alternativa. Tom, Bessie, Fanny, Cara de Luna, Seditas, la cabra blanca y las siete gallinas siguieron, cabizbajos, a doña Bofetada. El reloj no pudo caminar, así que Seditas tuvo que cargar con él.

Tenían muchísima hambre. Tom le agarró tímidamente de la manga de la camisa a doña Bofetada.

—Por favor, ¿podría darnos algo de comer? —preguntó a media voz.

—La merienda estará lista en unos minutos —contestó secamente doña Bofetada—. ¡Poneos derechos! ¡Niña, no agaches la cabeza! —gritó, y le dio a la pobre Fanny un golpe en la espalda para que se pusiera derecha.

Doña Bofetada era una persona muy desagradable. ¡Qué mala suerte haber aterrizado en su jardín!

Pero todos se animaron un poco con la idea de la merienda. Doña Bofetada los condujo a un salón grande, lleno de duendecillos y otros personajes mágicos. Todos estaban sentados en mesas de madera, ordenadas en filas, pero se pusieron en pie en cuanto entró doña Bofetada.

—Sentaos ahí —ordenó doña Bofetada, señalando una mesa vacía. Los chicos, Cara de Luna, Seditas, la cabra y las gallinas se sentaron. Colocaron el reloj en un extremo. Se le veía muy triste. Los chicos miraron la mesa. ¡Ah! ¡Qué panes más deliciosos, qué galletas tan apetitosas, qué jarras de limonada más grandes!

Doña Bofetada observó a todos los alumnos, que estaban en pie. Frunció el ceño.

—¡Centella, ven aquí! —ordenó con voz autoritaria. Se le acercó un duendecillo.

—¿No te he dicho que te peines antes de venir a comer? —doña Bofetada le dio una fuerte bofetada al duendecillo. Centella rompió a llorar—. ¡Garabato!, ¿por qué has venido con la camisa rota? —continuó doña Bofetada—. Ven aquí, Garabato.

Garabato se acercó y ella le dio una tremenda bofetada. Bessie y Fanny se estaban poniendo nerviosas. Esperaban que su cabello, manos y vestidos estuvieran limpios.

—¡Sentaos! —gritó doña Bofetada, y todos obedecieron al instante.

—¿Queréis un panecillo? —Tom le pasó a Bessie y a Fanny un plato de deliciosos panecillos, con mermelada en el centro.

¡Qué sorpresa se llevaron! ¡Al poner los panecillos en los platos, se volvían duros y rancios! Ninguno se atrevía a decir nada. Vieron que lo mismo les sucedía a todos los que estaban en la habitación, menos a doña Bofetada, que disfrutó de una merienda succulenta, a base de panecillos, galletas y tarta con pasas.

La limonada se convertía en agua en cuanto se la servían. Era muy decepcionante. Mientras comían, un sirviente, que era un gnomo, entró y anunció que había alguien que deseaba hablar con doña Bofetada. Ésta salió del comedor.

Entonces los chicos descubrieron que los alumnos de aquella escuela eran muy revoltosos. Se acercaron a ellos para pellizcarlos y golpearlos. Les dijeron cosas tan desagradables que Fanny rompió a llorar.

Con tanto alboroto, no oyeron que venía doña Bofetada. ¡Cómo se enfadó! Dio palmadas y todos se asustaron tanto que comenzaron a temblar.

—¿Qué sucede aquí? —gritó enfurecida—. ¡Poneos en fila! ¡Marchad delante de mí, rápido!

Los chicos se quedaron atónitos al ver que, conforme iban pasando en fila, cada uno recibía una bofetada, pero, cuando les tocó el turno a ellos, doña Bofetada no les pegó porque sabía que los otros los habían molestado. Sintieron un gran alivio.

—Id a las aulas —gritó doña Bofetada cuando ya había pasado toda la fila. Así que todos fueron a las aulas y se sentaron en sus puestos, incluso las pequeñas gallinas de alas verdes.

—Ahora, por favor, contestad a las preguntas que hay en la pizarra —señaló doña Bofetada—. Todos tenéis papel y lápiz. El que se equivoque en sus respuestas, lo lamentará, os lo aseguro.

Tom leyó las preguntas de la pizarra y se las comentó a los demás, lleno de asombro.

—Si quitas tres orugas de un arbusto, ¿cuántas grosellas quedarán? ¿Cuánto sobra si se pone un litro de leche con medio kilo de lentejas? Si un tren va a seis kilómetros por hora y tiene que pasar debajo de cuatro túneles, ¿qué cenará la madre del vigilante el domingo?

Todos se quedaron mirando a la pizarra, desesperados. ¿Qué significaban esas

preguntas? No tenían sentido.

—No las puedo contestar —dijo Cara de Luna en voz alta, y tiró el lápiz.

—¡Son tonterías! —añadió Tom, y también tiró el lápiz. Las chicas también hicieron lo mismo, y rompieron el papel. Todos los duendes los miraron, aterrados.

—¡Cómo! —exclamó furiosa doña Bofetada, que de repente pareció mucho más grande de lo que era—. ¡Seguidme si es eso lo que pensáis!

Ninguno quería ir, pero no tenían más remedio, porque, sin saber por qué, sus piernas caminaban hacia donde estaba doña Bofetada. Ésta los condujo hasta una pequeña habitación y los empujó dentro. Después cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo.

—Permaneceréis aquí tres horas, y después regresaré para ver si os habéis arrepentido —gritó.

—Esto está muy mal —dijo Tom, muy triste—. Ella no tiene ningún derecho a encerrarnos de esta manera. No somos alumnos de esta escuela tan estúpida. No hemos sido groseros. Hemos aterrizado aquí de casualidad.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Seditas, echándose el pelo hacia atrás—. Por lo visto, tenemos que permanecer aquí tres horas, y después pedir perdón y recibir una bofetada. ¡Qué desagradable!

Todos estaban muy molestos. Se sentaron en el suelo, muy compungidos. ¡Si se pudieran escapar de la horrible escuela de doña Bofetada!

El astuto reloj de Seditas

Tom se sentó al lado de Cara de Luna mientras Seditas, Bessie y Fanny charlaban. La cabra blanca se recostó sobre las rodillas de Bessie y se durmió. Las siete gallinas trataron de escarbar el duro suelo y cacareaban suavemente.

—¿Dónde está mi reloj? —preguntó de repente Seditas.

Todos lo buscaron por la habitación. No estaba allí.

—Se habrá quedado en el aula —dijo Tom—. No te preocupes, Seditas. Lo volverás a tener si logramos salir de aquí en tres horas.

—Esperemos que así sea —suspiró Seditas—. Es un buen reloj, y me gusta porque tiene pies para caminar.

—Ha tenido suerte de que no lo encerraran como a nosotros —comentó Tom con tristeza—. Si hubiera ventana en esta ridícula habitación redonda, la romperíamos para escaparnos de aquí. Pero ni siquiera la hay.

—Tampoco tiene chimenea —observó Cara de Luna—. Si la hubiera, podríamos subir por ella. ¡Escuchad! —dijo de repente—. ¡Alguien llama a la puerta!

Todos guardaron silencio. Sí, había alguien fuera, llamando suavemente a la puerta.

—Entra, si puedes —susurró Cara de Luna—. Mira a ver si la llave está puesta.

—¿Quién está ahí? —preguntó Seditas.

—«¡Ding-dong-ding-dong!» —sonó el reloj suavemente.

—¡Es mi reloj! —exclamó emocionada Seditas—. ¡Ha venido para acompañarnos!

—¡Qué bien! —Cara de Luna se puso rojo de la alegría—. Seditas, dile a tu reloj que procure conseguir la llave para que podamos salir de aquí.

—Me temo que no va a ser posible —contestó Seditas—. Observé que doña Bofetada llevaba todas las llaves en una cuerda atada a la cintura. El reloj no podrá quitarle la llave.

—Claro —reconoció Cara de Luna, entristecido. Todos se pusieron a pensar.

—«¡Ding-dong-ding-dong!» —volvió a sonar el reloj desde fuera.

—Escucha, reloj, si sigues llamando así, vas a poner las cosas peor de lo que están —dijo Tom—. Nos han encerrado en esta habitación y no tenemos la llave para salir.

—«¡Dong!» —sonó el reloj con tristeza. Entonces dio un «ding», muy alegre, y empezó a danzar sobre sus enormes pies.

—¿Pero qué estás haciendo? —protestó Seditas.

—Se estará calentando los pies —se rió Fanny.

Sin embargo, lo que el reloj estaba haciendo era sacudirse para que la llave de la cuerda se cayera. Al fin lo logró. ¡Clone! La llave cayó al suelo.

—¿Qué hace? —preguntó Tom a Seditas—. Creo que este reloj se ha vuelto loco. Pero el reloj no sólo no estaba loco sino que era muy astuto. Le dio una patada a la llave, que se deslizó por debajo de la puerta.

—¡Ahí va! —se asombró Cara de Luna—. El reloj se ha quitado la llave, y ha conseguido que pasara por debajo de la puerta. ¡Qué reloj tan sensacional!

Tom recogió la llave.

—A lo mejor sirve para abrir esta puerta —dijo, y la introdujo en la cerradura. Estuvo a punto de abrir pero no llegó a conseguirlo. Tom se llevó una gran desilusión.

Sin embargo, Cara de Luna sonrió. Tomó la llave y la frotó con un poco de polvo mágico que llevaba dentro de una cajita, en el bolsillo.

—Inténtalo de nuevo —dijo. Tom introdujo una vez más la llave en la cerradura y entonces giró sin dificultad. La puerta se abrió.

Enseguida salieron de la habitación sin hacer ruido. Tom se guardó la llave. Seditas abrazó al reloj y éste dio un fuerte «ding-dong» de alegría.

—¡Sssh! —le avisó Seditas—. ¡No hagas ruido!

—Hay que buscar nuestro avión —propuso Tom—. Vamos a salir al jardín. Seguro que está donde lo dejamos.

Bajaron de puntillas por un largo pasillo pero, cuando llegaron al final, vieron acercarse a doña Bofetada.

—¡Rápido! ¡Escondeos detrás de estas cortinas! —susurró Tom. Todos se escondieron, pero doña Bofetada había escuchado un ruido y se acercó a las cortinas. Justo cuando las iba a abrir, salió el reloj de Seditas:

—«¡Ding-dong!» —sonó junto al oído de doña Bofetada, y luego le dio un pisotón.

Doña Bofetada gritó furiosa y le dio al reloj una bofetada. Entonces él echó a correr por el pasillo, seguido de doña Bofetada, que le perseguía llena de cólera.

—¡Qué reloj tan estupendo! —exclamó Seditas contenta—. Fue muy oportuno al hacer ding-dong justo a tiempo. Un minuto más tarde, y doña Bofetada nos hubiera descubierto.

—Vamos —dijo Cara de Luna, asomándose por entre las cortinas—. Debemos salir al jardín ahora, mientras doña Bofetada está lejos de nuestro camino.

Atravesaron de puntillas un cuarto largo hasta llegar a una puerta que conducía al jardín. Cuando Tom iba a abrirla, Cara de Luna los empujó rápidamente hacia el cuarto.

—¡Rápido, que viene doña Bofetada! —susurró—. ¡Rápido! ¡Escondeos detrás de los muebles!

Todos se ocultaron a la velocidad del rayo, mientras doña Bofetada abría la puerta.

—¡Espera a que atrape a ese reloj! —murmuraba fuera de sí.

En ese momento el reloj entró corriendo sobre sus pies planos y le dijo «ding-dong» descaradamente. Doña Bofetada se agarró la falda y echó a correr tras él por toda la habitación y el pasillo. Los niños, Cara de Luna, Seditas, las gallinas y la cabra se dirigieron a la puerta y salieron corriendo hacia el jardín.

—¡Rápido, buscad el avión! —exclamó Tom, y todos miraron por todas partes.

—¡Ahí está! —gritó por fin Cara de Luna señalando el avión, que estaba sobre el césped. Todos se apresuraron a subir.

—No me gustaría dejar mi reloj —dijo Seditas—. Se ha portado tan bien... ¿Dónde estará?

—¡Mirad! ¡Allí está. Doña bofetada lo está persiguiendo! —exclamó Tom. Vieron al reloj salir de detrás de un arbusto y echar a correr, con doña Bofetada tras él, jadeando y con la cara congestionada.

El reloj se escondió detrás de otro arbusto. Doña Bofetada tropezó con una piedra y se cayó. Entonces el reloj salió disparado hacia el avión, y Seditas le ayudó a subir. Se sentó en una esquina, y dio sesenta y tres campanadas.

Esta vez a nadie le importó. El reloj era ahora un héroe para todos.

Dona Bofetada se levantó y corrió hacia el avión, pero Tom rápidamente presionó la palanca que decía «HACIA ARRIBA». La hélice comenzó a girar. El avión tembló y se elevó suavemente en el aire, dejando allí plantada a la vieja, que gritaba cada vez más furiosa.

—¡Conteste a esta pregunta! —gritó Cara de Luna asomándose por la ventanilla—. Si cinco personas, siete gallinas, una cabra y un reloj suben a un avión, ¿de cuántas bofetadas se librarán?

Todos se echaron a reír.

—Por favor, mira a ver dónde aterrizas ahora —dijo Bessie—. Tenemos que volver pronto a casa.

—Creo que sé dónde estamos —comentó Cara de Luna mientras volaban sobre un curioso país de árboles amarillos y césped de color rosa—. Vuela recto hasta que llegues a una torre plateada, gira a la derecha hasta que pases por el País de las Gaviotas, y enseguida a la izquierda sobre el Bosque de los Tres Osos, y así llegaremos a casa.

—¡Perfecto! —contestó Tom. Buscó la torre plateada, y cuando la vio, alta y reluciente, presionó la manivela que decía «A LA DERECHA», y voló hasta llegar al País de las Gaviotas. Era fácil reconocerlo, porque por todos lados, volando sobre alas blancas como la nieve, había cientos de magníficas gaviotas. El avión tuvo que volar lentamente para atravesar las numerosas bandadas. Tom voló hacia la izquierda, y pronto llegaron al Bosque de los Tres Osos, y vieron la casita cubierta de rosas donde vivían Ricitos de Oro y los osos.

—¡Qué bien! ¡No tardaremos mucho en llegar a casa! —se alegró Tom. Siguió

volando hasta llegar al Bosque Encantado, y aterrizó en un campo cercano. Todos se bajaron.

—Ha sido una aventura muy emocionante —suspiró Fanny—. ¡Pero espero no ver nunca más a doña Bofetada!

—¡Eh, cuidado con el reloj! —gritó Bessie—. Está intentando bajarse del avión y se va a caer.

—«¡Dong, dong, dong, dong!» —sonó el reloj mientras bajaba al suelo.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Tom recogiendo la pala—. Adiós, Seditas. Adiós, Cara de Luna. ¡Hasta pronto! Bessie, trae la cabra; Fanny y yo llevaremos las gallinas por delante.

A Seditas y a Cara de Luna les dejaron el avión, para que hicieran lo que quisieran con él, y se dirigieron a la casa.



¡Qué asombrada se quedó la madre al ver las gallinas con alas verdes, la cabra tan blanca como la nieve y la pala para el jardín!

—Habéis ido al Bosque Encantado, ¿verdad? —sonrió satisfecha.

—¡Huy, hemos ido mucho más lejos! —dijo Tom, y era cierto, ¿no os parece?

El ejército de los malvados duendes rojos

Una vez la madre les dijo a los niños que estaría fuera todo el día y que, si querían, podían invitar a Cacharros y a los demás amigos a tomar el té.

—¡Qué bien! —se alegró Tom—. Invitaremos también a Cara de Luna y a Seditas.

Bessie escribió una nota, y se la dio a la pequeña cabra blanca, para que se la llevara a Cara de Luna.

La cabra blanca era un animal maravilloso. Daba una leche deliciosa, hacía recados y, si alguna de las gallinas se perdía, la encontraba y la hacía regresar a casa. Era muy útil.

La cabra echó a correr, con la nota en el hocico, hacia el Bosque Encantado. Llegó al Árbol Lejano y dio un balido para llamar a la ardilla roja. Ésta salió del agujero que había en la parte de abajo del tronco.

La ardilla le llevó la nota a Cara de Luna, a su casa. Cara de Luna se puso muy contento, y dio un grito a Seditas, que subió enseguida y la leyó.

—Se lo diremos a Cacharros cuando el señor Cómosellama esté dormido —sugirió Cara de Luna—. Los niños no han invitado al señor Cómosellama, así que Cacharros tendrá que bajar con nosotros sin hacer ruido, para que no se entere.

Enviaron la respuesta con la cabrita, diciendo que llegarían a las cinco de la tarde.

Los niños estaban entusiasmados. La madre ya se había ido, y las niñas pusieron flores en los jarrones. Bessie horneó unas tartas de chocolate, Fanny hizo dulce de café con leche y Tom preparó pan con mantequilla.

—¡Qué merienda más deliciosa! —comentó Tom—. Espero que Cacharros no esté tan sordo esta tarde.

A las cinco en punto todo estaba listo. Los niños se habían cambiado de ropa y habían puesto la mesa con el pan con mantequilla, las tartas y el dulce. Bessie salió al portón para recibir a las visitas.

Pero no llegaron.

—¡Cuánto tardan! —se quejó a sus hermanos—. Me imagino que Cacharros se habrá enredado con sus cacerolas.

Ya eran las cinco y media, y aún no había llegado nadie. Los niños se sintieron muy desilusionados.

—Tal vez Cara de Luna no entendió bien la nota, y pensó que la invitación era para las seis —dijo Bessie.

Pero a las seis Cara de Luna, Seditas y Cacharros seguían sin aparecer. Los niños empezaron a preocuparse.

—Espero que no les haya sucedido nada —comentó Bessie—. Con tantas cosas como hemos preparado, y nadie viene.

—Esperaremos un poco más, y si no llegan, empezaremos a comer sin ellos — sugirió Tom. A las siete, viendo que nadie aparecía, los niños se sentaron con tristeza a comer la merienda.

—Algo ha sucedido —dijo Tom preocupado.

—¿Pero qué les ha podido pasar? —preguntó Bessie, desconcertada—. ¿Nos acercamos a ver?

—No —la interrumpió Tom—. Ahora no. Mamá regresará pronto. Tendremos que ir esta noche. Por la noche colocan la soga para que la gente suba, y así no tardaremos mucho en llegar hasta arriba.

—Tenemos que averiguar lo que les ha sucedido —dijo Bessie mientras limpiaba la mesa—. Les llevaremos parte de la merienda.

Esa noche, cuando ya había oscurecido, los tres niños saltaron de la cama, se vistieron y salieron por la puerta trasera. Tuvieron que llevarse una linterna, porque esa noche no había luna. Tom les iba alumbrando el camino con ella.

Atravesaron el camino oscuro, y saltaron la zanja para entrar en el Bosque Encantado. Los árboles susurraban muy fuerte esa noche:

—«¡Uich-uich-uich!».

—¡Cómo me gustaría entender lo que dicen! —suspiró Fanny.

—Vamos —dijo Tom—. No podemos retrasarnos, Fanny. Tenemos que volver a casa antes del amanecer.

Atravesaron el oscuro bosque. Como esa noche no había luna, los habitantes del bosque no salieron. Los niños llegaron hasta el Árbol Lejano, y buscaron la soga.

Pero esta vez no había soga, así que tuvieron que subir como siempre, agarrándose con cuidado de las ramas porque no se veía.

Al llegar a la segunda rama, sucedió algo extraño. Alguien cogió a Tom del hombro y lo lanzó hacia abajo. Por suerte, Tom pudo agarrarse a la última rama antes de darse contra el suelo.

—¿Se puede saber quién me ha empujado? —gritó furioso. Se quitó la linterna del cinturón, e iluminó al lugar de donde lo habían empujado, mientras gritaba a Bessie y a Fanny para que no subieran.

En las ramas más bajas del árbol había cuatro malvados duendes rojos, con orejas puntiagudas, bocas anchas y pequeños ojos perversos.

—Ahora está prohibido subir al árbol —dijo uno de los duendes—. Y tampoco se puede bajar.

—¿Por qué no? —les desafió Tom.

—¡Porque ahora este árbol es nuestro!

—¡Vuestro! ¡Tonterías! —Tom hizo una mueca—. Hemos venido para visitar a unos amigos, que viven en el árbol. Dejados pasar.

—¡No! —gritaron los duendes, con una sonrisa maligna en sus enormes bocas—.

¡No po-déis su-bir!

—Es inútil —se oyó una débil vocecilla al lado de Tom—. Los duendes malvados han hecho prisioneros a todos los habitantes del árbol. Si subes, te empujarán hacia abajo o te harán prisionero.

Tom enfocó con la linterna hacia abajo, y los niños vieron que era la pequeña ardilla roja, la que se encargaba de los cojines de Cara de Luna.

—¡Hola! —saludó Tom—. Por favor, cuéntenos lo que ha sucedido. ¡No comprendo nada de lo que está pasando!

—Es fácil de entender —suspiró la ardilla—. El País de los Malvados Duendes Rojos llegó a la copa del Árbol Lejano. Descubrieron el agujero de la nube, e invadieron el árbol como avispas. A todos los hicieron prisioneros. Cara de Luna y los demás están encerrados en sus casas del tronco del árbol. Os diré que el señor Cómosellama y el duende Furioso casi derriban las puertas, de la furia que tienen.

—¿Por qué los duendes los han encerrado a todos? —preguntó Bessie, intrigada.

—Porque quieren unas fórmulas mágicas que sólo conocen los habitantes del árbol —replicó la ardilla—. Los mantendrán encerrados hasta que se las revelen. ¡Qué horrible!

—¡Es espantoso! —añadió Fanny—. ¿Qué podemos hacer por ellos?

—No lo sé —respondió la ardilla con tristeza—. Si pudiéramos subir adonde están, tal vez se nos ocurriera alguna estrategia. Pero los duendes malvados no dejan subir a nadie al árbol.

—«¡Uich-uich-uich-uich!» —susurraban fuertemente los árboles.

—Presiento que los árboles quieren decirnos algo esta noche —dijo Bessie de pronto—. Siempre he tenido la sensación de que se dicen secretos, pero esta noche siento que quieren revelarnos uno.

—«¡Uich-uich-uich!» —volvieron a susurrar los árboles.

—Abrazad un árbol y poned el oído izquierdo en el tronco —les aconsejó la ardilla—. He oído decir que ésa es la única forma de entender lo que dicen.

Cada uno de los niños se dirigió a un árbol pequeño. Abrazaron los troncos y pegaron el oído izquierdo, tal como les había recomendado la ardilla. Entonces entendieron claramente el mensaje de los árboles.

—¡Ayudad a los habitantes del Árbol Lejano! —susurraron las hojas—. ¡Ayudadlos!

—¿Cómo? —preguntaron los niños con ansiedad—. ¡Decidnos!

—Subid por el Resbalón-resbaladizo —les aconsejaron los árboles—. ¡Entrad por la puertecita y subid!

—¡Es verdad! —exclamaron al mismo tiempo los tres niños—. ¡Claro! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes?

—¡Sssh! —les avisó la ardilla—, que los duendes pueden oíros. ¿Qué os han

dicho los árboles?

—Que atravesemos la puertecita y subamos por el Resbalón-resbaladizo —susurró Tom—. Así podremos llegar hasta la casa de Cara de Luna. ¡Es una idea muy ingeniosa!, ¿verdad?

—¡Vamos, no perdamos tiempo! —dijo Bessie, y los tres echaron a correr hacia el Árbol Lejano, para buscar la puertecita. ¡Qué bien! ¡Iban a correr una nueva aventura!

Una noche llena de emociones

—Si tan sólo pudiéramos subir hasta la casa de Cara de Luna... —suspiró Tom mientras buscaba la puertecita.

—Me pregunto por qué Cara de Luna no ha bajado por el. Resbalón-resbaladizo —comentó Bessie.

—Probablemente habrá pensado que hay muchos duendes rojos en la parte baja del árbol, listos para atrapar al que salga por la puertecilla —respondió Tom—, aunque no creo que sepan lo del Resbalón-resbaladizo.

Al fin encontró la puertecita y la abrió.

—Bessie, mantenía abierta mientras subo —dijo Tom, y comenzó a subir.

¡Pero qué lata, era demasiado resbaladizo! ¡No pudo subir nada! En cuanto subía un poco, se resbalaba. Tom gimió, desesperado.

—¡Déjame a mí! —Bessie lo estaba deseando. Tom salió por la puertecita y dejó pasar a Bessie. Pero le sucedió lo mismo que a Tom. No había quien subiera por el Resbalón-resbaladizo.

—«¡Uich-uich-uich!» —susurraron de nuevo los árboles. Bessie se acercó a uno, abrazó el tronco, y pegó el oído izquierdo.

—¡Dile a la ardilla roja que suba! —susurraron las hojas—. ¡Dile a la ardilla que suba!

—¡Ardilla roja, sube tú! —le dijo Bessie inmediatamente—. ¿Podrás?

—Ya lo creo —contestó la ardilla—. Estoy acostumbrada a trepar. Pero ¿de qué servirá? No tengo la suficiente astucia como para hacer planes con Cara de Luna.

—«¡Uich-uich-uich!» —los árboles susurraban cada vez más fuerte. Tom se acercó a escuchar a uno de ellos.

—Que baje la ardilla una soga por el Resbalón-resbaladizo —aconsejó el árbol.

—¡Pues claro! —exclamó Tom, sorprendido—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—Dínoslo —suplicaron las niñas, impacientes.

—Dicen que suba la ardilla por el Resbalón-resbaladizo y que le pida a Cara de Luna la soga que usa para subir los cojines. Pero que, en lugar de tirarla por las ramas del árbol, la baje por el Resbalón-resbaladizo. ¡Entonces nosotros nos agarraremos a la soga y él nos subirá!

—¡Qué buena idea! —exclamó Bessie.

—¡Sssh! —le indicó Tom, al oír gritar a uno de los duendes malvados en el árbol—. Habla bajo, no sea que nos oigan.

—¡Los duendes malvados están bajando! —susurró Fanny alarmada—. Los estoy oyendo. ¿Qué hacemos?

—Será mejor que nos metamos por la puertecilla y nos sentemos en el extremo

del Resbalón-resbaladizo sin hacer ruido —propuso Tom—. Ardilla, entra tú primero, y sube hasta arriba. ¿Sabes ya lo que tienes que hacer?

—Sí —contestó la ardilla, y desapareció por el Resbalón-resbaladizo, agarrándose con sus afiladas uñas, para no caerse. Tom empujó a Bessie y a Fanny adentro. Después entró y cerró la puertecilla justo en el momento en que tres duendes malvados saltaban del árbol, dispuestos a buscar por todas partes.

—¡Me ha parecido oír voces! —dijo uno de ellos.

—Bueno pero, como no les permitimos subir al árbol, no pueden hacer mucho —se rió otro—. A lo mejor lo que has oído era el susurro de los árboles.

—«¡Uich-uich-uich!»

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho? —dijo el duende malvado, y volvieron a subir al Árbol Lejano. Los niños se abrazaron con risitas.

—¿Habrá llegado ya la ardilla hasta arriba? —preguntó Tom.

Entonces se oyó un leve sonido por el Resbalón-resbaladizo, y de pronto sintieron un roce.

—¡Ay! ¡Una culebra! —se asustó Bessie.

—¡No seas tonta! ¡Sólo es la cuerda que nos ha lanzado la pequeña ardilla! —se rió Tom—. Hay que subir de uno en uno, porque Cara de Luna no podrá con los tres a la vez.

Fanny subió primero. Resultaba muy extraño, tan oscuro y silencioso. Al fin llegó arriba. Allí estaba Cara de Luna, rojo por el esfuerzo. Había una luz encendida en la redonda y graciosa habitación. Se puso muy contento al ver a Fanny. La abrazó, y después tiró la soga para que Bessie subiera. Por último, subió Tom.

—No hagáis mucho ruido —dijo Cara de Luna en voz baja, mientras los acomodaba—. Los duendes malvados están vigilando todas las puertas.

—Cara de Luna, cuánto sentimos que te hayan capturado de esta forma —dijo Tom—. ¿No podrías haber descendido por el Resbalón-resbaladizo? ¿Pensaste quizá que abajo habría duendes malvados?

—Sí, eso mismo pensé —contestó Cara de Luna—, pero también pensé que, si escapaba por el Resbalón-resbaladizo, abandonaba a todos mis amigos del árbol, y no me pareció correcto.

—Es verdad —reconoció Tom—; no estaría bien que te salvaras a ti mismo, abandonando a los demás. Cara de Luna, ¿qué podemos hacer nosotros?

—En realidad no lo sé —replicó Cara de Luna—. Lo he pensado detenidamente, pero no se me ocurre nada que sea eficaz.

—Es una lástima que Seditas no esté aquí —se lamentó Tom—. A ella se le da muy bien hacer planes. Es muy lista.

—No hay forma de llegar a su casa —dijo Cara de Luna—. Está encerrada, igual que yo.

—¡Tom, Cara de Luna! —sonrió de pronto Fanny, con la cara roja de la emoción —. Tengo una idea.

—¿Cuál? —preguntaron los demás a coro.

—¿Por qué no baja la ardilla roja por el Resbalón-resbaladizo, sale por la puertecilla y les lleva una nota a los duendes del bosque? —preguntó Fanny—. ¿No os acordáis de que, la primera vez que vinimos al bosque, les ayudamos y dijeron que estaban dispuestos a ayudarnos si lo necesitábamos?

—Sí pero ¿cómo podrán ayudarnos? —preguntó Cara de Luna, dudoso. Ninguno sabía la respuesta. Pero de pronto Tom sacudió la cabeza y gritó.

—¡Ssh! —le indicaron todos al mismo tiempo.

—Lo siento —se disculpó Tom—, pero al fin se me ha ocurrido un plan. ¡Escuchad! La ardilla roja les dirá a los duendes que vengan, y los subiremos con la sogá. Entonces Cara de Luna gritará a los duendes malvados que está dispuesto a decirles las fórmulas mágicas que quieren saber y, cuando abran la puerta, todos saldremos a la vez para derrotarlos.

—¡Es una excelente idea! —aplaudió Cara de Luna, mirando a Tom con admiración.

—¡Por supuesto! —reconocieron las niñas. Tom se sentía orgulloso.

—Entonces abriremos las puertas a todos los demás y ellos se unirán a nosotros —continuó—. ¡Ya veréis qué emocionante! ¿Os imagináis lo furiosos que se pondrán el duende Furioso y el señor Cómosellama? ¡Perseguirán como gatos salvajes a los duendes malvados!

Todos se echaron a reír. La ardilla roja tocó a Tom en la rodilla.

—¿Me das la nota? Sé dónde vive el señor Bigotes. Le llevaré la carta, y así podrá llamar y reunir a todos los duendes.

Tom sacó su lápiz y escribió la nota sobre un papel que le dio Cara de Luna. Lo dobló y se lo entregó a la ardilla roja, quien lo dobló aún más y se lo metió en el hocico.

—Por si acaso me capturan los duendes malvados —explicó—. ¡Nunca se les ocurrirá buscar una nota dentro de mi mejilla!

Se sentó sobre su peluda cola, dio un salto, y bajó por el Resbalón-resbaladizo a toda velocidad. Fanny soltó una carcajada.

—Su cola le sirve de cojín —dijo—. Es muy simpática, ¿verdad? Espero que encuentre al señor Bigotes.

—Será mejor que esperemos sin hacer ruido —les aconsejó Cara de Luna—. No quiero que los duendes malvados abran la puerta y os encuentren a todos. Echarían abajo nuestro plan.

—Hemos traído la merienda que os habíamos preparado en casa esta tarde —Bessie abrió la bolsa—. Aquí hay sándwiches de rábano, algunos panecillos y dulces

de café con leche.

—Comamos todos —sonrió Cara de Luna—. Yo también tengo galletas que estallan.

Todos se sentaron en silencio sobre el sofá curvado de Cara de Luna, y comieron, charlando tranquilamente mientras esperaban a la ardilla, que regresaría con el señor Bigotes y los demás duendes.

Los malvados duendes rojos se llevan un susto

Pasó un buen rato sin que nada sucediera. Cara de Luna agudizó el oído.

—Alguien está subiendo por el Resbalón-resbaladizo —susurró—. Debe ser la ardilla roja.

—¡Espero que no sea un duende malvado! —dijo Fanny muy asustada.

Por suerte, era la ardilla roja. Salió del agujero del Resbalón-resbaladizo y los saludó.

—Todo va bien —sonrió—. Vienen los duendes. Encontré al señor Bigotes y salió a buscar a toda su familia. ¡Son cincuenta y uno!

—Será mejor que bajemos la soga —sugirió Cara de Luna, y la lanzó por el Resbalón-resbaladizo. De pronto la soga se tensó.

—¡Ya ha llegado uno de los duendes! —avisó Cara de Luna, y entre él y Tom tiraron de la soga hacia arriba. ¡Cómo pesaba! Tiraron con todas sus fuerzas, jadeando sin parar.

—Este duende debe estar muy gordo —dijo Tom, y cuál sería su sorpresa al ver que no era uno sino cinco duendes los que se habían colgado de la soga para subir. Dieron un salto para entrar en la pequeña habitación redonda de Cara de Luna, saludando a todos alegremente. Cara de Luna les contó todo lo de los duendes malvados, y sonrieron con malicia al oír el plan.

Lanzaron la soga otra vez hacia abajo, y esta vez subieron seis duendes. La habitación se estaba llenando. Pero a nadie le importaba.

—Tendremos que sentarnos unos encima de otros —se rió Tom.

Los duendes eran todos idénticos. Todos llevaban la barba igual de larga, excepto el señor Bigotes, cuya barba le llegaba hasta los pies.

Con la soga subieron a los cincuenta y un duendes. Ya no había quien se moviera. ¡Todos estaban muy alegres y susurraban tanto que parecía como si mil hojas temblaran a la vez!

—Ahora golpearé la puerta para decirles a los duendes malvados que les voy a dar las fórmulas mágicas que necesitan —decidió Cara de Luna—. En cuanto abran la puerta, todos vosotros salís y os lanzáis hacia ellos.

—Un momento, se me ha ocurrido una buena idea —dijo Tom de repente—: los traemos a esta habitación. Mientras tanto, uno de nosotros va y pone el cerrojo en la puertecita de abajo del Resbalón-resbaladizo. Y cuando bajen, pensando en escaparse, ¡caerán todos, uno encima de otro, hasta que abramos la puerta para sacarlos! ¡Entonces los haremos prisioneros!

—¡Qué buena idea! —exclamó el señor Bigotes—. Que dos duendes suban por la escalera que conduce a la nube para detener a cualquier duende malvado que trate de escaparse por allí. Seis de nosotros bajaremos por el Resbalón-resbaladizo hasta la

base del árbol, para que no puedan escaparse al bosque.

Los seis duendes bajaron, sentados en cojines, por el Resbalón-resbaladizo. Salieron disparados por la puertecita, y le pusieron el cerrojo por fuera. Rodearon la base del árbol, listos para detener a cualquier duende malvado que intentara escapar.

Los otros esperaron a que Cara de Luna llamara a los duendes malvados. Estaban muy alegres pero inquietos.

Cara de Luna golpeó la puerta. Un duende malvado le gritó:

—¡Deja de hacer ruido!

—¡Dejadme salir! —gritó Cara de Luna.

—¡No te dejaremos hasta que nos digas las fórmulas mágicas! —contestó el duende malvado.

—¡Conozco una fórmula mágica que convierte a las personas en reyes y reinas! —gritó Cara de Luna.

—Dila inmediatamente —ordenó el duende malvado.

—Está bien, abre la puerta —dijo Cara de Luna. Se oyó el sonido de la llave al girar y la puerta de la casa de Cara de Luna, que se abrió. Enseguida se abalanzaron todos los duendes, seguidos de Tom, Bessie y Fanny. Los duendes malvados, al ver a tanta gente, saltaron gritando a una parte más baja del árbol para advertir a sus amigos.

Dos duendes corrieron hacia la escalera y se sentaron allí para que ningún duende malvado pudiera escapar al país que estaba arriba. Tom, Cara de Luna, Bessie y Fanny bajaron rápidamente por el árbol para abrir la puerta a los demás. ¡Cómo se alegraron!

La señora Lavarropas estaba harta de estar encerrada.

—¡Les voy a dar una lección a esos duendes malvados! —gritó furiosa. Recogió su cubo y comenzó a lanzar agua a todos los duendes malvados que corrían por el árbol. ¡Qué susto les dio! Tom no pudo contener la risa.

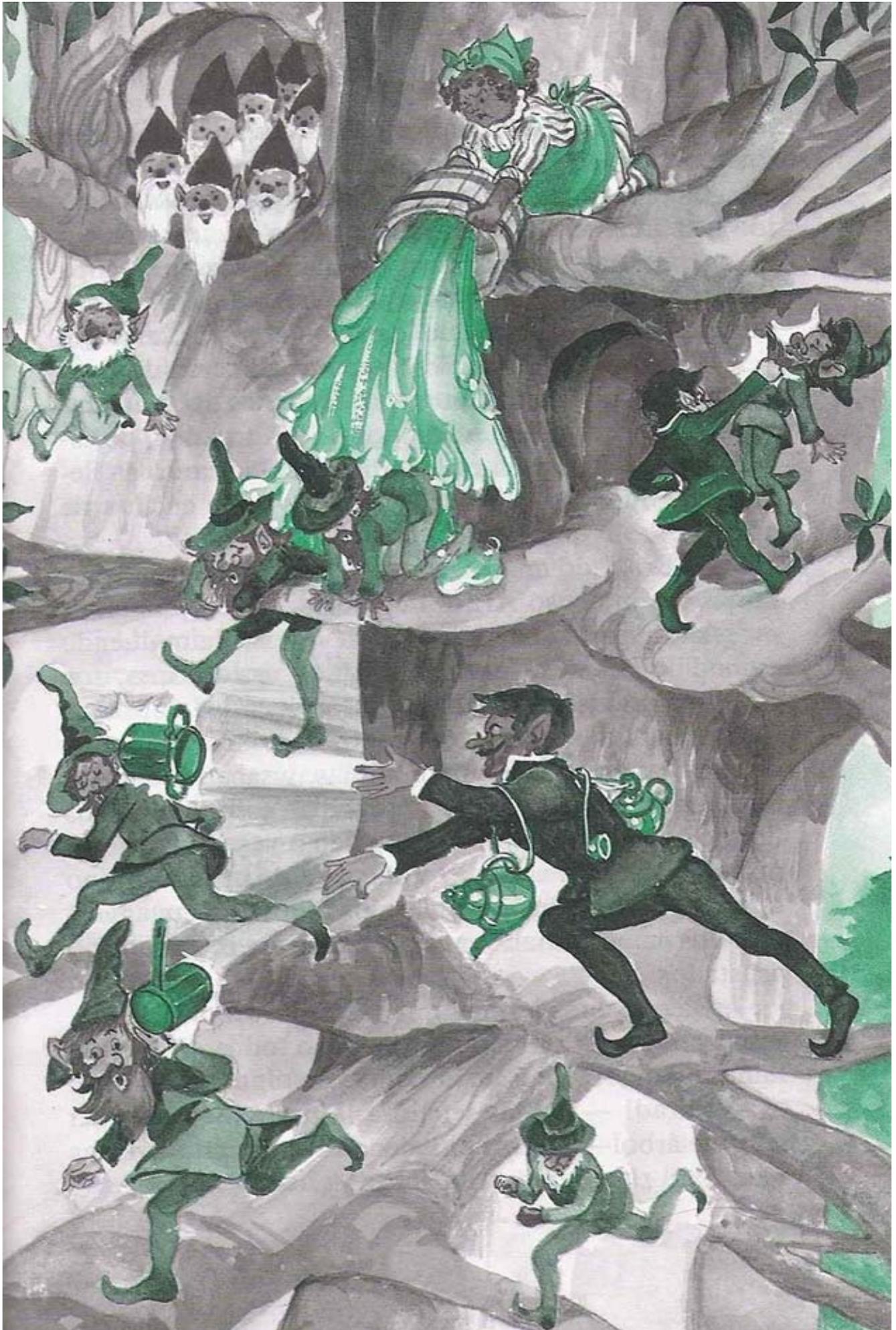
Abrió la puerta del señor Cómosellama, que también salió gritando enfurecido. Tras él salió Cacharros. El señor Cómosellama, con los puños cerrados, empezó a golpear a todos los duendes malvados que encontraba a su paso, como si estuviera sacudiendo alfombras.

Cacharros hizo algo sorprendente. Se quitó las cacerolas y cazos, y se los lanzó a los duendes malvados que intentaban escaparse. ¡Crac! ¡Bang! ¡Clone! ¡Qué buena puntería la suya! Fanny contemplaba la escena, boquiabierta.

Dejaron salir al búho, junto con otros tres búhos que vivían con él. Salieron volando hacia los duendes malvados, ululando muy fuerte. El duende Furioso estaba tan furioso que por poco le da un golpe a Tom cuando éste le abrió la puerta. A duras penas le pudo explicar que a quienes tenía que golpear era a los duendes malvados.

Bessie abrió la puerta a Seditas, que estaba atemorizada al oír tanto ruido. Pero

logró capturar a uno de los duendes malvados y lo ató con una cortina. Entre Seditas y Bessie subieron al duende malvado y lo empujaron a la habitación de Cara de Luna. Cuando el duende malvado encontró el Resbalón-resbaladizo, se deslizó muy contento, pensando que iba a escapar. Pero ¡pobre de él!, quedó atrapado abajo, junto a la puertecilla cerrada, y allí se quedó, sin poder moverse.



Lo mismo hicieron con los demás duendes malvados que capturaban. Éstos trataban de escaparse de los duendes, bajando por el árbol, hacia el bosque. Pero en cuanto veían a los seis duendes fuertes al pie del árbol subían de nuevo para escapar a su país, que estaba en la copa del árbol. Arriba, naturalmente, encontraban a los dos duendes en la escalera, que los empujaban hacia abajo.

Así que, uno por uno, iban a parar a la casa de Cara de Luna, donde Tom, con gran alegría, les daba un empujón para que entraran. Luego, todos trataban de escapar por el Resbalón-resbaladizo, que no tardó en llenarse de duendes malvados, apilados unos encima de otros.

Salió el sol de madrugada, iluminando las enormes ramas del inmenso Árbol Lejano.

—Ahora podemos ver si todavía queda algún duende escondido por entre las ramas —dijo Cara de Luna, que se estaba divirtiendo mucho. Él, los duendes y el señor Cómosellama buscaron por todos los rincones, detrás de cada rama y montículo de hojas, y sacaron a todos los duendes malvados que aún estaban escondidos. Los llevaron a la habitación de Cara de Luna y los lanzaron por el Resbalón-resbaladizo. Al cabo de un rato, ya no quedaba un solo duende malvado. Todos estaban amontonados en el Resbalón-resbaladizo, muy incómodos y asustados.

—¡Bien, hemos terminado! —suspiró Cara de Luna, satisfecho—. Ya los hemos atrapado a todos. ¡Huy, qué hambre tengo! ¿Qué tal si comemos algo?

—¡Mirad! —Seditas señaló a la parte más baja del enorme árbol—. Al Árbol Lejano le han salido ciruelas maduras. ¿Nos damos un festín?

—¡Estupendo! —aplaudió Cara de Luna—. Ardilla, ¿quieres ir a decirles a los seis duendes que están al pie del árbol que ya pueden subir? Vosotros, los duendes que estáis en la escalera, ya podéis bajar. Seditas, ¿nos preparas un chocolate caliente? Ciruelas con chocolate es un desayuno delicioso.

En cuanto se sentaron, un curioso personaje, delgado y cubierto de harapos, subió por el árbol. Sonreía como si los conociera a todos.

—¿Quién es éste? —preguntó enseguida Fanny.

—No lo sé —replicó Cara de Luna, mirándolo fijamente.

—A mí su cara me suena —comentó Bessie.

—Tiene una pinta muy rara —dijo Tom—. Parece un espantapájaros.

El hombre harapiento subió y se sentó sobre una rama cerca de donde estaban todos. Luego estiró la mano para que le dieran una taza de chocolate.

—¿Quién es usted? —preguntó Cara de Luna.

—¿Se puede identificar? —añadió Seditas.

—¿Que si puedo jugar? —contestó él sonriendo—. Huy, ya lo creo. ¿A qué quieres jugar?

Entonces todos cayeron en la cuenta de quién era. ¡Era Cacharros!, sin sus

cacerolas y sus cazos. Había lanzado todos sus trastos a los duendes malvados, y ahora no llevaba puesto ninguno.

—¡Cacharros! ¡No hay quien te reconozca! —el señor Cómosellma se acercó para abrazarlo—. ¡Qué raro estás! Anda, toma lo que te apetezca. ¿Qué quieres desayunar?

Cacharros parecía preocupado.

—¿Te has dañado el pulgar? ¡Oh, cuánto lo siento!

—No, no he dicho que me he dañado el dedo pulgar —dijo Cómosellma entre carcajadas, dándole palmadas en la espalda—. ¡Dije que qué quieres desayunar, DESAYUNAR!

—Oh, gracias —sonrió Cacharros, y se metió de un golpe dos enormes ciruelas en la boca.

—Y ahora —intervino Cara de Luna cuando todos terminaron de desayunar—, ¿qué hacemos con esos duendes malvados que están en el Resbalón-resbaladizo?

Un castigo merecido

—Ya es hora de que les demos un buen escarmiento a esos malvados duendes rojos —dijo el señor Bigotes, el jefe de los duendes, limpiándose la larga barba con un pañuelo amarillo. Se la había pringado con el jugo de las ciruelas.

En ese momento se llevaron una gran sorpresa. Tras ellos se oyó una voz profunda que decía:

—¡Aja! ¡Aquí hay una buena reunión! ¿Queréis venir conmigo a trabajar al País de los Magos?

Todos se dieron la vuelta, atemorizados. Vieron por encima de ellos a un personaje curioso, inclinándose hacia abajo desde una rama enorme. Era un mago, con ojos verdes que parpadeaban suavemente como los de un gato.

—¡Es el mago Poderoso! —exclamó Cara de Luna, y se levantó para hacerle una reverencia, porque el mago Poderoso era muy poderoso, como indicaba su nombre. Todos hicieron lo mismo.

—¿Quién es éste? —susurró Fanny.

—Es el mago más poderoso del mundo —respondió Seditas en voz baja—. Ha bajado por la escalera, lo que significa que el País de los Malvados Duendes Rojos ha desaparecido y ahora el país que está en la copa es el País de los Magos. Siempre están buscando sirvientes, y me imagino que Poderoso ha bajado a ver si encontraba alguno.

—Yo no serviré a ningún mago —se apresuró a decir Fanny.

—No, descuida —la tranquilizó Seditas—. No son personas malvadas. No se llevan a nadie a la fuerza. Sirve de entrenamiento para las hadas que quieren aprender más.

Poderoso parpadeó lentamente y miró al pequeño grupo de personas que tenía ante sí.

—Necesito cien sirvientes para llevarlos conmigo. ¿Quién quiere venir?

Todos se quedaron callados. Entonces Cara de Luna se volvió a levantar e hizo otra reverencia.

—Mago Poderoso —empezó—, ninguno de nosotros quiere dejar el Bosque Encantado porque aquí somos muy felices. Tal vez podáis encontrar a otros que quieran acompañaros. Os rogamos que no insistáis en llevarnos a ninguno de nosotros.

—Está bien —aceptó el mago, mirando con sus ojos verdes a cada uno de los allí presentes—, no tengo mucho tiempo. Mi país se irá del Árbol Lejano aproximadamente dentro de una hora. ¿Me podéis conseguir a los sirvientes que necesito? Si lo hacéis, no os llevaré a vosotros.

Todos tenían cara de preocupación, pero de pronto Tom, con una sonrisa

maliciosa, dio un salto.

—Mago Poderoso, ¿os servirían de sirvientes unos malvados duendes rojos?

—Por supuesto —sonrió satisfecho el mago Poderoso—. Son obedientes y veloces, pero los duendes malvados no aceptarán venir conmigo. Ellos tienen su propio país.

Cara de Luna, Cómosellama y Cacharros comenzaron a hablar al mismo tiempo. Poderoso alzó la mano para que se callaran.

—Que hable uno solo —ordenó.

—Señor —dijo entonces Cara de Luna—, tenemos unos cien duendes malvados atrapados dentro del tronco de este árbol. Trataron de hacernos prisioneros. Sería un buen castigo para ellos si vos os los llevarais como sirvientes a vuestro país.

—¡Cien duendes malvados! —exclamó asombrado el mago Poderoso—. Esto es muy extraño. Por favor, explicádmelo.

Cara de Luna le contó con todo detalle cuanto había sucedido. A Poderoso le interesó mucho la batalla.

—Iremos a la base del árbol y dejaremos que los duendes malvados salgan de uno en uno —sugirió Tom—. ¡Vamos! ¡Qué sorpresa se llevarán cuando vean al mago!

Todos bajaron del árbol, a la luz del cálido sol de la mañana. Estaban entusiasmados.

Llegaron a la puertecilla que estaba al pie del árbol. Dentro se oía un gran alboroto.

—¡No me empujes!

—¡Me estás aplastando!

Cara de Luna quitó el cerrojo y abrió la puertecilla. Un malvado duende rojo salió volando y cayó sobre un cojín verde de musgo. Se levantó, parpadeó por la brillante luz del sol, y se dio la vuelta para echar a correr. Pero Poderoso lo tocó con su varita y se quedó inmóvil, con cara de susto.

Los malvados duendes rojos fueron saliendo por la puertecilla uno a uno, y a todos los tocaba el mago con su varita. Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta...

Fanny se echó a reír. Era muy cómico.

—Se merecen este castigo, por ser tan malos —dijo Seditas—. Ellos bajaron por la escalera con la intención de atraparnos, y resulta que son ellos los que han sido atrapados. Poderoso se los llevará a su país.

Los malvados duendes rojos se pusieron en fila, muy tristes y compungidos.

—¡Rápido, en marcha! —ordenó el mago, cuando salió por la puertecilla el último, y todos obedecieron sin rechistar. De nada les serviría tratar de escaparse. El mago les hechizó las piernas, y tuvieron que ir a la copa del árbol y atravesar la enorme nube blanca para entrar en el País de los Magos.

—¡Qué bien que nos hemos deshecho de esa gentuza! —suspiró Tom—. ¡Qué noche más emocionante, lo he pasado de maravilla!

—¡Qué frío hace! —dijo Cacharros temblando.

—¿Frío? —se extrañaron Bessie y Fanny, que notaban el cálido sol de la mañana—. Pero si hace calor.

—Es que no lleva colgados sus cacerolas y sus cazos —explicó el señor Cómosellama—. Me imagino que le sirven de abrigo. ¡Pobre Cacharros!

—No me gusta sin sus cacerolas —dijo Fanny—. No parece él mismo. ¿No podríamos ir a recogerlas? Están tiradas en el suelo, y por todo el árbol.

Todos se ofrecieron a buscar los trastos de Cacharros. Él se alegró mucho al verse otra vez rodeado de sus cacerolas y sus cazos.

Por último le colocaron sobre la cabeza la que siempre usaba como sombrero. Algunas estaban abolladas y dobladas, pero a él no le importó.

—¡Así, muy bien! —sonrió Fanny, satisfecha—. Ahora sí que eres tú mismo. Estabas horrible sin tus cacerolas, como un caracol sin su conchita.

—Nunca he llevado una campanita —dijo Cacharros, tan sordo como siempre.

—He dicho CONCHITA. ¡Vaya error! —se rió Fanny.

—¿Olor? —Cacharros olfateó en derredor suyo—. Yo no huelo a nada. ¿Qué clase de olor, agradable o desagradable?

—Hablabas de una conchita —dijo Fanny con paciencia.

—Ah, una conchita. ¿Qué conchita? —preguntó Cacharros. Pero Fanny ya no se acordaba de lo que le había dicho. Sacudió la cabeza y se rió.

—¡No te preocupes! —gritó.

—Tenemos que irnos —dijo Tom—. Mamá ya estará despierta y se preguntará qué nos ha sucedido. ¡Cielos, qué sueño tengo! Chicas, vámonos.

Se despidieron de todos los habitantes del árbol y caminaron para salir del Bosque Encantado. Seditas regresó a su casa, preguntándose qué habría pasado con su reloj, que no había participado en la batalla. Lo encontraron profundamente dormido.

Cara de Luna regresó al árbol, bostezando. Cómosellama y Cacharros subieron por el tronco, pero estaban tan cansados que se durmieron antes de llegar a la casa, y el duende Furioso tuvo que acomodarlos en una rama ancha para que no se cayeran.

La señora Lavarropas también regresó a su casa, decidida a no lavar nada ese día. Pronto todo estuvo tranquilo en el árbol, y sólo se oyeron los ronquidos del señor Cómosellama.

Arriba, en la copa del árbol, en el País de los Magos, los malvados duendes rojos estaban trabajando duro. Recibieron un buen castigo, ¿no es así? La próxima vez no estarían tan dispuestos a hacer prisioneros a los demás.

Cuando los tres niños llegaron a casa, la madre los miró sorprendida.

—¡Qué pronto os habéis levantado hoy! —exclamó—. Pensé que todavía estabais

dormidos en vuestras camas. Me extraña mucho que hayáis salido a pasear antes del desayuno.

Durante el día los niños estuvieron muertos de sueño. ¡Aquella noche sí que se acostaron temprano!

—Esta noche no iré al Bosque Encantado ni al Árbol Lejano —dijo Tom al acostarse—. Estaremos unos días sin ir. Es demasiado emocionante.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que regresaran, como ya veréis.

El cumpleaños de Bessie

Una semana más tarde era el cumpleaños de Bessie. Estaba muy contenta porque su madre le había dado permiso para celebrar una pequeña fiesta.

—Invitaremos a todos nuestros amigos del Árbol Lejano —dijo con los ojos brillantes.

—¿Crees que deberíamos hacerlo? —Tom no estaba muy convencido—. Creo que a mamá no le agrada la señora Lavarropas, ni el señor Bigotes, ni el duende Furioso.

—Pero no podemos invitar a unos sí y a otros no —comentó Bessie—. Los que no invitemos se sentirán muy dolidos.

—Es difícil —reconoció Fanny—. Se lo preguntaremos a Cara de Luna y a Seditas, a ver qué nos aconsejan.

Pero la madre no permitió que las dos niñas acompañaran a Tom ese día. Dijo que había mucha ropa para planchar y que tenían que ayudar en casa.

—¡Qué fastidio! —le dijo Fanny a Tom—. Tom, tendrás que ir solo. Preguntamos a Cara de Luna y a Seditas cómo podemos hacer la fiesta. No tardes mucho, o nos preocuparemos. Y por favor, no subas a ningún país extraño sin nosotras.

—¡No os preocupéis! —las tranquilizó Tom—. No volveré a visitar ningún otro país que esté en la copa del Árbol Lejano. Creo que he tenido suficientes aventuras para el resto de mi vida.

Echó a andar. Corrió por el Bosque Encantado hasta llegar al Árbol Lejano. Hacía calor esa tarde y no había muchas personas fuera.

Como el sol calentaba con tanta fuerza, no le apetecía subir, así que silbó y la pequeña ardilla roja acudió enseguida a su llamada.

—Ardilla, ¿podrías subir a la copa del árbol para pedirle a Cara de Luna que lance una soga con un cojín, para que yo suba? —preguntó Tom amablemente.

La ardilla subió dando brincos. No tardó en bajar por el árbol una soga, con un cojín atado a la punta. Tom la agarró, se sentó en el cojín y tiró de la soga. Comenzó a subir por el árbol, golpeándose en las ramas.

Fue un viaje gracioso, del que Tom disfrutó. Saludó con la mano al duende Furioso, que estaba sentado a la entrada de su casa. Él miró sorprendido a Tom, pero sonrió al ver quién era. Los búhos estaban dormidos en sus casas. El señor Cómosellama, por primera vez, estaba despierto, y se cayó de la silla al ver a Tom balancearse en el aire, por entre las ramas.

En cuanto lo reconoció, se puso tan contento que se cayó de donde estaba y fue a dar contra Cacharros, que estaba debajo, durmiendo en una hamaca.

—¡Aaaay! —gritó Cacharros—. ¿Qué sucede? ¿Por qué saltas así sobre mí?

—No he saltado —le aclaró el señor Cómosellama—. ¡Mira a Tom subiendo!

—¿Yendo? No me quiero ir —Cacharros se acomodó de nuevo—. No seas tan inquieto.

—¡Dije que por ahí va Tom! —gritó el señor Cómosellama.

—¿Dónde? —preguntó Cacharros sorprendido, buscando por todos lados. Pero Tom ya había subido mucho más, y se reía de lo graciosos que eran el señor Cómosellama y Cacharros.

El señor Cómosellama se acomodó en la tumbona y cerró los ojos. No tardó mucho en roncar. Se oían sus ronquidos hasta donde estaba Tom, muy arriba. Tom esperaba que Seditas lo viera y que subiera a la casa de Cara de Luna, a charlar. Olvidó protegerse del agua de la señora Lavarropas, pero esta vez no le cayó encima a él sino al pobre señor Cómosellama, quien soñó que se había caído al mar desde un barco.

Seditas vio a Tom, y le saludó con la mano. Rápidamente se dirigió a la casa de Cara de Luna. Cuando llegó Tom, se estaba bajando del cojín.

—¡Hola! —saludaron Cara de Luna y Seditas, muy sonrientes—. ¿Dónde están Bessie y Fanny?

Tom les contó los planes para el cumpleaños de Bessie, y la dificultad que tenía para invitar a algunas personas.

—Nos gustaría que vinieran todos —dijo Tom—, pero sabemos que algunos no le caerán simpáticos a nuestra madre. ¿Qué hacemos?

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —exclamó Seditas de pronto—. La próxima semana el País de los Cumpleaños vendrá a la copa del Árbol Lejano, y todos los que cumplen años podrán ir para dar una maravillosa fiesta a sus amigos. ¡Sería maravilloso! La última vez que vino el País de los Cumpleaños, nadie cumplía años, así que no pudimos subir. Pero esta vez Bessie puede invitarnos a todos.

—Me parece muy bien —sonrió Tom—. Yo, desde luego, no querría subir otra vez a uno de esos países extraños, en los que siempre vivimos aventuras desagradables. Hasta ahora siempre hemos escapado, pero quién sabe la próxima vez.

—No te sucederá nada desagradable en el País de los Cumpleaños —le aseguró Cara de Luna—. Es un país maravilloso. ¡Tenéis que ir! No podéis perder esa oportunidad.

—Está bien —aceptó Tom, muy entusiasmado—. Se lo diré a las niñas en cuanto llegue a casa.

—Y nosotros se lo diremos a todos los que viven en el árbol, y también al señor Bigotes y a sus duendes —añadió Seditas—. A Bessie le gustaría que todos fueran, ¿no es así?

—¡Por supuesto! —afirmó Tom—. Pero ¿qué hay que hacer? Quiero decir que si tendremos que preparar la merienda o alguna otra cosa. ¿Y qué pasará con la tarta? Fanny iba a hacer una para Bessie.

—Dile que no la haga —dijo Seditas—. Encontrará todo lo que necesite en el País de los Cumpleaños. ¡Qué suerte tenemos! ¡Qué bien, tener un cumpleaños cuando llega el País de los Cumpleaños!

—El cumpleaños de Bessie es el miércoles —dijo Tom—. Subiremos al árbol entonces. Bueno, tengo que irme. Les dije a las niñas que no me retrasaría.

—¿Quieres un caramelo gafe? —preguntó Cara de Luna.

—No, gracias —contestó Tom—. Prefiero una galleta que estalla.

Se sentaron a comer las galletas y recordaron la emocionante aventura que tuvieron con los malvados duendes rojos.

—Bueno, hasta pronto —Tom se levantó para despedirse. Escogió un cojín rojo, dijo adiós a Cara de Luna y a Seditas, y salió disparado por el Resbalón-resbaladizo. Tom pensó cuánto le gustaría quedarse un día entero en el Resbalón-resbaladizo. ¡Era tan agradable! Salió volando por la puertecilla y cayó sobre el musgo. Luego se levantó y echó a correr hacia la casa.

Las chicas se alegraron al ver que regresaba tan pronto. Cuando oyeron lo del País de los Cumpleaños, se pusieron aún más contentas.

—¡Qué maravilla! —Bessie estaba roja de la alegría—. ¡Qué suerte tengo! ¿Crees que habrá una tarta para mí?

—¡Por supuesto! —exclamó Tom—. Y me imagino que muchas cosas más.

—Tendremos que decírselo a mamá —dijo Fanny—. A lo mejor no nos deja ir.

La madre les dio permiso, encantada.

—Será una broma de cumpleaños que vuestros amigos del bosque os quieren gastar —sonrió—, pero id si os apetece. Nuestra casa es demasiado pequeña para recibir a tanta gente.

—Me pondré mi mejor vestido —dijo Bessie contenta—, el que mamá me hizo la semana pasada, que tiene una cinta azul.

Pero la madre no se lo permitió.

—No. Todos iréis con la ropa vieja. Recuerdo muy bien cómo regresasteis cuando fuisteis a tomar el té con ese extraño amigo vuestro, Cacharros. Por supuesto que no voy a consentir que estropeéis vuestra ropa buena el próximo miércoles.

Bessie estaba a punto de echarse a llorar.

—Pero, mamá, no puedo ir a mi cumpleaños con ropa vieja —se quejó, pero no le sirvió de nada. La madre dijo que o se ponían esa ropa o no iban. No hubo forma de convencerla.

—No sé lo que pensarán de nosotros si vamos al País de los Cumpleaños con esa pinta —Tom se puso muy triste—. Estoy pensando en no ir.

Pero cuando llegó la tarde del miércoles todos cambiaron de opinión. Irían de todas formas, no importaba cómo fueran vestidos.

—¡Vamos! —gritó Tom—. ¡Es hora de ir al País de los Cumpleaños!

El país de los Cumpleaños

Los chicos fueron una vez más al Bosque Encantado. Ya conocían muy bien el camino hacia el Árbol Lejano.

—«¡Uich-uich-uich!» —susurraron los árboles, mientras los chicos corrían entre ellos. Bessie pegó el oído a un tronco.

—¿Qué secreto quieres contarnos hoy? —preguntó.

—Te deseamos feliz cumpleaños —susurraron las hojas. Bessie se rió. ¡Qué divertido era cumplir años!

—Cuando llegaron al Árbol Lejano, vieron que estaba precioso, todo decorado con banderas que los habitantes del árbol habían colgado en honor de Bessie.

—¡Oooh! —Bessie se quedó boquiabierta—. Qué contenta estoy. Lástima que no lleve un vestido de fiesta en lugar de esta ropa vieja.

Pero eso no ya no tenía remedio.

Cuando se disponían a subir, la enorme cesta de la señora Lavarropas descendió atada a la soga de Cara de Luna, para que los chicos subieran.

—Estupendo —aplaudió Tom—. Chicas, subid.

Todos se montaron y fueron subiendo por el árbol, muy deprisa.

—Alguien debe estar ayudando a Cara de Luna —comentó Tom.

Así era. El señor Bigotes, el señor Cómosellama y Cacharros tiraban furiosamente de la soga. ¡Con razón la cesta subió disparada!

—Felicidades —gritaron todos, y dieron un beso a Bessie.

—¡Me parece muy bien que hayáis venido con esa ropa! —sonrió Cara de Luna—. Nos preguntábamos si haríais una fiesta de disfraces.

—¡A mí me gustaría mucho! —dijo Bessie—. Pero no tenemos disfraces.

—Podemos conseguirlos fácilmente en el País de los Cumpleaños —aplaudió Seditas, entusiasmada—. ¡Qué bien, qué alegría! Me encantan las fiestas de disfraces.

—Ya estamos listos —dijo Cara de Luna—. Los duendes están debajo de nosotros. ¿Dónde está Cacharros? Oye, Cacharros, ¿dónde te has metido?

—Sin querer se cayó por el Resbalón-resbaladizo —señaló un duende, que salía de casa de Cara de Luna—. ¡Menudo ruido hizo! Me imagino que ya habrá llegado abajo.

—¡A Cacharros siempre le pasan esas cosas! —se rió Cara de Luna—. Será mejor que le lancemos la cesta, o nunca subirá.

Cacharros se metió en la cesta y subió por el árbol en medio del estruendo de sus cazos y cacerolas.

—¿Estáis todos preparados? —preguntó Cara de Luna—. Seditas, Cómosellama, Cacharros, duende Furioso, señora Lavarropas, señor Bigotes, duendes...



—¡Qué agradables son todos! —sonrió Bessie, mientras veía subir a todos los duendes y habitantes del Árbol Lejano—. ¿Es ésa la señora Lavarropas? ¡Qué simpática!

La señora Lavarropas lucía una amplia sonrisa. Por una vez no llevaba su pila de lavar. ¡Ir al País de los Cumpleaños era algo que no se podía perder!

—Vamos —Cara de Luna subió la escalera. Fue hasta arriba, metió la cabeza para asegurarse de que era el País de los Cumpleaños, y entró de un salto.

Todos fueron tras él.

—Creo que estamos todos —dijo Cara de Luna mirando hacia abajo—. Ah, no, falta alguien. ¿Quién es? Pensé que no faltaba nadie.

—¡Ahí va! ¡Pero si es mi reloj! —exclamó Seditas—. ¡El que traje del País de Toma Loquequieras!

—«¡Ding-dong-ding-dong!» —sonó, muy indignado, mientras subía con sus pies planos.

—¡Está bien, está bien, te esperaremos! —suspiró Seditas—. Sube la escalera despacio. Ya sabes que nadie te ha invitado.

—Huy, lo siento. Me encantaría que tu reloj viniera a mi fiesta —se apresuró a decir Bessie—. Reloj, ven.

—«Ding-dong» —se alegró el reloj, y al fin logró subir la escalera.

El País de los Cumpleaños era encantador. Para comenzar, siempre había un clima digno de un cumpleaños: sol brillante, cielo azul y brisa suave. Las hojas de los árboles siempre estaban verdes, y los campos sembrados de margaritas y amapolas.

—¡Qué bonito, qué lindo! —exclamó Bessie saltando de alegría—. Cara de Luna, ¿dónde están los disfraces? ¿dónde podemos conseguirlos?

—Ah, sí, los encontraréis en aquella casa —señaló Cara de Luna. Todos caminaron en esa dirección. Mientras tanto, pequeños conejos de color marrón salían de sus madrigueras y decían a Bessie: ¡Feliz Cumpleaños! Luego se volvían a meter. Todo era muy agradable.

Entraron en la preciosa casita. Había muchos armarios, llenos de los disfraces más divertidos y originales.

—¡Huy, fijaos! —exclamó Tom, muy sonriente, al ver un disfraz de indio, con un exquisito tocado de plumas brillantes—. ¡Y es justamente de mi talla!

Bessie escogió un disfraz de hada, y Fanny uno de payaso con un sombrero puntiagudo. Estaba graciosísima.

Cara de Luna se disfrazó de pirata y Seditas de flor de narciso. Cómo sellama de policía, y Cacharros no pudo encontrar un disfraz que le quedara bien, porque los cazos y cacerolas abultaban mucho.

¡Qué bien les sentaba a todos el disfraz! El de Bessie tenía alas, pero ella se llevó una desilusión al ver que no le servían para volar.

—¡Ahora, a buscar los globos! —gritó Seditas, echando a correr a pleno sol hacia donde estaba sentada una mujer rodeada por una nube de globos de todos los colores. Cada uno escogió el color que más le gustaba, ¡y cómo se divertieron jugando!

Entonces sonó la campana para tomar el té, y Cara de Luna dio un grito de alegría.

—¡El té! ¡El té para festejar el cumpleaños! ¡Venid todos!

Corrió hacia una mesa muy larga que estaba situada en el campo. Bessie se sentó presidiendo la mesa. Pero cuál sería su sorpresa al ver que no había nada de comida; sólo platos, vasos y tazas.

—¡No te pongas triste! —le susurró Seditas—. ¡Tienes que pedir un deseo y tendrás lo que quieras!

Bessie se puso muy contenta. ¡Pedir un deseo! ¡Eso sería lo más divertido del mundo!

—¡No pidas pan con mantequilla! —le aconsejó Cara de Luna—. Pide un pudín de naranja. ¡A mí me encanta!

—¡Deseo pudín de naranja! —dijo Bessie enseguida. Al momento uno de los platos apareció lleno de pudín de naranja. Cara de Luna se sirvió un buen trozo.

—¡Pide fresas con nata! —exclamó Fanny, que estaba deseando tomarlas.

—¡Deseo fresas con nata! —dijo Bessie, y apareció un enorme plato de fresas, junto con una jarra inmensa llena de nata—. Y también deseo galletas de chocolate, y limonada con hielo, y pudín de chocolate, y helado de fresa, y, y, y...

—¡Ensalada de frutas! —se oyó decir a alguien.

—¡Bocadillos de salchicha! —gritó el señor Cómosellama.

—¡Tarta rellena de mermelada! —rogó el señor Bigotes.

—«¡Ding-dong-ding-dong!» —sonó el reloj de Seditas con el mayor entusiasmo. Todos se rieron.

—¡No pidas un ding-dong! —dijo Tom—. Tenemos muchos mientras esté aquí el reloj de Seditas.

El reloj dio catorce campanadas sin detenerse. Comenzó a caminar por todos lados, muy alegre.

Todos empezaron a comer. ¡Qué merienda tan maravillosa! Las fresas con nata y el helado se acabaron enseguida, porque al señor Bigotes y a los cincuenta duendes les gustaba mucho. Bessie tuvo que pedir más deseos.

—¿Dónde está la tarta? —le preguntó a Seditas—. ¿También tengo que pedirla formulando un deseo?

—No. Viene por sí sola —le explicó Seditas—. Aparecerá en el centro de la mesa. Observa.

Entonces Bessie vio que había una bandeja maravillosa de plata en el centro de la mesa, con una curiosa niebla sobre ella.

—¡Ya está aquí la tarta de cumpleaños! —gritó Tom, y todos miraron la bandeja de plata. Poco a poco se formó una enorme tarta, exquisita, bañada con nata de color rojo, rosa, blanco y amarillo. Por los lados había flores de confitura, y en medio ocho velas encendidas, porque Bessie cumplía ocho años. Unas grandes letras decían: «BESSIE: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!»

Bessie estaba muy emocionada. Tuvo que cortar la tarta, naturalmente. Fue un trabajo difícil, porque había muchos invitados.

—¡Ésta es una tarta de deseos! —le explicó Cara de Luna, una vez que todos quedaron servidos—. Así que pedid un deseo. Pedid mientras coméis, y vuestro deseo se cumplirá.

Los chicos miraron boquiabiertos. No se les ocurría ningún deseo. Fanny tenía la tarta en la mano, pensando en lo que pediría, cuando Cacharros lo estropeó todo. ¿Qué creéis que hizo?

La pequeña isla perdida

—¿Qué vas a desear? —le preguntó Cara de Luna a Cacharros, que estaba a punto de morder su pedazo de tarta.

—¿Pescar? —dijo Cacharros entusiasmado—. ¡Sí, me encantaría pescar! Cuánto desearía que todos estuviésemos en medio del mar pescando hermosos peces.

¡Vaya un deseo que fue a formular! En ese momento mordió su tarta de los deseos, porque no había oído bien a Cara de Luna.

De todos modos, el deseo se cumplió al instante. Sopló el viento, y levantó a todos los invitados de la mesa. Sentados en sus sillas, fuertemente agarrados, volaron muchos kilómetros por el aire.

¿Qué era aquello? Las sillas volaron hacia abajo en medio del fuerte viento. Una ola de agua salada los empapó. Tom miró hacia abajo, jadeando. ¡Clonc! Todos aterrizaron en la suave arena, se cayeron de sus sillas, y se pusieron de pie, parpadeando sorprendidos.

Los duendes de las barbas largas estaban asustados. Cara de Luna estaba tan asombrado que abría y cerraba la boca como un pez. Tom estaba enfadado, lo mismo que el duende Furioso.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la señora Lavarropas a media voz—. ¿Por qué hemos venido a parar aquí?

—¡Mirad todas esas cañas de pescar! —señaló Seditas. Había una fila de cañas de pescar colocadas en la arena, con los sedales en el agua.

—¡Nos están esperando! —se quejó Cara de Luna—. El tonto de Cacharros no oyó que dije desear, y no pescar, y formuló el deseo de venir a pescar al mar.

—¡Ay! —gritó Bessie—. Entonces, ¿dónde estamos?

—Creo que estamos en la pequeña Isla Perdida —contestó Seditas mirando en derredor suyo—. Es un lugar extraño, que siempre va flotando y perdiéndose. Pero todo el tiempo hay buena pesca.

—¡Pescar! —Tom hizo una mueca—. ¿Quién quiere pescar en una fiesta de cumpleaños? Vámonos de aquí ahora mismo.

—«Ding-dong-ding-dong» —sonó el reloj de Seditas mientras caminaba por la orilla del mar y se mojaba los pies.

—¡Reloj, regresa! —dijo Seditas—. Sabes muy bien que no puedes nadar.

El reloj regresó adonde estaban los otros y se secó los pies, que se había mojado en el césped que por allí crecía. Bessie pensó que era un reloj muy inteligente, y deseó tener uno igual.

—Tenemos que encontrar la forma de regresar al País de los Cumpleaños —Tom se puso de pie y miró la pequeña isla—. ¿Qué podemos hacer? ¿Habría algún barco por aquí?

No había nada más que las cañas de pescar. Nadie las tocó, porque no sentían deseos de pescar. La pequeña Isla Perdida no era más que unas pequeñas colinas con césped verde.

—En realidad no sé qué hacer —dijo Cara de Luna, frunciendo el ceño—. ¿Y tú, señor Bigotes?

El señor Bigotes estaba disfrazado de Papá Noel. Era un disfraz muy apropiado para su larga barba. Se frotó la nariz mientras pensaba y después sacudió la cabeza.

—El problema está en que no hemos traído nuestra magia —se lamentó—, porque todos estamos con disfraces y hemos dejado nuestra ropa en el País de los Cumpleaños. Y los conjuros y la magia los tenemos guardados en los bolsillos.

—Bueno, al menos no nos moriremos de hambre —comentó el señor Cómosellama—. Podemos pescar.

—Sí pero comer pescado, y nada más que pescado durante toda la vida... —Tom puso cara de asco—. Cuando pienso en todas las cosas deliciosas que Bessie había deseado, y ahora nadie podrá comérselas. Es como para echarse a llorar.

Fanny tenía algo en la mano y lo levantó para ver lo que era. Era un pedazo de tarta de cumpleaños. ¡Qué bien! Por lo menos podía comer tarta. Se metió la deliciosa tarta en la boca y la mordió.

—¿Qué comes? —preguntó Cara de Luna, inclinándose para ver.

—Un poco de tarta de cumpleaños —contestó Fanny con la boca llena.

—¡No te la comas! ¡No te la tragues! —gritó de pronto Cara de Luna, saltando alrededor de Fanny como si se hubiera vuelto loco—. ¡Espera!

Fanny lo miró asombrada, al igual que todos los demás.

—¿Qué le pasa a Cara de Luna? —preguntó Seditas, preocupada. Fanny dejó de masticar y miró sorprendida a Cara de Luna.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Fanny, recuerda que es una tarta de los deseos! —gritó Cara de Luna, saltando primero sobre una pierna y luego sobre la otra—. ¡Formula un deseo, formula un deseo!

—¿Qué deseo formulo? —preguntó Fanny.

—¡Desea que volvamos al País de los Cumpleaños! —gritaron todos a coro.

—¡Huy, no se me había ocurrido! ¡Deseo que todos estemos de vuelta en el País de los Cumpleaños, comiendo la merienda!

De repente se hizo una oscuridad total. Esta vez no hubo viento. Cara de Luna le dio la mano a Seditas.

Entonces volvió la luz, y todos dieron un grito de alegría. ¡Estaban otra vez en el País de los Cumpleaños, sentados a la mesa, con la misma comida deliciosa de antes!

—¡Hurra! —gritaron todos, sentándose al instante. Sonrieron, muy agradecidos, por haber podido regresar de la pequeña Isla Perdida.

—¡Qué aventura más extraña! —suspiró Tom, sirviéndose un enorme pedazo de tarta de los deseos—. Por favor, tened cuidado con vuestros deseos, no queremos más aventuras de esa clase en nuestra fiesta.

—¡Deseo volar con estas alas! —dijo Bessie mientras comía su tarta. De repente las alas de plata se extendieron, y ella echó a volar como una enorme mariposa. ¡Qué sensación más agradable!

—¡Miradme, miradme! —exclamó, y todos la miraron. Fanny la llamó.

—No te vayas lejos, Bessie. ¡Quédate por aquí!

Bessie no tardó en regresar a la mesa; tenía las mejillas rojas, de la emoción. Éste era el cumpleaños más divertido que jamás había tenido.

Todos formularon su deseo, excepto Cacharros, que ya había desperdiciado el suyo. A Fanny también se le había cumplido ya el deseo, y parecía muy triste por haberlo perdido. Entonces Cara de Luna le susurró al oído:

—No estés triste. Dime lo que deseas y yo lo pediré. Yo no voy a pedir un deseo para mí.

—¿Lo dices en serio? ¡Oh, Cara de Luna, qué bueno eres! —exclamó Fanny—. Me gustaría una muñeca que hable y ande.

En ese momento Seditas señaló hacia atrás con cara de sorpresa. Todos miraron. Caminando sobre sus pequeñas piernas, venía una muñeca, con un precioso vestido azul y una bolsa en la mano. Se acercó a Fanny y la miró.

—¡Oh! ¡Eres una muñeca preciosa! —exclamó Fanny, emocionada, y la puso sobre sus rodillas. Entonces la muñeca la abrazó y dijo:

—Soy tuya. Soy tu muñeca. Me llamo Peronel.

—¡Qué nombre más bonito! —Fanny la abrazó con ternura—. Peronel, ¿qué llevas en esa bolsa?

—Toda mi ropa —la muñeca abrió la bolsa. Dentro llevaba camiones, un vestido para fiestas, un abrigo, un impermeable, petos, jerseys y otras prendas. Fanny estaba loca de alegría.

—Tom, ¿qué has pedido? —preguntó Bessie. Tom miraba por todos lados como si esperara que algo sucediera en cualquier momento.

—He pedido un poney para jugar. ¡Oh! ¡Mirad! ¡Allí viene! ¡Qué bonito es!

Llegó trotando un pequeño poney negro, con una mancha blanca en la frente y sus cuatro patas blancas. Fue directamente hacia Tom.

—¡Mi propio poney! —exclamó encantado el chico—. ¡Déjame montarte! Te voy a llamar Negrito.

Saltó sobre el poney y juntos galoparon por el País de los Cumpleaños.

—¡Ahora los juegos! —gritó Cara de Luna, dando saltos. Al decirlo, desapareció la mesa y se escuchó una música.

—¡El juego de las sillas! ¡El juego de las sillas! —gritó Seditas, e inmediatamente

unas sillas se colocaron en una larga fila—. ¡Venid todos!

Vuelta a casa

La fiesta continuó mucho tiempo. El juego de las sillas fue muy divertido porque, en lugar de que alguien quitara una silla, la última silla se iba caminando y observaba el juego desde un lado.

Seditas ganó. Era muy rápida y ágil. Cuando se sentó en la última silla, quedando eliminado Cara de Luna, llegó volando por el aire una enorme caja de bombones. Se puso muy contenta.

—¡Comed uno! —les ofreció a todos, abriendo allí mismo la caja. Mientras comían contemplaron algo asombroso.

—¡Mirad! —Cara de Luna por poco se atraganta—. ¿Qué es eso que viene por allí?

Todos miraron. Una muchedumbre corría hacia ellos. ¿Qué pensáis que eran?

—¡Galletas! —gritó el señor Cómosellama, saltando de la silla—. ¡Galletas de todos los colores, que corren hacia nosotros, y dentro llevan sorpresas!

Eran unas galletas muy divertidas. Corrían sobre sus piernecitas, esquivando todos los obstáculos para evitar que las capturaran. Todos echaron a correr tras ellas, gritando y riendo, hasta que cayeron en sus manos, una por una. Cuando las abrían, ¡qué sorpresas encontraban dentro!

—A mí me ha salido un broche en forma de muñeca —Fanny lo lucía con orgullo.

—Yo también quiero uno —dijo la muñeca.

—En ese caso tendrás que atrapar una galleta, Peronel —contestó Fanny, y cómo se rió cuando vio a la muñeca perseguir a una galleta roja. Al final Peronel atrapó una y la llevó adonde estaba Fanny. Dentro había un broche en forma de osito, y Peronel se puso muy contenta.

Tom encontró un silbato de plata en su galleta. Sonaba como el canto de un mirlo. Estaba muy satisfecho con su silbato. Cara de Luna también encontró un silbato, que sonaba como el maullido de un gato. En cuanto lo oyó Cacharros, se puso a buscar gatos. Cara de Luna, como era muy travieso, se puso a tocarlo detrás de Cacharros y se rió hasta que se le saltaron las lágrimas al ver cómo gritaba:

—¡Gato! ¡Gato! ¡Gato!

Lo buscaba debajo de las mesas y de las sillas.

El reloj de Seditas también quería una galleta. Así que echó a correr detrás de una, y saltó sobre ella para atraparla. La sostuvo con sus pies hasta que Seditas llegó para abrirla. ¿Qué pensáis que había dentro? ¡Una lata pequeña de pasta para pulir, envuelta en un paño!

—¡Justo lo que necesitaba para limpiarte! —dijo Seditas muy contenta. El reloj también estaba muy alegre. Dio veintidós campanadas seguidas, y asustó a la

muñeca.

Después jugaron al escondite. Inmediatamente aparecieron toda clase de arbustos y árboles para que se escondieran. Verdaderamente el País de los Cumpleaños era el lugar más maravilloso que habían visto en su vida.

Luego jugaron a recoger las nueces para llevarlas al seto, y aparecieron dos enormes árboles llenos de nueces y una línea larga de setos llena de flores aromáticas. Era un juego muy entretenido.

Mientras jugaban, apareció una enorme morera, y los chicos corrieron como locos a comerse las moras. Nunca sabían lo que iba a suceder, pero podéis estar seguros de que todo era muy divertido.

Después jugaron a las carreras, y vieron llegar unos coches pequeños, listos para la competición. Cada uno se subió al coche que más le gustaba. Hasta había un coche pequeño para la muñeca Peronel, y otro para el reloj de Seditas, quien participó emitiendo sin parar un alegre ding-dong.

Cacharros ganó la carrera, aunque varias cacerolas se le cayeron por el camino. Cara de Luna le entregó una caja de dulces que apareció para el ganador.

—¡Enhorabuena! ¡Has logrado vencer!

—¿Correr? ¡Está bien, correré! —dijo Cacharros, y echó a correr, para demostrar lo rápido que podía correr si se lo proponía. ¡Menudo alboroto armó con sus cacerolas y sus cazos!

—¡La cena, la cena! —señaló Cara de Luna. Habían crecido unos cien hongos, y sobre ellos aparecieron jarras de deliciosas bebidas de toda clase, y tartas, pudines y frutas. Junto a esos hongos salieron otros más pequeños.

—¡Son los asientos! —exclamó Seditas, ocupando uno de ellos para servirse una bebida de bellotas—. ¡Qué hambre tengo! ¡Venid todos!

Bessie bajó volando por el aire. Le encantaba volar. Fanny se acercó corriendo con su muñeca, que la seguía a todos lados, con una débil vocecilla. También se acercó Tom, galopando en su poney. Todos estaban felices.

Se hizo de noche, pero a nadie le importó, porque aparecieron unos farolillos en todos los árboles y arbustos. Mientras comían, se oyó un ¡bang-bang-bang!

Peronel abrazó a Fanny, asustada. El reloj de Seditas trató de subirse a sus rodillas, pero ella lo empujó.

—¿Qué es eso? —Tom acarició a su poney para que no se asustara.

—¡Fuegos artificiales! ¡Fuegos artificiales! —gritó el duende Furioso—. ¡Mirad! ¡Mirad!

Gran cantidad de cohetes lanzaban estrellas multicolores. Era un espectáculo grandioso, digno de ver.

—¡Qué bien me lo he pasado en este cumpleaños! —suspiró Bessie, muy feliz, mientras batía sus grandes alas y contemplaba las ráfagas de luz—. Cosas deliciosas

para comer, deseos que se cumplen, juegos divertidísimos, galletas con sorpresas y ahora fuegos artificiales.

—Tenemos que irnos a medianoche —dijo Cara de Luna, empujando al reloj de Seditas, que estaba intentando sentarse en el mismo hongo que él.

—¿Cómo sabremos cuándo es medianoche? —preguntó Fanny, pensando que ya era hora de acostar a su muñeca.

No tardó en enterarse ya que a medianoche el reloj de Seditas se puso en pie y dio doce campanadas fuertes.

—«¡Dong-dong-dong-dong-dong-dong-dong-dong-dong-dong!»

—¡Id a la escalera! ¡A la escalera! —gritó entonces Cara de Luna, metiendo prisa a todo el mundo—. ¡El País de los Cumpleaños desaparecerá pronto!

Todos llegaron hasta la escalera y bajaron apresuradamente. Después llegó el momento de la despedida. Los duendes tomaron cojines y se deslizaron por el Resbalón-resbaladizo. El señor Bigotes se pilló la barba en el sofá de Cara de Luna y casi se lo lleva por el Resbalón-resbaladizo. Menos mal que Cara de Luna lo detuvo a tiempo y le desenganchó la barba.

—¿Qué hago con mi poney? —preguntó Tom preocupado—. Cara de Luna, ¿crees que podrá bajar por el Resbalón-resbaladizo?

—No puede bajar por el árbol, y tampoco le gustará bajar dentro de la cesta —reflexionó Cara de Luna. Así que colocaron al poney en un cojín y bajó deslizándose, muy asustado.

Fanny se deslizó con la muñeca, medio dormida, en su regazo. Bessie se quitó las alas y las dobló. No quería que se le estropearan. Quería usarlas todos los días. Estaba encantada con ellas.

El poney cayó sobre el cojín de musgo sin hacerse daño y Tom lo montó. Estaba muy oscuro el bosque, pero no tardó en salir la luna, alumbrándoles el camino hacia casa.

—¡Adiós! —los despidió Cara de Luna desde la copa del árbol—. ¡Hemos pasado una tarde estupenda!

—¡Adiós! —Seditas agitó la mano.

—«¡Ding-dong!» —sonó el reloj, que se caía de sueño.

—¡Id con cuidado! —gritó el señor Cómosellama.

Cara de Luna tocó su silbato, y se rió al oír a Cacharros:

—¡Gato, gato, gato! ¿Dónde está ese gato?

—«¡Slich-sloch-slich-sloch!»

¿La señora Lavarropas ya estaba lavando de nuevo? Tom esquivó el agua con su poney y las niñas echaron a correr para apartarse del árbol. Al señor Bigotes le cayó toda el agua, porque se quedó allí, y se disgustó mucho.

—¡Chicas, vamos! —se rió Tom—. ¡Tenemos que regresar a casa! Si no, mañana

no nos levantaremos.

Atravesaron una vez más el Bosque Encantado. La luna brillaba, pálida y fría, entre los árboles.

—«¡Uich-uich-uich!» —susurraron las hojas.

Tom dejó el poney en el campo, fuera de la casita. Fanny desnudó a Peronel y la colocó en una cama de muñecas que tenía. Bessie guardó con cuidado las alas en un cajón, y los tres se desvistieron y se fueron a la cama.

—¡Buenas noches! —se dijeron unos a otros—. Ha sido un día maravilloso. ¡Qué suerte tenemos de vivir cerca del Bosque Encantado!

Y así era, ¿no es cierto? Tal vez algún día corran más aventuras, pero ahora tenemos que despedirnos de ellos, y dejar que duerman, y que sueñen con el País de los Cumpleaños y con todas las cosas maravillosas que les sucedieron allí.

BOLITA DE NIEVE, EL PONEY

El pequeño poney negro

Un pequeño poney estaba de pie, junto a su madre, en el extremo de una pradera. Eran tan chiquitín que no medía más que un perro grande.

Todavía no tenía nombre. Como el granjero, al que pertenecía, pensaba venderlo, no se había preocupado de ponerle un nombre.

Era completamente negro, negro como el azabache. Tenía una cola larga, que movía con rapidez, y unos ojos muy brillantes, que miraban fijamente todo cuanto veía. El pelo parecía raso negro y la nariz era tan suave como el terciopelo. Era tan bonito que cada niño que lo veía se encariñaba con él, pero era un pequeño salvaje y nunca se acercaba a los niños que lo llamaban.

Quería mucho a su madre y ella a él. A veces ella le acariciaba con la nariz suavemente y él se acercaba y se pegaba para sentir el cuerpo cálido y blando de su madre. Vivían juntos en una enorme pradera y les gustaba galopar a menudo.

—Mamá, ¿has vivido aquí mucho tiempo? —le preguntó un día el pequeño—. ¿Toda tu vida?

—No, hijito; toda mi vida no —contestó la madre—, pero sí la mayor parte de ella. Vine aquí cuando era muy pequeña, tan pequeña como tú. Me regalaron a un niño y yo fui su poney. Me montó durante mucho tiempo, pero ahora ya es una persona mayor.

—¿Quién me montará a mí? —preguntó el pequeño poney, mirando a su madre con los ojos brillantes.

—No lo sé —le contestó ella—. Aquí no hay niños. Quizá el granjero te venda y tengas que irte muy lejos.

—No quiero —protestó, apretándose contra el lomo de su madre—. Quiero quedarme contigo en esta hermosa pradera soleada, para siempre.

—No podrás hacer eso —dijo la madre—. No te haría ningún bien. Tienes que aprender muchas cosas: salir al mundo, tener un dueño y convertirte en un buen poney, leal y obediente.

—No quiero —repitió el pequeñín, que estaba a punto de llorar—. Me da miedo dejarte. No permitas que me lleven, madre.

—Bueno, aún no te vas a ir —le consoló ella—. Eres demasiado pequeño. Ahora vamos a dar un paseo por el campo, a ver si encontramos hierba larga y jugosa en la zanja.

Así que partieron juntos a medio galope. El pequeño siempre al lado de su madre. Encontraron la hierba y la mordisquearon con placer. Ésta era más rica que la hierba corta de la pradera.

Al cabo de unos días, el granjero, acompañado de su mujer, fue a ver al pequeño poney negro.

—¡Qué precioso es! —exclamó—. Parece un poney de juguete. Ojalá pudiésemos quedárnoslo.

—No, tenemos que venderlo —dijo el granjero—. Seguramente será para que lo monte algún niño, que lo cuide y lo quiera. Hay que reconocer que es un excelente compañero. Lo venderé el verano que viene, pero no se lo venderé a cualquiera, sino a quien sepa tratarlo con cariño. No dejaré que caiga en manos de ningún niño insolente y mimado que pueda pegarle.

—¡Eh! ¿Has oído eso? Pronto te venderán —le dijo al poney su madre—. Te echaré de menos, hijo, pero te hará bien tener tu propio hogar y un pequeño amo a quien querer. Lo más bonito del mundo es amar y ser amado, pequeño mío, así que sé amable con todos y trata de hacer todos los amigos que puedas.

El pequeño poney siguió creciendo bien durante los meses siguientes. No tenía ni una manchita blanca en todo el cuerpo, a excepción de unos cuantos pelos blancos en la cola pero nadie se había fijado aún en ellos.

—Supongo que te llamarán Hollín, o Negrito o Negro —dijo la madre—, porque ése es el color de tu pelo.

Pronto llegó el momento de venderlo. Tenía que partir al día siguiente. Estaba triste y se mantuvo junto a su madre todo el tiempo.

—Ahora no te preocupes —le animó ella—. Estarás muy bien. Obedece siempre a tu amo, sé amable y cuida mucho de los niños que te monten.

—¿No volveré a verte nunca más? —preguntó el pequeño con tristeza—. Te echaré mucho de menos, madre.

—Bueno, tampoco es que te vayas tan lejos —le acarició su madre—. Vas a ir a casa de los niños que viven en la granja que esta al lado de la nuestra. Así, alguna vez, podrás venir a verme. Quizá los niños, cuando te monten, vengán hacia aquí.

—¡Oh! Eso sería maravilloso —exclamó el pequeño poney.

Empezó a sentirse mejor. Iba a salir al mundo. ¿Cómo era de grande? No lo sabía, porque nunca había salido más allá de la verja de la pradera. Pensó que el mundo podría llegar tan lejos como aquellas montañas que veía desde allí.

Al día siguiente llegó el granjero y, después de darle al poney un poco de avena, le colocó el cabestro para poderlo sujetar cuando se fueran. Él se arrimó cariñosamente a su madre por última vez y ésta le acarició suavemente con el hocico.

—Sé bueno, amable y haz lo que te digan —le aconsejó—. Así serás feliz. Adiós, hijito mío.

—Adiós —dijo el pequeño, y salió trotando, muy triste, por la verja que estaba abierta y que luego se cerró de un golpecito. Ahora, por primera vez, estaba al otro lado de la cerca. El camino se estrechaba frente a él y parecía muy largo.

¡Qué inmenso y extraño sentía él el mundo!

—Anda —dijo el granjero—, vamos a tu nuevo hogar.

Y partieron; el pequeño poney iba mirando constantemente a su alrededor con los ojos muy abiertos, curioseándolo todo.

Un hogar y un nombre nuevos

El pequeño poney se sorprendió al ver lo grande que era el mundo. El camino era largo y daba a una carretera principal, que a la pequeña criatura le pareció larguísima.

Avanzaba al trote junto al granjero, mirando con asombro todas las casas por las que pasaban. Antes sólo había visto la granja de lejos, a gran distancia. De pronto, un animal rojo, enorme, rugió cerca de ellos y el pequeño poney saltó del susto e intentó meterse en la zanja para ocultarse.

—¿Qué es eso? —pensó—. ¿Me comerá, me comerá?

—Bueno, bueno —se rió el granjero—, es tan sólo un autobús. No te hará daño. Anda, vamos.

Pronto dejaron la carretera y se metieron por un nuevo camino. Éste llevaba a las montañas azuladas que tan a menudo había visto el poney desde la pradera. Vio los verdes maizales, que crecían a ambos lados, con alguna que otra amapola que temblaba con el viento.

Llegaron a lo alto del monte y el poney contempló sorprendido el valle que se extendía debajo de ellos. Parecía que el mundo era incluso más grande de lo que había pensado. ¡Era inmenso!

—Bien, ahí está tu nuevo hogar, allí abajo —el granjero señaló una pequeña granja situada en el valle—. Te gustará vivir allí. Hay tres niños que cabalgarán contigo; son unos chicos encantadores, de modo que no intentes ningún truco con ellos.

El poney aguzó las orejas. ¡Tres niños! Eso le iba a gustar. Era algo vergonzoso con los niños y las niñas pero, una vez que los conociera, sería muy divertido jugar con ellos. Continuó feliz su trote, sintiéndose cada vez más contento.

Por fin llegaron a la granja. Se entraba a través de una pequeña verja blanca. Había tres niños columpiándose en ella, que los estaban esperando. Cuando vieron al pequeño poney, gritaron de alegría.

—¡Allí está! Mirad, allí viene. ¡Oh, qué bonito es! Es el poney más bonito que he visto en mi vida.

Saltaron la verja y corrieron al encuentro del granjero y del poney. Éste se asustó y se echó para atrás con tanta fuerza que el granjero casi suelta la cuerda con la que lo sujetaba.

—¿Tienes vergüenza? No seas tonto. Demuéstrales lo simpático que eres.

—Es una maravilla —dijo Willie, un niño mayorcito de unos diez años—. Es el poney más bonito que he visto jamás.

—¡Oh, qué cariñoso! —dijo Sheila, que tenía siete años, y le puso los brazos alrededor del cuello, abrazándolo.

—Quiero montarlo ahora mismo —dijo Timmy, el más pequeño, que tenía cinco

años.

El granjero lo montó sobre el lomo del poney, sujetándolo bien. El poney, asustado, dio un brinco: no estaba acostumbrado a tener a nadie encima, y no le gustó nada.

—Bueno, bueno —suspiró el granjero—, tendrás que acostumbrarte a esto. Bien, Timmy, ¿te gusta?

—Me encanta —contestó Timmy con su carita redonda, que se había enrojecido de la emoción—. Bájeme otra vez; quiero mirarlo bien.

—Bueno, ahora tengo que dejarlo —dijo el granjero—. ¿Dónde lo vais a tener?

—En esa pradera de allí —se apresuró a decir Willie, y señaló una pradera al lado del jardín de la granja—. Yo lo llevaré. Es lindísimo. ¿Tiene nombre?

—No —dijo el granjero, pasándole la cuerda a Willie para que éste se lo llevara—. Lo del nombre lo he dejado a vuestra elección. Bueno, espero que se porte bien. Es un buen compañero. Ahora me voy a hablar con vuestro padre. Veo que está allí, en aquel campo.

Dejó al poney con los niños, que lo llevaron hasta la pradera y cerraron la verja. Éste se paró y los miró con ojos brillantes, aunque un poco aturdido. Todo le resultaba muy extraño, y echaba de menos a su madre.

—Eres el poney más encantador del mundo y eres nuestro —Sheila le acarició la nariz con dulzura—, pero, antes que nada, tenemos que ponerte un nombre.

—Ni Hollín, ni Negrito, ni Carbonilla —dijo Willie.

—Pero es completamente negro —observó Sheila—. Hay que ponerle un nombre que tenga que ver con algo negro.

—No me gustan los nombres relacionados con lo negro —comentó Willie—. No pienso llamarle nada por el estilo.

—Bueno, pues llámale Bolita de Nieve o Blanca Nieve o Copito de Nieve —Sheila se echó a reír.

Los otros se miraron y Willie se echó a reír también.

—¡Buena idea! Le llamaremos Bolita de Nieve. Eso le hará mucha gracia a la gente.

El poney pensó que era un nombre bonito, y se sentía muy satisfecho de tener un nombre propio. Confiaba en que le gustara a su madre también.

—¡Bolita de Nieve! —le dijo Sheila despacito en el oído—. Ése es tu nombre, pequeño poney. ¡Bolita de Nieve! Ahora, cada vez que nos oigas llamarte así, tienes que venir trotando hacia nosotros. ¿Lo entiendes?

—Bolita de Nieve —repitió Timmy, dándole una palmadita en el cuello—. Eres una bolita de nieve negra, eres nuestro y te queremos mucho.

—Será mejor que hoy no lo montemos —dijo Willie—. Tiene vergüenza y algo de miedo, pues acaba de dejar su casa. Sólo le hablaremos y le haremos trotar por ahí.

Pronto se sentirá a gusto y será feliz.

—Vamos, Bolita de Nieve, vamos a dar una vuelta por la pradera —Sheila echó a correr.

Y Bolita de Nieve trotó muy alegre por allí, en compañía de los niños.

La pradera de Bolita de Nieve

Pronto los niños entraron a comer y su madre escuchó con mucho interés todo lo que tenían que contar acerca de Bolita de Nieve. Les prometió que luego iría a verlo.

—Va a ser una compañía estupenda para vosotros, y hasta Timmy podrá montarlo. Creo que papá va a traerle los aparejos hoy, así que pronto tendrá que aprender a llevar una silla y a obedecer a las riendas.

—Al principio quizá no le guste —intervino Willie—, pero pronto se acostumbrará. Es un cielo, mamá. Nunca he visto un poney tan encantador. Tiene el pelo tan brillante como el raso negro.

—¿Y cómo es que le habéis llamado Bolita de Nieve? —preguntó la madre extrañada—. Es una ocurrencia muy ingeniosa.

—Espero que no se sienta muy solo en la pradera —di-jo Sheila—. Supongo que echará mucho de menos a su madre.

Bolita de Nieve se estaba sintiendo muy solo. Quería que volvieran los niños y le hablaran. Se preguntaba a cada instante dónde se habrían ido y cuándo volverían.

Masticó un poco de hierba, que era muy sabrosa. Dio una vuelta por la pradera y se sintió orgulloso de pensar que era para él exclusivamente, ya que no había ninguna otra criatura en ella. Había vacas en un campo cercano al suyo y ovejas en la parte del monte, pero en su pradera él era el único.

De pronto una gallina marrón pasó por la cerca y empezó a picotear por el suelo. Luego llegó otra y, más tarde, otra más. Bolita de Nieve se paró y las miró enfadado.

—Ésta es mi pradera —dijo un relincho, y corrió hacia ellas hecho una fiera.

La primera gallina marrón lo miró sorprendida.

—¿Cómo que tu pradera? ¿Qué quieres decir? Siempre venimos aquí a picotear. No seas bobo.

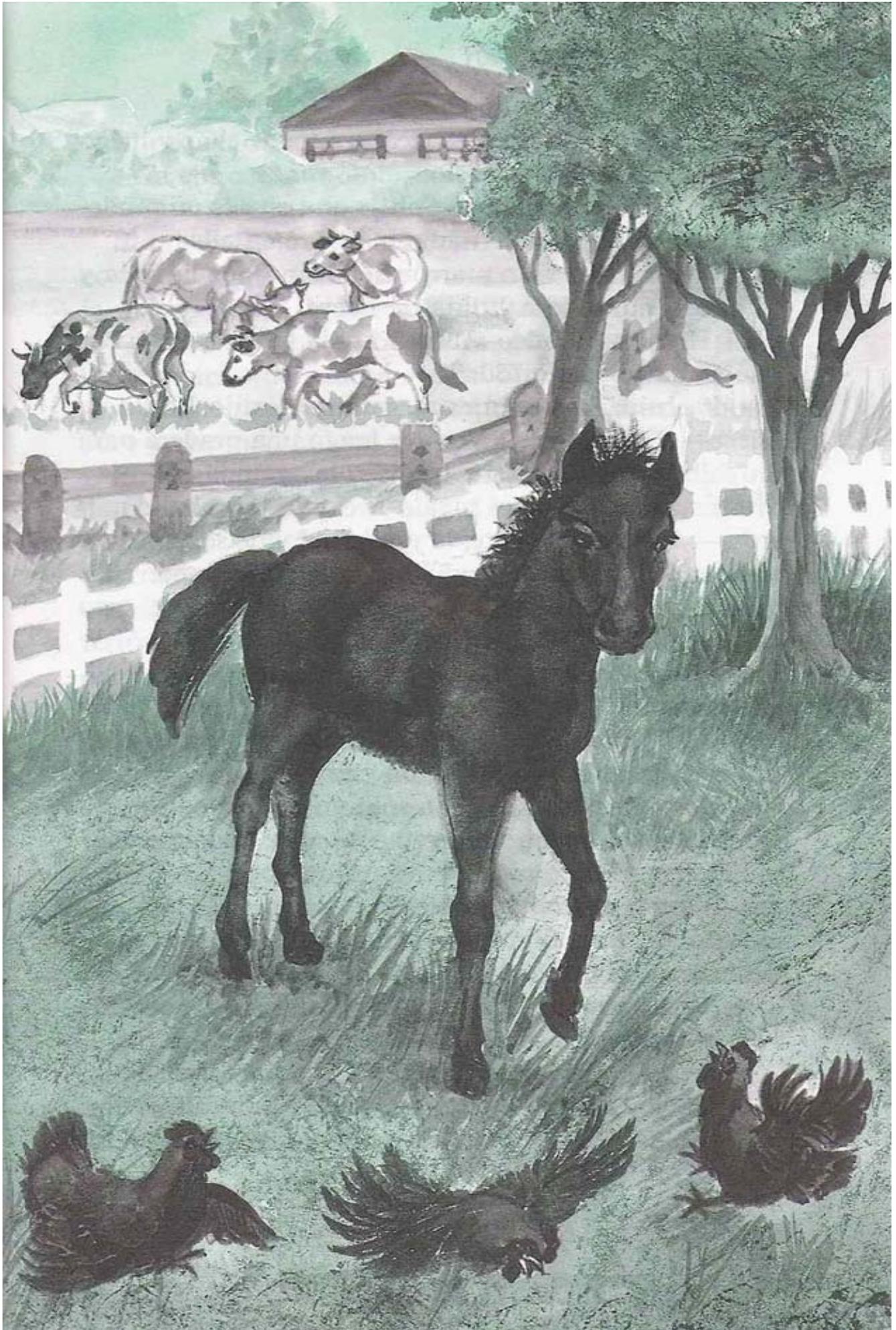
—¡Iros! —ordenó Bolita de Nieve—. No quiero teneros aquí.

Corrió tras la gallina y ésta echó a correr hacia la valla. Después persiguió a las otras dos, que también se fueron pero, tan pronto como dio la vuelta, la primera gallina entró de nuevo por otro agujero algo más apartado.

Bolita de Nieve estaba furioso. Trotó hacia la gallina, y ésta cacareó y se fue corriendo. Pero, al mismo tiempo que se marchaba por la valla, algunas otras llegaron por el lado opuesto de la pradera. Bolita de Nieve la atravesó al galope para decirles unas cuantas cosas.

Pronto las gallinas se estuvieron divirtiendo a costa del pequeño poney.

—¿A que no me pillas? ¿A que no me pillas? —cacareaban las gallinas.



Bolita de Nieve arremetió contra todas ellas y luego dio una patada en el suelo.

—Se lo diré a los niños. Sabéis que esta es mi pradera, y no permitiré que nadie más esté en ella.

Un enorme caballo marrón se asomó por la valla y se quedó mirando a Bolita de Nieve.

—¡Hola! —saludó—. No te había visto antes. ¿Por qué se ha formado todo este lío?

—La culpa la tienen estas gallinas —dijo Bolita de Nieve—. Es la primera vez que tengo una pradera para mí solo y no quiero que la pisen las gallinas.

—Ésta pradera no es tuya —le explicó el caballo marrón—. Es, simplemente, la pradera donde se te permite estar. En cuanto a las gallinas, pueden ir donde ellas quieran. Eso es lo que dijo el granjero. Sé amable, o no harás amigos. ¿No te lo advirtió tu madre?

Bolita de Nieve se acordó de pronto de su madre. Sí, ella le había dicho lo mismo. ¡Oh, qué pronto se había olvidado! ¡Qué pena! Se fue trotando cabizbajo a un rincón. Las gallinas lo rodearon y empezaron a cacarear.

—Después de todo, es tan sólo un bebé. No sabe hacer las cosas de otra manera. ¿Cómo te llamas, bebé?

El poney se alegró de tener un nombre.

—Me llamo Bolita de Nieve.

Entonces las gallinas y el caballo estallaron en grandes carcajadas.

—¡Vaya broma! —comentaban entre sí—. Bolita de Nieve, ¿qué os parece? Vaya bola de nieve... negra.

Sonó un golpecito en la verja, y el poney escuchó las voces de los niños. Aguzó las orejas y miró alrededor.

—¡Bolita de Nieve! ¡Bolita de Nieve! —llamaban los tres niños.

El pequeño poney galopó muy contento hacia ellos.

—Ya conoce su nombre —gritó Willie—. ¡Qué listo es! Ha venido en cuanto lo hemos llamado.

El poney les arrimó el hocico. Timmy le ofreció una cosita blanca y cuadrada que sostenía en la palma de la mano. Bolita de Nieve la olfateó.

—Vamos, Bolita de Nieve, es un regalito para ti. Es un terroncito de azúcar —dijo Timmy.

—Mamá nos dio uno a cada uno después de comer, pero yo he guardado el mío para ti. Cómetelo, tontín.

Bolita de Nieve lo volvió a olfatear. Nunca había olido el azúcar. De pronto, alzó el labio superior y agarró el terrón con la boca.

Lo masticó. Era dulce, y le gustó mucho. Siguió olfateando alrededor de Timmy, confiando en encontrar otro terroncito. ¡Qué niño tan simpático! ¡Haberle guardado

un regalito así!

—Si eres bueno, a lo mejor te guardo mi terroncito de azúcar mañana —dijo Sheila—. Vamos, ven. Vamos a verte trotar, galopar, andar y dar vueltas. Hemos venido para jugar contigo toda la tarde.

Al momento estaban los cuatro jugando como locos y todas las gallinas se quedaron mirando sorprendidas. Los niños corrieron por la pradera, y el poney también. Caminaron durante mucho rato. Luego se sentaron sobre la hierba y Bolita de Nieve se acostó. Más tarde dieron vueltas y más vueltas en compañía del poney, a quien le gustaba mucho ese juego. Los niños no dejaban de reírse.

—Es como nosotros.

Bolita de Nieve y Sheila

La primera noche, Bolita de Nieve se sintió terriblemente solo sin tener a su madre al lado. Normalmente, se acostaban debajo de un castaño que tenían en la pradera y él se acurrucaba junto a ella.

Pero esa noche, en su propia pradera, no tenía a nadie a quien arrimarse. Relinchó llamando a su madre, pero ella no fue; estaba muy lejos. Buscó a las gallinas marrones para hablar con ellas, pero se habían ido a dormir al gallinero. Entonces se fue hasta la valla y relinchó, llamando al viejo caballo marrón. Pero el caballo dormía en el otro extremo de la pradera, y tampoco acudió.

Salió un búho y chilló de repente. Bolita de Nieve se llevó un buen susto.

Luego apareció la luna, un enorme astro blanco en medio del cielo; a Bolita de Nieve le parecía una cara.

Estaba solo y asustado. Se quedó temblando bajo un árbol. Se sentía muy infeliz. Nadie lo quería. Pensó en escapar, pero la verja de la valla estaba cerrada.

Sin embargo, había alguien que se acordaba de él, alguien que estaba acostada en su cama calentita y pensaba en el pequeño poney, que estaría allí afuera, en la pradera, solo por primera vez en su vida. Estaba triste por él, y quería consolarlo.

Ese alguien era Sheila. Ella quería mucho a sus muñecas y a todos sus juguetes, y ahora quería al poney también.

Se levantó y se fue a la ventana. La luna estaba alta y podía ver la pradera del poney con claridad.

Entonces lo vio, allí de pie, casi sin moverse, en una esquina.

—Está despierto —pensó la pequeña—. No puede dormir. Necesita a su madre. ¡Pobrecito Bolita de Nieve! Me pondré la bata, bajaré las escaleras despacito y me iré a la pradera. Hace tan buena noche que no tendré frío.

Se puso la bata y bajó con mucho cuidado por la escalera. Abrió la puerta principal y salió. Corrió por el sendero del jardín hasta la verja blanca. Luego fue hasta la pradera y abrió la verja.

Bolita de Nieve escuchó el golpecito y se sobresaltó. ¿Quién sería? ¿Quién iría hasta allí en medio de la noche? Su madre siempre le había dicho que la gente que andaba sigilosamente por la noche no era gente buena. ¿Habría ido alguien para robarlo?

Se quedó allí temblando a la vez que Sheila atravesaba la verja. Luego escuchó una dulce voz, y se tranquilizó.

—¡Pobre Bolita de Nieve! ¿Te sientes solo? He venido a consolarte y a decirte que no te sientas mal, porque te quiero mucho.

Bolita de Nieve conocía la voz de Sheila. Le dio un vuelco el corazón. Enseguida corrió hacia ella y se arrimó tanto que casi la tira al suelo. Estaba encantado de que

hubiera ido. Ella le abrazó y él sintió, con el hocico, cómo le latía el corazón. Era una niña encantadora. Él la querría más que a nadie porque era muy simpática y cariñosa.

—Ahora acuéstate aquí, debajo de este árbol; la tierra está seca —dijo Sheila, y le condujo a un buen lugar—. Duérmete tranquilo, Bolita de Nieve. Nada ni nadie te hará daño.

Bolita de Nieve le agarró la bata con los dientes y empezó a estirar.

—¿Qué? ¿Quieres que me acueste a tu lado? —preguntó Sheila—. ¡Qué poney tan juguetón! ¿Echas de menos a tu madre esta noche? Bueno, yo te haré compañía un ratito, pero luego tengo que marcharme.

Era una noche muy cálida. Bolita de Nieve y Sheila yacían sobre la hierba seca. Sheila tenía la cabeza apoyada sobre el cuerpo redondo del poney, que ahora estaba feliz. Alguien lo amaba y era su amiga. Eso era lo que le había dicho su madre; si hacía amigos, sería feliz.

Ambos se durmieron. La luna redonda los contemplaba desde arriba. Se acercó un erizo y se quedó mirándolos sorprendido.

Sheila y Bolita de Nieve estuvieron así, dormidos, durante horas. Luego Dan, el mozo de la granja, llegó a la pradera. ¡Qué sorpresa se llevó al ver a Sheila y a Bolita de Nieve durmiendo juntos debajo del árbol!

—¡Hola, señorita! —le dijo suavemente, y le sacudió despacito en el hombro—. Va a tener problemas por dormir fuera. Podría agarrar un resfriado terrible.

Sheila se despertó y se quedó mirando las hojas verdes del árbol. Entre las hojas se veía el cielo azul. ¿Dónde estaba? Se incorporó y vio a Dan.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. He debido estar aquí toda la noche. ¿Qué dirá mi madre? Se va a enfadar mucho conmigo. Ahora no sé si podré entrar en la casa sin que nadie me vea.

—No, no haga eso —le aconsejó Dan—. Dígaselo a su madre. Ocultar las cosas no está nada bien. ¡Vaya! Ese poney es muy bonito. ¿Cómo se llama?

—Bolita de Nieve —dijo Sheila, y Dan no pudo contener la risa.

—¡Qué gracioso! —exclamó, mientras acariciaba a Bolita de Nieve.

El poney apretó el hocico contra él, y también contra Sheila. Pensó que nunca olvidaría que la pequeña había salido durante la noche para estar con él, para que no se sintiera tan solo. Ahora quería a Sheila todavía más.

La niña se fue corriendo hacia la casa. Su madre, al verla entrar, se sorprendió.

—Supongo que no habrás estado en la pradera en bata —dijo muy seria.

—¡Oh, mamá! He pasado la noche afuera —le contó Sheila—. Perdóname, pero es que Bolita de Nieve estaba muy solo y yo sabía que echaba de menos a su madre, así que salí a consolarle. Me quedé dormida y Dan me ha despertado. No te enfades conmigo, mamá. Te prometo que no volverá a ocurrir.

Su madre, lejos de enfadarse, dio un beso a Sheila y le dijo:

—¿Sabes que eres una niña muy buena?

Después de eso, Sheila y Bolita de Nieve fueron siempre unos amigos muy especiales.

Bolita de Nieve hace algunas amistades

Bolita de Nieve pronto se sintió bien en su nuevo hogar. Quería mucho a los niños. Uno u otro le guardaba siempre un azucarillo, que él esperaba con impaciencia.

Enseguida se le permitió moverse por donde él quisiera. La verja no siempre estaba cerrada, y él entraba y salía cuando se le antojaba. Era un animal tan dócil como Tinker, el perro de la granja.

Pronto empezó a tratar a los otros animales que había allí. Dio una vuelta para darse a conocer. Fue a la pradera donde pacían las vacas. Éstas lo miraron fijamente sin parar de masticar. Él se quedó mirándoles los cuernos y sintió algo de miedo.

—No me vais a embestir, ¿verdad? Prometedme que no lo haréis —suplicó a Botón de Oro, una vaca roja y blanca.

—El toro podría usar los cuernos para atacarte, así que no te acerques a él —le aconsejó Botón de Oro.

—Yo soy Bolita de Nieve, el nuevo poney de Shetland y pertenezco a los niños —dijo Bolita de Nieve, y las vacas se echaron a reír.

—Bolita de Nieve, qué nombre tan raro para alguien como tú. Nunca hemos visto un caballo tan pequeño. Al principio pensamos que eras un caballito de juguete.

—Yo no soy un juguete. Estoy vivo —protestó Bolita de Nieve—. Mirad lo rápido que sé galopar.

Y empezó a galopar, sin parar de dar vueltas, alrededor de la pradera, delante de todas las vacas.

—Galopas casi tan deprisa como Capitán, el caballo grande marrón de allá —dijo Botón de Oro, y Bolita de Nieve echó a correr hacia donde estaba Capitán.

—¡Hola! —se presentó—. Soy Bolita de Nieve, el poney de Shetland. Estoy seguro de que puedo galopar más rápido que tú.

—¡Ah! Tú eres el joven que jugaba al «pilla, pilla» con las gallinas y no pudo pillarlas. Bueno, podemos hacer una carrera, si quieres.

Bolita de Nieve aceptó, y los dos corrieron alrededor de la pradera, pero ganó Capitán. Era un caballo fuerte y poderoso y, a pesar de que Bolita de Nieve galopaba tan rápido como podía, no pudo alcanzar a Capitán.

—Tengo que reconocer que no soy tan rápido como tú —dijo Bolita de Nieve jadeando.

—Claro. Es mejor no jactarse de lo que uno puede hacer, hasta haberlo probado —explicó Capitán—. Y ahora ¿adónde vas?

—Voy a hablar con aquellas criaturas redondas y rosas que hay allá —señaló Bolita de Nieve—. ¿Qué son? Hacen unos gruñidos un tanto extraños.

—Son cerdos —repuso Capitán—, pero no entres en su corral porque, si lo haces,

la vieja cerda te perseguirá. No le gusta la gente a la que no conoce.

Pero Bolita de Nieve no le hizo caso. Marchó al trote hasta el corral de los cerdos. Empujó la puerta pero no consiguió abrirla.

Luego recordó que había visto a uno de los niños presionar el manubrio hacia un lado; hizo lo mismo y la puerta, entonces, se abrió.

¡Ajá! ¡Qué listo era! Entró en el corral y los cerdos empezaron a dar vueltas alrededor de él.

—¿Tú qué eres? ¿Quién eres?

—Soy Bolita de Nieve, el poney de Shetland, y tengo permiso para ir donde quiera —les dijo—. ¡Ah! ¿Qué es lo que hay en el pesebre? Huele muy bien.

Se acercó al comedero de los cerdos, donde Dan les había puesto la comida, y empezó a comer pedacitos de aquí y de allá.

La vieja cerda, que estaba acostada de lado, levantó la cabeza y se quedó mirándolo.

—¿Qué haces aquí comiéndote nuestra comida? —gruñó—. Vete de una vez y cierra la puerta al salir. No quiero que mis cerditos se escapen por toda la granja.

Bolita de Nieve corrió hacia la puerta y la cerró. Pero no había salido antes. No, se había quedado encerrado y volvió al comedero para coger algún otro pedacito de comida.

Mamá cerda, al verlo, se puso furiosa. Se levantó sobre sus cuatro patas cortas y miró enojada a Bolita de Nieve.

—Poney malo —chilló—. Robas nuestra comida y abres la puerta. Eres muy malo.

Corrió tras Bolita de Nieve y casi lo tira al suelo. Él se asustó al ver lo enfurecida que estaba. Los cerditos lo rodeaban gritándole:

—Escápate, tonto, corre.

Él empezó a dar vueltas por el corral, perseguido por mamá cerda. Los pequeños corrían también, gritaban nerviosos, y se metían debajo de sus patas. ¡Oh! ¿Por qué se habría metido en ese sitio tan horrible?

Willie escuchó el bullicio. Corrió al corral de los cerdos y empezó a reírse al ver lo que estaba ocurriendo.

—¡Mamá, Sheila, mirad! Bolita de Nieve se ha metido con los cerdos y la vieja cerda le está persiguiendo.

Todos se echaron a reír, todos menos Bolita de Nieve, que estaba avergonzado. Willie abrió la puerta y el poney salió corriendo. Los cerditos asomaron las naricitas rosas por los barrotes de la parte inferior de la verja y volvieron a gritarle:

—Vuelve a vernos pronto, Bolita de Nieve. Es divertidísimo ver como mamá te persigue.

—¿Has abierto la puerta tú solo? —le preguntó Willie asombrado—. ¡Dios mío!

Qué poney tan listo eres; pero no vuelvas a entrar al corral de los cerdos otra vez. A mamá cerda no le gusta.

—No lo haré —relinchó Bolita de Nieve, y se fue trotando a su pradera para descansar—. ¡Oh! Qué feliz me siento de no haber tenido una madre tan fiera como esa cerda. Lo siento por esos cerditos.

Una silla y una brida para Bolita de Nieve

La primera vez que lo ensillaron y le colocaron la brida, a Bolita de Nieve no le gustó nada. No podía entender qué era lo que llevaba sobre el lomo y agitaba la cabeza de arriba abajo enfadadísimo.

—Venga, no seas bobo, Bolita de Nieve —dijo Sheila con su dulce voz—. Todos queremos montarte y no podemos hacerlo si no tienes una silla donde nos podamos sentar, y riendas para guiarte.

Le dio un azucarillo. Él se lo comió y se quedó quieto. La miraba por el rabillo del ojo. Si Sheila quería algo de él, él lo hacía. Sí, él haría cualquier cosa por Sheila aunque no le gustara.

—Sube tú primero, Sheila —dijo Willie—. El poney te adora desde aquella vez que pasaste la noche con él en la pradera. Siendo tú, a lo mejor se queda quieto.

Sheila se subió. Cuánto pesaba al principio. Qué incomodidad. Bolita de Nieve quería ponerse de pie y deshacerse de ese peso molesto. Pero no podía soportar la idea de hacer caer a Sheila; podría hierla. Así que se mantuvo quieto pero temblando.

—Mi querido Bolita de Nieve, mi querido y buen Bolita de Nieve —le decía Sheila a la vez que le acariciaba la espesa crin negra—, dame un paseo sobre tu lomo, Bolita de Nieve. Ahora tú y yo somos una misma cosa. Papá dice que es una de las mejores sensaciones entre un hombre y un caballo. ¿No lo sientes así, Bolita de Nieve?

Apretó las piernas contra los costados, y el poney dejó de temblar. Dio unos cuantos pasos y sintió de pronto que ya no le desagradaba que lo montasen.

—Buen chico —dijo la niña—. Eres muy listo. Pronto serás tan bueno para montar como Capitán.

—Yo soy mejor que Capitán, porque tengo la talla justa para ti —relinchó Bolita de Nieve, y emprendió la marcha por la pradera mientras Sheila iba sujetando las riendas.

—Tranquilo, Bolita de Nieve, tranquilo. Me estás haciendo dar muchos saltos —gritó Sheila—. Ésta es tu primera lección y tan sólo debes ir al paso.

Así pues, Bolita de Nieve anduvo a paso corto con Sheila sobre su lomo. Sheila se reía contenta, y estaba colorada. Los ojos le brillaban.

—Da gusto poderle montar —comentó a sus hermanos—. Es encantador. Irá como el viento. ¡So, Bolita de Nieve, so! Cuando te tire de las riendas de este modo, tienes que parar. Así está bien.

Timmy fue el segundo en montar. No era tan bueno como Sheila, pues ella había montado antes con frecuencia, así que Willie caminó a su lado sujetando la rienda con la mano.

Luego le tocó el turno a Willie, y anduvo al paso y luego al trote por toda la pradera. El ruido de las pequeñas patas de Bolita de Nieve hizo que las gallinas se escaparan por la cerca.

Bolita de Nieve se sintió muy orgulloso cuando por fin Willie desmontó. Se había acostumbrado a la silla casi de golpe y sabía cómo responder a los tirones de las riendas.

—Es listo de verdad —reconoció Willie, y dio unas palmaditas a la aterciopelada nariz de Bolita de Nieve—. Haría cualquier cosa por nosotros. Tenía miedo al principio, pero se le pasó pronto. ¿No te parece fantástico montarlo, Sheila?

—Sí, es fabuloso —contestó Sheila—. Tiene el tamaño justo para nosotros. Incluso si Timmy se cayera, no importaría porque no caería desde muy alto. Buen chico, Bolita de Nieve. Si quieres, mañana te llevaremos a ver a tu madre para que le digas lo bien que te va. Esa será tu recompensa por ser tan bueno.

Bolita de Nieve se fue muy contento a galopar él solo por la pradera. ¡Ver a su madre! ¡Oh, qué alegría! Y ella podría ver lo bien que llevaba a los niños y le contaría cosas de los cerdos, de las vacas y de todo lo demás.

Así que, al día siguiente, los cuatro y Tinker, el perro de la granja, se pusieron en marcha hacia la granja vecina. Su madre les dijo que, como hacía muy buen día, se llevaran la comida para comerla en el campo.

Ensillearon a Bolita de Nieve, y por el camino fueron turnándose para montarlo. Se sentía muy orgulloso porque cada persona con la que se cruzaban miraba con una sonrisa. Niños y niñas corrían hacia ellos y acariciaban a Bolita de Nieve.

—¡Oh! ¿Es vuestro? Es precioso. ¿Cómo se llama?

—Bolita de Nieve —dijo Willie, y los niños, naturalmente, se rieron.

—Qué nombre tan divertido para un poney negro. ¿Podemos montarlo?

—Es que ahora vamos a que vea a su madre.

—Déjame que lo monte, venga —exigió un niño grande tirando de las riendas.

—Déjalo —ordenó Willie—. No, Lennie, no puedes. Eres demasiado grande, y además tú no tratas bien a los animales. ¡Déjalo!

—Bueno, iré un día que no estéis y lo montaré —amenazó Lennie un poco resentido—. ¿Entendido? Eso es lo que haré, si ahora no me dejáis dar una vuelta.

—No seas tonto —gritó Willie—. Vamos, Sheila, súbete encima de Bolita de Nieve. Ahora te toca a ti.

Sheila montó y se pusieron en marcha otra vez. Tinker los seguía mirando y le gruñía a Lennie. A nadie le gustaba este niño, que era tan egoísta y antipático.

—Ya estamos llegando —dijo Willie por fin, cuando divisaron la granja—. Ahí está tu antigua pradera, Bolita de Nieve.

—Y allí está mi madre —relinchó Bolita de Nieve, lleno de alegría—. Mirad, allí está.

Una visita a la madre de Bolita de Nieve

El pequeño poney trotó hasta la verja de la pradera, que tan bien conocía, con Sheila sobre el lomo. Relinchó con fuerza. Su madre alzó la cabeza y, al verlo junto a la verja, galopó hacia él, relinchando también. Madre e hijo se frotaron los hocicos con ternura.

—Haremos aquí el picnic, en esta pradera —sugirió Willie—. Así Bolita de Nieve y su madre podrán pasar un buen rato.

Sheila bajó del poney; le quitó la silla y la brida y lo llevó a través de la verja que Willie ya había abierto. Los niños los siguieron y la cerraron. Encontraron un sitio muy agradable en un banco muy soleado y se sentaron a comer.

—Miradlos —dijo Timmy—. Están felices de volverse a ver.

Bolita de Nieve miró alrededor de la pradera. Se acordaba de lo enorme que le parecía antes, como si hubiese sido medio mundo. Ahora, en cambio, le parecía pequeña. ¡Qué raro! O él había crecido o la pradera se había encogido.

Su madre también le parecía más pequeña, así que debía ser él el que había crecido. Su madre se lo dijo:

—Eres casi tan grande como yo. Qué deprisa has crecido. ¿Tienes ya un nombre?

—Sí, Bolita de Nieve —contestó el poney, y su madre sonrió.

—¿Por qué te parece gracioso? —preguntó Bolita de Nieve—. Todos se ríen de mi nombre. ¿Por qué?

—Espera que llegue el invierno y lo entenderás —repuso la madre—. Ahora cuéntame todo acerca de tu nuevo hogar. ¿Son simpáticos los niños?

Bolita de Nieve le contó todo. Le habló de Sheila, y le contó que le había hecho compañía en su primera noche tan solitaria, y su madre se alegró mucho.

—Debe ser una niña encantadora. Dejaré que me monte después que termine su almuerzo.

—Todos son buenos —aclaró Bolita de Nieve—, menos mamá cerda, que cuida de los cerditos y un día me persiguió.

—Mira, los niños nos llaman. Tienen avena —señaló la madre.

Así que fueron donde estaban los niños.

Cuando terminaron la avena, Sheila le dio una zanahoria fresca a la madre de Bolita de Nieve, que la comió con voracidad; le encantaban las zanahorias. Bolita de Nieve la olfateaba.

—Prueba una, Bolita de Nieve —dijo Willie—. Te gustará.

Así fue, y Bolita de Nieve olfateó en la bolsa de la comida por si había otra. Encontró una y la sacó.

—¡Oh, mirad! Bolita de Nieve ha cogido una él solo —gritó Sheila—. No, Bolita de Nieve, no cojas las manzanas. Son para nosotros.

Pero Sheila le dio los corazones de las manzanas y él los masticó satisfecho. Luego se fue de paseo con su madre por su antigua pradera, buscando los sitios que ya conocía. Sí, allí estaba el árbol bajo junto al que solían dormirse. Y allí estaba la zanja donde crecía la hierba larga y jugosa. Y allí el abrevadero, donde el granjero solía ponerles el agua, pues en esa pradera no había ningún estanque ni arroyo.

Al rato, los niños se levantaron y se acercaron a los poneys. La madre de Bolita de Nieve trató de explicar a Sheila que le gustaría darle un paseo. Pero no tenía silla.

—Creo que podría montarla a pelo, si me dejase agarrarla por la crin —dijo Sheila, y subió sobre el lomo del poney.

Enseguida empezó a trotar por la pradera. Timmy la seguía sobre Bolita de Nieve. Willie se quedó en medio agitando una ramita, jugando a que era un domador y ellos eran poneys y amazonas de circo.

—Es hora de ir a casa —les avisó Sheila bajándose de mamá poney—. Muchas gracias, me ha encantado el paseo. Bolita de Nieve, dile adiós a tu madre.

—Ya no te sentirás solo sin mí —dijo la madre, frotándose contra él—. ¿Quieres quedarte aquí conmigo? ¿Te da pena irte?

—No —aseguró Bolita de Nieve—. Me encanta mi nuevo hogar y quiero mucho a los niños. Ya no quiero quedarme aquí, madre. Pero volveré a verte pronto, aunque tenga que venir solo. ¡Adiós!

—Adiós, Bolita de Nieve.

Y se fueron todos. Bolita de Nieve llevaba a Timmy. Qué poney tan listo y suave. Su madre lo miraba, orgullosa de él. De pronto la verja se cerró, y ella se quedó sola recordando lo bien que lo habían pasado. Bolita de Nieve ya estaba muy lejos.

¡Qué divertido es Bolita de Nieve!

En una ocasión, cuando los tres niños estaban dentro de casa porque no paraba de llover, Bolita de Nieve tuvo frío. Estaba mojado y se sentía muy solo.

Se quedó bajo un árbol, pero la lluvia caía con tanta fuerza que se mojaba incluso estando allí.

Empezó a relinchar muy enfadado.

—Me estoy mojando. Me voy a enfriar. Mi madre siempre me aconsejaba que no cogiese frío. Hasta las gallinas están protegidas en sus gallineros, pero a mí me dejan aquí solo, en la pradera.

Escuchó a unos patos que chapoteaban en un gran charco al otro lado de la cerca. Miró por encima de ésta y les habló:

—Mira que estar afuera bajo la lluvia. ¡Qué tontos sois! Os vais a mojar del todo.

—¡Ah! Éste es el clima perfecto para los patos —explicó un pato grande—. Nos encanta la lluvia. Cuanto más llueva, mejor. Nuestros cuerpos nunca se mojan, porque la lluvia resbala por las plumas, ¿sabes?

—Los cerdos están en su corral, el gato en la casa, las gallinas en su gallinero, el perro en su caseta, pero yo estoy aquí mojándome cada vez más —se lamentaba Bolita de Nieve.

—Bueno, ve y pregunta a las gallinas si puedes resguardarte en su choza —dijeron los patos, salpicando con fuerza—. Allí tienen sitio de sobra.

Así que Bolita de Nieve se fue hacia la verja de la pradera. Estaba cerrada pero sabía abrirla. ¡Qué listo era el pequeño poney! Enseguida abrió la verja y trotó hasta el gallinero, pero las gallinas no le dejaron estar allí.

—No, no. El otro día nos perseguiste por la pradera —chillaron—. No te queremos en nuestra casa.

Luego Bolita de Nieve se dirigió a la puerta de la cocina para ver si veía al gato. Lo encontró tumbado en un felpudo al lado del fuego.

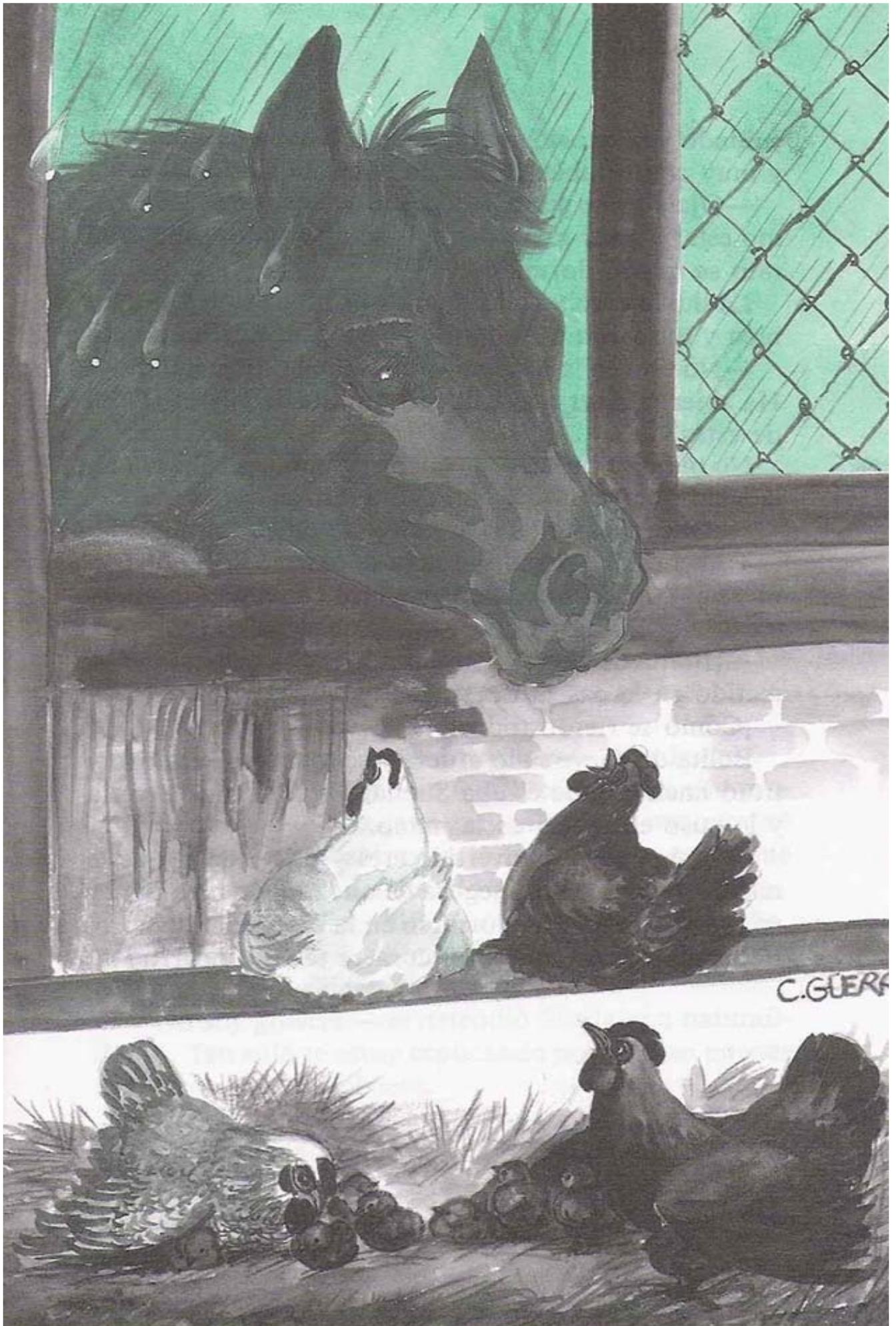
—¿Puedo entrar y tumbarme al lado del fuego también? —preguntó Bolita de Nieve.

—¡Ni hablar! —exclamó el gato—. Sólo los perros y los gatos pueden estar dentro de la casa. ¡Vete!

Bolita de Nieve entró y se fue derecho a la cocina pero, cuando estaba a punto de tumbarse, llegó la cocinera.

—¡Dios mío! —gritó enfurecida—. Lo que faltaba. Bolita de Nieve, vete inmediatamente. Estás pisoteando mi cocina. ¿Quieres que te pegue?

Bolita de Nieve salió corriendo y fue hasta la caseta de Tinker. Éste no estaba. La caseta la habían construido con una enorme bañera vieja, colocada de costado, y habían metido paja. Parecía muy cómoda.



—Esto tiene buen aspecto —pensó Bolita de Nieve—. Soy tan pequeño y la bañera tan grande que creo que cabré y podré acostarme. Así que se metió con mucho cuidado y se acostó sobre la paja. Estaba blanda, seca y muy confortable. Bolita de Nieve se sintió feliz.

—Ojalá fuese perro. Me gustaría tener una caseta como ésta. Tinker tiene suerte —se dijo a sí mismo, y al rato se quedó dormido.

La lluvia cesó y salió el sol. Los niños salieron también y buscaron a Bolita de Nieve para dar un paseo.

—No está en la pradera —dijo Sheila sorprendida—. Ha abierto la verja y se ha ido. ¡Bolita de Nieve! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Luego, de pronto, escucharon un ladrido que venía del patio. Era Tinker.

—¿Qué le pasará a Tinker? —se preguntaron.

Tinker estaba parado junto a su caseta, ladrando con fuerza. Y allí dentro, despertándose en aquel momento, estaba Bolita de Nieve con cara de sorpresa.

—¡Bolita de Nieve! ¡Oh, mirad! Bolita de Nieve se ha metido en la caseta de Tinker.

¡Cómo se rieron todos!

Bolita de Nieve salió afuera y se sacudió. Relinchó y trotó hacia donde estaba Sheila. Estaba feliz de verla y le puso el hocico en la mano.

—Qué poney tan divertido eres —dijo Sheila, que se reía de verlo—. Estoy segura de que ningún otro poney en todo el mundo ha dormido en la caseta de un perro. Bolita de Nieve, ¿qué otra cosa se te va a ocurrir?

Lennie, el niño malo

Un día, Lennie fue a ver a Willie, a Sheila y a Timmy. Ellos no tenían muchas ganas de verlo porque les parecía muy antipático y egoísta, pero su madre siempre les decía que fuesen amables con las visitas, así que lo trataron bastante bien.

—Quiero montar a vuestro poney —dijo Lennie.

—No, preferimos que no —contestó Sheila con mucha educación—. Todavía es muy pequeño y, aunque esté acostumbrado a nosotros, a lo mejor no le gusta que tú lo montes. Eres demasiado gordo y pesas mucho.

—No seas grosera —dijo Lennie frunciendo el ceño.

Era gordo porque era un glotón, pero no le gustaba que nadie se lo dijese, claro está.

—No soy grosera —se defendió Sheila con naturalidad—. Tan sólo te estoy explicando por qué no puedes montar a Bolita de Nieve.

—Bueno, pues lo voy a hacer —aseguró Lennie, que sabía que los padres de los niños no estaban.

Entonces se dirigió a la pradera de Bolita de Nieve. Los niños corrieron tras él.

—No lo harás, Lennie —gritó Willie.

—No podéis impedirlo —Lennie soltó una carcajada—. Yo soy más grande que vosotros. Podría tumbaros a los tres con una sola mano.

—Eres un chico muy desagradable —dijo Sheila casi llorando.

Timmy sujetó a Lennie por el abrigo y trató de tirarlo hacia atrás, pero Lennie se sacudió y Willie se cayó al suelo.

Luego Lennie empezó a correr deprisa por la pradera, saltó la verja y llamó a Bolita de Nieve.

—Bolita de Nieve, ven aquí.

—No, no vayas, no vayas —gritó Sheila.

Pero Bolita de Nieve fue hacia él. Siempre que alguien lo llamaba, él acudía. Ahora también fue trotando con aquellos ojos, que le brillaban al mirar a cada uno de los niños, listo para dar un paseo a cada uno de ellos.

Pero fue Lennie el que saltó sobre su lomo. No tenía ni brida ni silla, pero a él no le importaba. Se agarró a la espesa crin negra de Bolita de Nieve y le apretó muy fuerte con las rodillas.

—¡Galopa! —gritaba Lennie—. ¡Venga, galopa!

A Bolita de Nieve no le gustó el niño. Era gordo, pesaba mucho y no le trataba con cariño. Lennie lo pateó con fuerza en los costados y Bolita de Nieve se asustó y dio un salto. No estaba acostumbrado a que la gente lo tratara mal.

—¡No, Lennie, no! ¡Oh, bájate, por favor! —gritaba Sheila, que seguía corriendo tras ellos.

Pero ahora Bolita de Nieve galopaba desbocado por la pradera, muy asustado de los tacones tan duros de Lennie.

—Venga, vamos, allá vamos —chillaba Lennie, que se estaba divirtiendo mucho—. Vamos, Bolita de Nieve, más deprisa, más deprisa.

A Bolita de Nieve no le gustaba nada llevar a ese niño. Era espantoso. El pequeño poney paró en seco y Lennie salió disparado por encima de su cabeza, cayendo encima de un montón de hierba.

Los tres niños se echaron a reír. Se lo había merecido, pero Lennie estaba enfadadísimo. Fue hasta la cerca y cortó una rama gruesa con la navaja, sujetando a la vez a Bolita de Nieve.

Luego volvió a saltar encima del poney y empezó a golpearle muy fuerte con la rama.

—Te voy a enseñar a tirarme por encima de tu cabeza, poney estúpido —y le pegaba con rabia.

Los tres niños se apresuraron a pararlo, pero Lennie hizo que Bolita de Nieve se alejara de ellos al galope.

Todos estaban desconcertados sin saber qué hacer. Lennie era un chico grande, pero Bolita de Nieve fue el que supo darle una gran lección. No estaba dispuesto a soportar a aquel chico ni un minuto más.

Galopó hacia la verja, que estaba abierta, y la atravesó. Luego se dirigió al estanque, donde los patos estaban nadando tranquilamente.

Galopó justo hasta la orilla y entonces, como antes, paró y allá fue Lennie volando por encima de su cabeza, derechito al fangoso estanque de los patos.

Estos huyeron dando unos fortísimos graznidos.

Bolita de Nieve alzó la cabeza y relinchó de alegría. Sheila, Willie y Timmy se rieron con regocijo. Lennie se había llevado su merecido; se había caído de cabeza al agua. Como pudo, se puso de pie. Se había atragantado, y salpicaba furioso y asustado. Al fin pudo salir, aunque no le fue fácil. Tenía muchas hierbas que le colgaban de la cabeza y la ropa empapada.

—¿Qué dirá mi madre? —fue lo primero que dijo, y, para sorpresa de Willie, empezó a chillar.

—¡Nene, nene! —le dijo Willie—. Eres lo suficientemente fuerte para darle patadas y golpes al pequeño poney, pero no lo eres cuando recibes tu merecido. Vete a casa. En esta ocasión, no le diré nada a mi padre porque Bolita de Nieve ya se ha ocupado de ti.

Lennie se fue a casa sin dejar de chillar. Bolita de Nieve se quedó con los niños relinchando.

—Eres el poney más listo que he conocido en mi vida —dijo Timmy acariciándolo—. No tenemos que preocuparnos por ti, porque siempre sabes cómo

vencer las dificultades. ¡Buen chico, Bolita de Nieve! Ven, tengo un azucarillo especial para ti.

Bolita de Nieve utiliza la cabeza

Cada semana, Willie y Bolita de Nieve iban al pueblo a buscar los periódicos del padre. Había que recoger seis periódicos semanales; tres para el padre, dos para la madre y uno para la cocinera.

Bolita de Nieve enseñada sabía cuándo era viernes. No esperaba a que Willie fuera a buscarlo. Abría la verja con el hocico y trotaba hasta la puerta del jardín de la casa. Sabía que Willie saldría en uno o dos minutos.

—¡Hola, Bolita de Nieve! —le gritaba Willie—. Siempre en punto, ¿eh? Vámonos, vamos a buscar los periódicos. Ya tengo el dinero.

Pero un día, cuando Bolita de Nieve llegó al jardín, esperó pacientemente, pero Willie no se presentó. Bolita de Nieve dio una patada al suelo y relinchó como queriendo decir: «Willie, ven, que llegas tarde».

Sin embargo, Willie no salió. Entonces escuchó una voz que venía de la cocina.

—Allí está Bolita de Nieve esperando a Willie para ir a recoger los periódicos, como de costumbre. No sabe que Willie está en cama con un resfriado, de modo que hoy todo el mundo se quedará sin periódico.

Bolita de Nieve alzó las orejas. ¿Cómo, Willie en cama? Claro, por eso no lo había visto en todo el día. ¡Pobre Willie!

Bolita de Nieve partió al trote. Se paró un instante en el camino y reflexionó. Conocía bien el camino al pueblo y también la tienda de periódicos. ¿Por qué no podía ir él solo? La señora de la tienda sabría para qué iba.

El pequeño e inteligente poney decidió ir él solo, mientras meneaba la cabeza y agitaba la cola orgulloso. Traería los periódicos de su amo. Se sentía muy importante.

—Voy a buscar los periódicos —repetía a las carretas que pasaban.

Todos lo miraban extrañados. Por fin llegó al pueblo.

—Oh, mirad, es el pequeño poney de Shetland, el de Willie, y va él solo —gritaban los niños.

Bolita de Nieve les contestaba con un relincho:

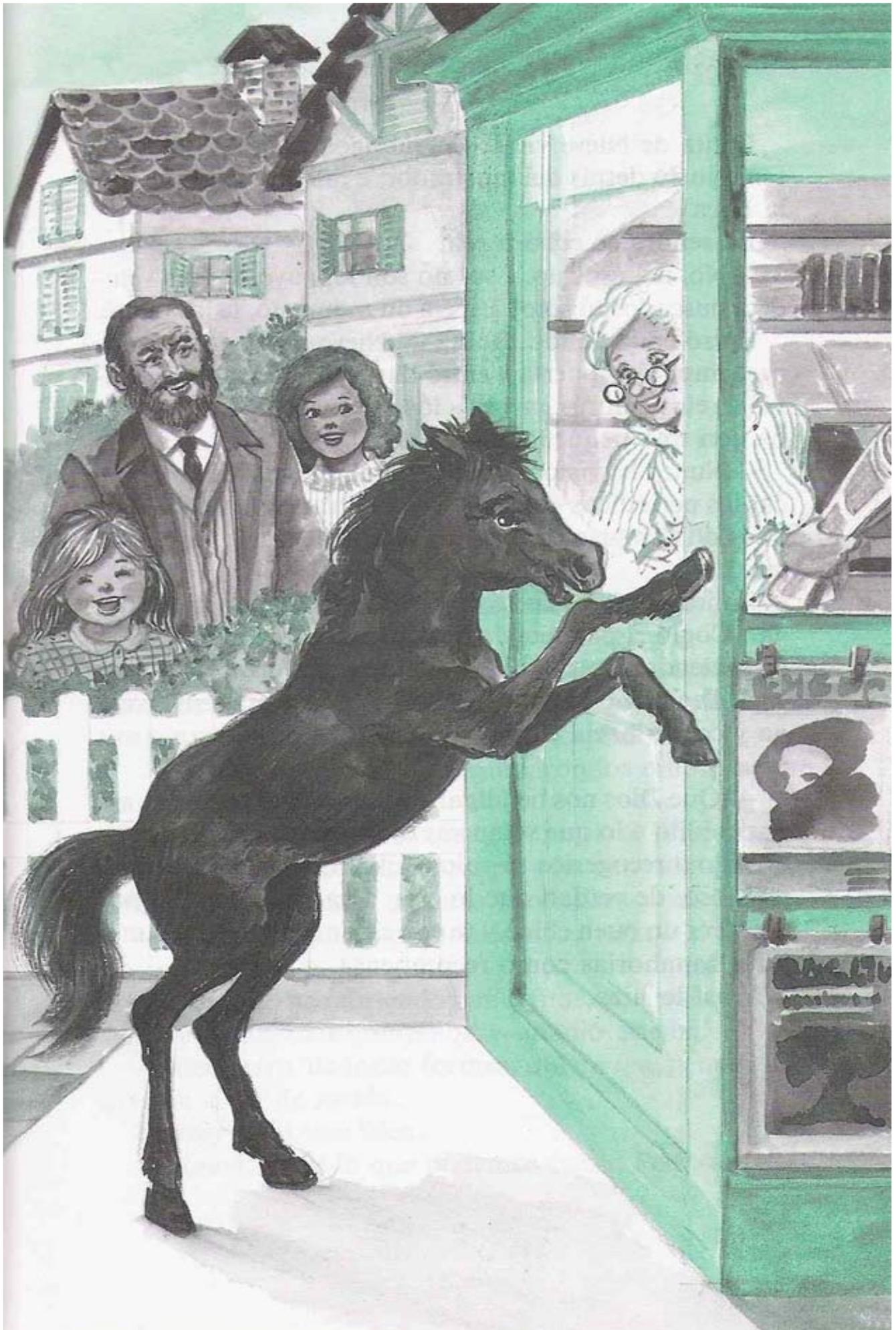
—Voy a buscar los periódicos.

Llegó a la tienda. Había una aldaba que colgaba de la puerta. Bolita de Nieve hubiese entrado de haber estado esta abierta. Había visto a Willie tirar de la aldaba, así que la alcanzó con la boca, sujetó la cuerda y tiró para abajo.

—¡Ring, ring! —sonó el timbre con fuerza, y Bolita de Nieve golpeó el suelo con la pata, como hacía cuando iba con Willie y esperaban para recoger los periódicos.

La señora de la tienda abrió la puerta y miró afuera, esperando ver a Willie. Pero sólo encontró allí a Bolita de Nieve, y se quedó muy sorprendida.

—¿Dónde está Willie? —preguntó intrigada—. ¿Has venido sin él?



Bolita de Nieve vio los periódicos encima de un estante justo detrás del mostrador, e intentó cogerlos con la boca.

La señora se echó a reír.

—No, no, éstos no. Ésos no son los tuyos. ¿Has venido a buscarlos tú solo? Espera un momento, te los traeré.

Entró en la tienda. Bolita de Nieve subió dos escalones, empujó la puerta y entró también. La señora se volvió a reír mientras envolvía los seis periódicos y los ataba con una pequeña cuerda.

—Nunca he visto un poney igual, nunca. Venir a buscar los periódicos en el día justo, entrar en la tienda después de llamar al timbre y todo. Deberías estar en un circo.

Bolita de Nieve no tenía dinero, así que no pudo pagar. Cogió el paquete de periódicos con la boca y salió de la tienda. Después se fue galopando hasta la granja.

Al llegar, vio al padre de Willie en una pradera cercana y corrió hacia él, dejando caer los periódicos a sus pies.

—¡Que Dios nos bendiga! —gritó feliz el granjero, sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. ¡No me digas que has ido a recogerlos tú solo, Bolita de Nieve! Eres maravilloso, de verdad que lo eres. Gracias, pequeño poney, eres un buen chico y te voy a dar cuatro de mis mejores zanahorias como recompensa.

Y así lo hizo.

Bolita de Nieve va a una fiesta

Un día, la madre recibió una carta y se la leyó a los niños.

—Es de Lady Tomms. Va a dar una fiesta en los jardines de su casa y habrá todo tipo de espectáculos con la idea de recoger fondos para el hospital.

—¿Iremos nosotros? —preguntaron los niños, entusiasmados.

—Bueno, Lady Tomms quiere saber si tú, Willie, querrías participar en alguna carrera y ha pensado que tú, Sheila, podrías hacer algunas banderitas y venderlas.

—Mamá, no quiero participar en carreras —dijo Willie.

—Y cuando he fabricado banderitas, en otras ocasiones, casi nadie las compraba —añadió Sheila.

—Bien, pero, de todas formas, quiero que penséis algo que sirva de ayuda.

Timmy tuvo una idea.

—Mamá, ya sé lo que podemos hacer. Podemos llevar a Bolita de Nieve y cobrar un penique a cada niño que quiera montarlo para dar un paseo.

—Eso es una buena idea —opinó su madre.

—Yo podría trenzarle la crin con un lazo rojo y cepillarle la cola —dijo Sheila—. ¡Oh, mamá! ¿No crees que les encantaría a todos?

Ya estaba prácticamente decidido que Bolita de Nieve iría a la fiesta y daría paseos a los niños que hubiera. Sin embargo, la madre pensó que sería mejor cobrar dos peniques en lugar de uno.

Los niños le contaron todo a Dan y éste tuvo una gran ocurrencia.

—Creo que podría hacer una pequeña carreta de poney, una muy pequeña, del tamaño justo para Bolita de Nieve —reflexionó.

Dan cumplió su palabra. Les hizo una carreta preciosa, con dos ruedas grandes, que pintó de rojo y con los ejes de amarillo. La carreta, también roja con una línea amarilla alrededor del borde, y le hizo a Bolita de Nieve unas guarniciones con unas tiras de cuero viejas.

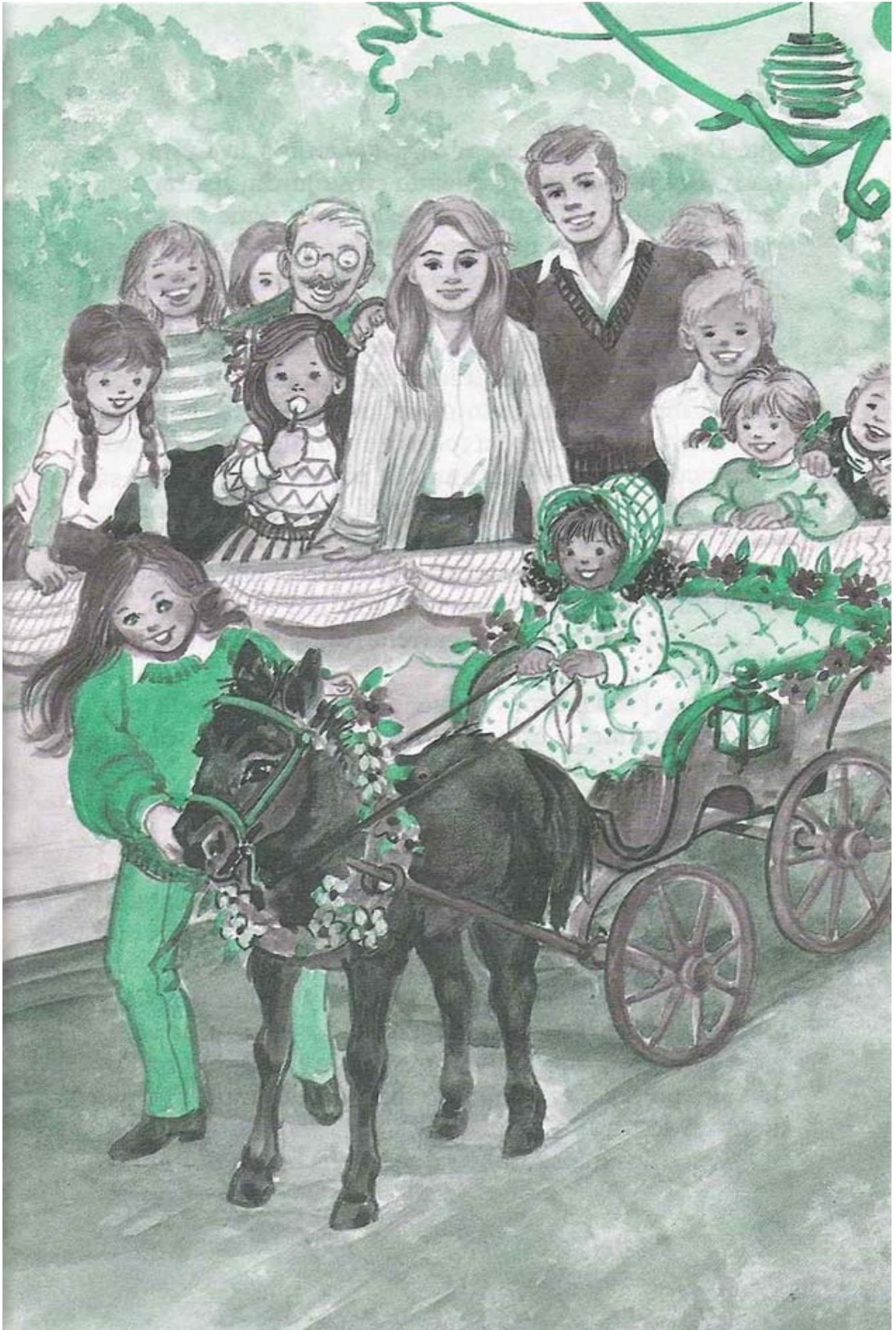
—A lo mejor a Bolita de Nieve no le gusta —comentó Sheila.

Pero no fue así. Bolita de Nieve se sentía grande e importante por tener una carreta propia.

Era delicioso verlo trotar por ahí con la pequeña carreta detrás. Timmy iba en ella muy a menudo y decía que era casi tan divertido como montar a Bolita de Nieve.

Por fin llegó el día de la fiesta. Sheila compró una cinta roja oscura y la trenzó con cuidado entre la espesa y negra crin de Bolita de Nieve. Después le cepilló la cola con esmero.

Engancharon a Bolita de Nieve en el pequeño carro que Dan le había fabricado y se fueron a la fiesta que Lady Tomms había organizado en su jardín. Enseguida la encontraron y les mostró el sitio por donde podrían pasear a los niños con la carreta.



—¡Qué guapo está vuestro poney! —exclamó—. Siempre me han gustado los poneys de Shetland, pero creo que el vuestro es el más bonito que he visto.

Había todo tipo de espectáculos, carreras y concursos, pero el mejor espectáculo de todos era Bolita de Nieve.

Primero Willie avisó a todos en voz alta. Luego Sheila colocó a los niños en una fila para que esperasen su turno. Timmy era el encargado de recoger las monedas y las iba guardando en un bolso rojo.

Willie ayudaba a subir a cada niño, cuando le llegaba el turno, y los llevaba trotando por el camino.

Luego Sheila colocó la carreta roja y amarilla y Willie gritó:

—Paseo para los más pequeños. Un penique cada uno. Pueden montar en este precioso carrito por tan sólo un penique.

Entonces, los más chiquitines se pusieron en fila con sus madres, esperando su turno.

Timmy recogió las monedas. Las madres los subían al carrito detrás de Bolita de Nieve y Willie llevaba al poney por el camino, arriba y abajo. Los pequeños disfrutaban con gran ilusión.

¡Cuánto trabajaron los tres niños y Bolita de Nieve toda esa tarde! La bolsa de Timmy se llenó tres veces y tuvo que ir a que Lady Tomms la vaciara. No os podéis imaginar la cantidad de dinero que juntó al final de la tarde.

—Queridos míos, ¿sabéis que habéis hecho dos libras, un chelín y tres peniques, con los paseos en el poney? —dijo Lady Tomms sorprendida—. Más que ningún otro espectáculo de los que hemos ofrecido. Es algo que me llena de satisfacción.

Willie, Sheila y Timmy estaban emocionados. Sheila acarició a Bolita de Nieve y le susurró en la oreja:

—Estoy muy orgullosa de ti, Bolita de Nieve.

¿No os gustaría montar a Bolita de Nieve? Bien, si alguna vez veis un pequeño poney negro, de Shetland, llamadlo:

—«Bolita de Nieve, Bolita de Nieve».

Si acude a vuestra llamada y os frota la mano con el hocico, ya sabéis lo que quiere decir:

—Me gustas; móntate, que vamos a galopar un rato.